



«Medio salvajes, medio civilizados»
Representaciones e imaginarios de los habitantes
de los Llanos en relatos de viaje de segunda mitad
del siglo XIX

Stefanía Delgado Jiménez

Pontificia Universidad Javeriana
Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia
Bogotá, Colombia
Julio, 2016

«Medio salvajes, medio civilizados»
Representaciones e imaginarios de los habitantes de los
Llanos en relatos de viaje de segunda mitad del siglo
XIX

Trabajo de grado para optar por el título de:

Historiadora

Stefanía Delgado Jiménez

Directora

Amada Carolina Pérez Benavides PhD.

Pontificia Universidad Javeriana
Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia
Bogotá, Colombia
Julio, 2016

A mis padres y a mis amigos, por haber creído en mí

Agradecimientos

Quisiera agradecer en primer lugar a mis padres Ana Isabel y Francisco, por haberme permitido estudiar Historia a pesar de no estar dentro de sus expectativas frente a mi futuro profesional. De igual manera, este trabajo no hubiera sido posible sin el apoyo y la infinita paciencia de mi directora, la profesora Amada Pérez, cuyas clases en el énfasis de Historia Social y Cultural me inspiraron a seguir trabajando en una temática que inicialmente no iba a traspasar los límites de un trabajo final para una asignatura.

Agradezco el apoyo y la compañía indirecta durante el proceso de escritura de mis compañeros del seminario de tesis dirigidos por la profesora Amada, así como también los aportes hechos por los miembros del grupo de investigación «Prácticas culturales, representaciones e imaginarios» durante la sesión de estudiantes en la que tuve la oportunidad de participar.

A mis amigos y conocidos de la universidad, cuya compañía a lo largo de estos cuatro años fueron esenciales durante mi experiencia, menciones especiales para Camilo José Rodríguez, Oscar Cuervo, Diego Vera, María Paula Roa, Erika Parrado, Estefanía León, Mónica Alayón y Diego Caro.

Finalmente, a mis amigos de /baltoni/, /ex-yu/ y demás, quienes más allá de las fronteras virtuales aguantaron mis constantes quejas, dudas y crisis existenciales: a Lucas, Boris, Conner, Janet, Lea, Arthur, Aleksandar, Renato, Sergio y Fernando.

Contenido

Introducción	1
Presentación del problema	2
Estado del arte	5
Capítulo 1	
Los relatos de viaje como fuente para la historia	10
1.1 Los relatos de viaje en la Hispanoamérica del siglo XIX	11
1.1.1 Humboldt, las exploraciones científicas y el fin del aislacionismo.....	13
1.1.2 Viajeros, criollos y comercio: inserción de América Latina en un mercado capitalista	15
1.1.3 El caso de la literatura de viajes en Colombia durante el siglo XIX	17
1.2 Relatos de viaje sobre los Llanos Orientales durante la segunda mitad del siglo XIX	20
1.2.1 <i>Una excursión al Territorio de San Martín</i> (1870)	22
1.2.2 <i>Viaje a la América Equinoccial</i> (1876).....	24
1.2.3 <i>De Bogotá al Atlántico por la vía de los ríos Meta, Vichada y Orinoco</i> (1893).....	27
1.2.4 <i>Casanare</i> (1896).....	29
Capítulo 2	
¿Un pueblo a la espera de la civilización? Representaciones de los habitantes de los Llanos....	33
2.1 Viajero – Población.....	35
2.1.1 Exaltación del individuo: lucha contra la naturaleza y los hábitos	35
2.1.2 Viajeros, experiencias y costumbres	39
2.1.3 Autoconciencia, encuentros y desencuentros con la población.....	41
2.2 Llaneros – Indígenas	46
2.2.1 Hospitalidad llanera.....	47
2.2.2 Estilo de vida del tipo regional llanero.....	50
2.2.3 Tipos indígenas: ¿obstáculo para la civilización?	53
2.2.4 Trato entre llaneros e indígenas.....	57
2.3 Civilización – Barbarie.....	59
2.3.1 Prácticas sedentarias como representación de la civilización	60
2.3.2 Salvajismo en los Llanos: vicios, atraso y cuestionamientos	64
Capítulo 3	
Tierras baldías y progreso: representaciones e imaginarios sobre los Llanos Orientales	68
3.1 Imaginarios sobre los Llanos Orientales en otros momentos de la historia	68

3.1.1 La visibilización de los Llanos en la colonia: las misiones jesuitas del siglo XVIII .	69
3.1.2 Reconocimientos de una región con potencial: la visión de la Comisión Corográfica	72
3.1.3 El «paraíso infernal»: los Llanos Orientales de primera mitad del siglo XX.....	75
3.2 Representaciones e imaginarios de los Llanos Orientales durante las últimas décadas del siglo XIX.....	78
Conclusiones	87
Bibliografía	91

Lista de imágenes

Imagen 1. Portada de <i>Una escursion al Territorio de San Martín</i> (1870)	22
Imagen 2. Portada de <i>Una excursión al Territorio de San Martín</i> (1955)	23
Imagen 3. Primera página de <i>L'Amérique Équinoxiale</i> tal como apareció en <i>Le Tour du Monde</i> (1877).	25
Imagen 4. Portada de <i>América Pintoresca</i> (1884).....	25
Imagen 5. Portada de <i>L'Amérique Équinoxiale</i> (1999)	26
Imagen 6. Portada de <i>De Bogotá al Atlántico</i> (1905).....	27
Imagen 7. Portada de <i>Down the Orinoco in a Canoe</i> (1902)	28
Imagen 8. Portada de <i>Casanare</i> (1896)	30
Imagen 9. É. Riou, <i>La agonizante</i> (1877) En Wiener et ál, <i>América Pintoresca</i> , 581. .	37
Imagen 10. É. Riou, <i>Casa de mariposas en Villavicencio</i> (1877). En Wiener et ál, <i>América Pintoresca</i> , 556.	44
Imagen 11. É. Riou, <i>Llegada á Villavicencio</i> (1877). En Wiener, et ál, <i>América Pintoresca</i> , 548.....	48
Imagen 12. É. Riou, <i>Una corrida de ganado en los Llanos</i> (1877). En Wiener et ál, <i>América Pintoresca</i> , 573.	52

Introducción

Durante el siglo XIX, el territorio neogranadino y posteriormente colombiano al igual que la mayoría de jóvenes repúblicas latinoamericanas, estaba gobernado por unas élites de herencia criolla, siendo su *ethos* la identificación y apropiación de un proceso civilizatorio externo al continente americano¹. El objetivo de las élites era integrar el vasto territorio que hacía parte de la jurisdicción de los nuevos Estados para no sólo alegar la construcción de una «nación unificada» sino también para el máximo aprovechamiento de recursos y de esta manera alcanzar el tan anhelado crecimiento económico. No obstante, la realidad heterogénea de estos territorios y poblaciones se concibió como un obstáculo para la realización de tal proyecto en tanto que desde ellos mismos se insistía en la diferenciación con el «otro», el cual se hallaba en la mayoría de la población colombiana.

Inmediatamente después de haber obtenido la independencia de España, la Nueva Granada se dividía territorialmente de acuerdo a la distribución hecha en tiempos coloniales. A lo largo de la época republicana, dichas divisiones serían potenciadas en tanto que cada región constituía una realidad cultural, racial, económica y política diferente. Sumada a esta separación artificial del territorio, como ya se ha señalado, había, por parte de la élite, una separación entre ellos como seres civilizados y el pueblo que desde su perspectiva era sinónimo de barbarie y atraso.

Los llamados «Llanos Orientales» –en dicha época divididos entre los territorios de Casanare y San Martín, siendo parte de la jurisdicción de Boyacá y Cundinamarca respectivamente– como región aparentemente marginal desde la colonia no escapaban del proceso de integración nacional pretendido por los gobiernos a lo largo del siglo. Precisamente por su poca exploración es que esta vasta región de planicies se vería en la segunda mitad del siglo XIX como potencial para la construcción de nuevas rutas comerciales².

¹ Respecto a la red de conocimiento de la que se desprendía la idea de civilización hay diversa bibliografía. Llamen la atención en particular las obras de Mauricio Nieto, Renán Silva y Alfonso Múnera.

² La historiadora norteamericana Jane Rausch, experta en los Llanos, sostiene que es a partir de las políticas de territorios nacionales de la Constitución de 1863 que se plantean políticas para la

En esta historia de construcción de la nación, la producción de distintas formas de representación desde un lugar institucional perfilado como dominante en un ámbito jerárquico del poder –ya sea desde la élite gobernante de un país o desde la autoridad conferida a un saber y manifestada en el extranjero especializado en una disciplina del mundo civilizado– es de gran importancia. Lo anterior se explica partiendo de la idea de que estas representaciones (textuales y visuales) configuraban lo social, construyendo así una distinción entre lo que significaba *ser de la élite* y lo que significaba *ser del pueblo*, para de esta manera ejercer políticas de control sobre «los otros» e inscribirlos en el proyecto nacional. Dichas representaciones se construían, además, a través de prácticas específicas y, al mismo tiempo, formaban parte de la construcción de imaginarios que configuraban la visión que se tenía de esta dicotomía.

Para esta época, los relatos de viaje a nivel global eran de suma importancia en tanto que era a partir de la exploración y reinención de territorios que se establecía un orden que determinaba dominadores y dominados o, como se veía en el contexto general, «imperios» y «colonias». En los relatos de viaje estaba presente de manera constante la dicotomía civilización/salvajismo (o barbarie), la cual no era exclusiva del pensamiento colombiano o latinoamericano, sino que era una construcción de autoidentidad de Occidente recogida por las élites criollas de las ideas europeas, construcción que de fondo se perfilaba como creadora de un orden planetario. En este, el individuo y las sociedades que se denominaban *civilizados* estaban llamados a reformar a aquellas sociedades que se inscribían fuera de su identidad, es decir, los *bárbaros*.

Presentación del problema

Este trabajo se propone analizar la manera como, desde los relatos de viaje de la segunda mitad del siglo XIX, se construía una representación de los habitantes de los Llanos como personajes «marginales» de la nación³, y escudriñar cómo dichas

comunicación de los Llanos con el resto de la nación a partir de la construcción de caminos y de proyectos para hacer viable la navegación a vapor por el río Meta como ruta comercial «prometedora para el futuro del país».

³ Por marginalidad entiendo la condición en la que cual un individuo, un grupo o una región se encuentran incluidos dentro de un espacio o un proceso, pero que en últimas terminan siendo excluidos

construcciones daban cuenta del interés de lo nacional en lo regional y de los intereses de integración comercial. Así mismo, se pretende rastrear la construcción de algunos imaginarios sobre lo *llanero* y sobre los Llanos como región geográfica.

Recientemente desde la Historia Cultural se han planteado algunas categorías de análisis que dan al investigador en Ciencias Sociales la posibilidad de aproximarse a temáticas y perspectivas no tenidas en cuenta anteriormente por la historiografía colombiana, permitiendo así el cuestionamiento y formulación de nuevos problemas y nuevos objetos de estudio en la historia de Colombia⁴. Una de estas categorías es la de *representación*, la cual se encarga de analizar las materializaciones concretas de entramados simbólicos y que, a su vez, relaciona dichas representaciones con prácticas e imaginarios⁵. Con *prácticas* se entiende, desde Michel de Certeau, toda acción humana que hace parte de la cotidianidad, una cotidianidad que a su vez es performativa⁶. En el caso de la categoría de *imaginarios*, también presente en este trabajo, ésta se entiende – tal como lo plantea Juan Camilo Escobar– como un conjunto de imágenes mentales que operan a manera de red y que son resignificadas al transcurrir el tiempo⁷.

Dado que es complejo pretender analizar todas las fuentes escritas en las que se hallen representaciones de la población de los Llanos Orientales, se hizo un barrido de fuentes primarias correspondientes al período elegido y que pertenecen a un mismo género, en este caso relatos de viajes: *Una excursión al territorio de San Martín* (Emiliano Restrepo, 1869), *Viaje a la América Equinoccial* (Édouard André, 1876), *De Bogotá al Atlántico por la vía de los ríos Meta, Vichada y Orinoco* (Santiago Pérez Triana, 1893) y *Casanare* (Jorge Brisson, 1896).

por diversos factores. En el caso de los Llanos Orientales y de otras regiones colombianas, la distancia entre el espacio regional y el centro de la nación o cualquier sector en el que el proyecto nacional fuera fuerte, lo convertía de inmediato en una zona periférica.

⁴ Con esto no quiero decir que la Historia Cultural sea una corriente entendida en clave singular. Por el contrario, ésta se alimenta de diferentes perspectivas y propuestas metodológicas. Reitero que en el caso del presente trabajo recurro a unas categorías de análisis en particular.

⁵ Ver Roger Chartier, «Poderes y límites de la representación. Marin, el discurso y la imagen». *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin* (Buenos Aires: Manantial, 1996), 73 – 99 y Roger Chartier «El mundo como representación». *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1992.

⁶ Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano. Vol. I: Las artes del hacer* (México: Universidad Iberoamericana, 1999), 35-48.

⁷ Juan Camilo Escobar, *Lo imaginario. Entre las Ciencias Sociales y la Historia* (Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2000).

Estos relatos se caracterizan por ofrecer dos tipos de miradas sobre los habitantes del Llano, teniendo éstas en común que son elaboradas desde contextos *externos* a la región: por un lado tenemos la mirada de autores nacionales y por el otro tenemos la mirada de autores extranjeros. En el transcurso de este trabajo se estudiarán los puntos de divergencia y convergencia entre estas dos miradas. La importancia de tales relatos como textos radica, por lo tanto, en su capacidad para crear descripciones de grupos poblacionales para distintos públicos, contribuyendo a la construcción, difusión o perpetuación de imaginarios sobre los mismos. Los motivos por los cuales son elaborados estos relatos de viaje en particular son además variados: expediciones encargadas por el gobierno o por entidades gubernamentales extranjeras, anécdotas contadas a manera de memoria y la intención de despertar el interés de un público nacional sobre la región de los Llanos.

Teniendo en cuenta la perspectiva analítica que se plantea desde el concepto de representación, la forma en la que se analizarán las fuentes parte de tres niveles, a saber: lugar de producción, tipo de representación (contenidos y materialidad de la obra) y circulación y públicos, la cual ayuda al desglosamiento de dichas obras para el desarrollo de la investigación. El primero apunta a identificar quién elabora la obra además de la red de conocimientos que está detrás de ella⁸; el segundo está relacionado con lo que la obra tiene para decir respecto al objeto de investigación y la manera en la que lo hace, así como sus características formales; por último, la circulación recoge, hasta donde ha sido posible, los análisis sobre los públicos a partir de su materialidad, teniendo en cuenta tanto las primeras ediciones como las ediciones posteriores de las obras y en general la resignificación que se ha hecho de éstas a través del tiempo⁹.

La idea de recurrir a estos niveles de análisis es la identificación de la forma como se dio el proceso de construcción de imaginarios respecto a los grupos poblacionales –en tanto que son elaboraciones de representaciones diferenciadas– de la región y cómo

⁸ Advertimos que esta investigación no analizará las redes de conocimiento en su totalidad. Por el contrario, hay unas pistas iniciales que permiten entender los contextos de los autores, particularmente sus lugares institucionales como se menciona.

⁹ Este trabajo se enfocará más en la circulación y los usos de las obras que en un análisis profundo de la recepción y la apropiación que tuvieron éstas debido a la imposibilidad, de momento, de encontrar un número considerable de reseñas u otros escritos que den cuenta de las reacciones de los públicos a los que iban dirigidos los textos. Sin embargo, esto abre nuevas posibilidades de investigación y de trabajo de archivo en un futuro.

operaron estas categorías en la construcción del tipo regional llanero para el período escogido, identificando permanencias o diferenciaciones a lo largo de las décadas y a la vez rescatando las particularidades de lo *llanero* respecto a otros tipos regionales. Cada uno de estos niveles permite un acercamiento más profundo de las obras, en tanto que no sólo toma su contenido y a partir de él se analizan categorizaciones y jerarquizaciones de las representaciones allí halladas, sino que también resalta la importancia del lugar de producción y del contexto embebido en la subjetividad de los autores y, finalmente, permite ver los públicos a los que inicialmente estaban destinadas las obras y cómo con el paso del tiempo las aproximaciones a éstas se transforman.

Estado del arte

Respecto a la problemática detrás de la construcción de la nación colombiana a lo largo del siglo XIX y el lugar que se le da a sus habitantes encontramos que la explicación privilegiada desde la historiografía es la de un proyecto construido desde la fragmentación regional de Colombia. Luego de la obtención de la independencia, la apuesta del gobierno criollo era la viabilidad de un Estado-Nación y para ello se debían enfrentar a diversos obstáculos, entre ellos el diseño de estrategias para acoplar aquellas regiones que históricamente habían estado en su mayor parte distanciadas de centros urbanos que ejercieran un control más directo sobre ellas.

A partir de nuevos enfoques en la historiografía colombiana en décadas recientes han surgido diversidad de trabajos en los que se estudia la historia colombiana del siglo XIX desde lo que se denomina como marginal y la construcción de tal marginalidad. En su libro *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales* Julio Arias Vanegas, insiste en la construcción de las otredades a través de la identidad de las élites –autoproclamadas como veladoras del orden nacional– y su distinción respecto al pueblo. En esta obra, Arias Vanegas particulariza algunas de las jerarquías construidas para la labor de unificar los territorios, jerarquías que construían además los tipos regionales como forma de exaltar la diversidad aunque acaparándola dentro de una pretensión unificadora en tanto que continuaba con el discurso de la *nación* como un todo. Por otra parte, en una reflexión sobre la manera en la que el estado colombiano se apropia de sus territorios «confines»,

la autora Margarita Serje llama la atención en su libro *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie* sobre cómo las ideas de raza y progreso, fundamentales en el pensamiento decimonónico, hacen parte de la configuración de la relación entre el centro y las periferias.

Sobre una historia de la racialidad y la diferencia cabe anotar también la obra de Alfonso Múnera titulada *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano* en la cual el autor hace énfasis en el estudio de los textos criollos pues es en ellos donde se aprecia un discurso claro respecto a la geografía humana asociada a la variación climática, la cual permite hacer una distinción entre dos regiones como lo son las zonas ‘altas’ o los Andes y las zonas bajas comprendidas por las llanuras y las selvas. Lo que llama la atención de estos estudios es la insistencia en la mirada sobre cómo el discurso de lo civilizado y lo bárbaro interactúa con una historia del orden nacional, como también se demuestra en el discutido texto de Cristina Rojas titulado *Civilización y violencia. En búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*, en el cual la autora expone la manera en que el discurso civilizatorio de Occidente se constituyó como referente para otros países en la construcción de naciones. Siguiendo este orden, para Rojas la construcción de nación desde las élites se dio a través del establecimiento de jerarquías en las que se privilegiaba el grado de «cultura» (entiéndase por cultura la antigua definición de la misma, reservada para las élites y en donde primaba el ser letrado) y en donde efectivamente el pueblo llano quedaba ubicado abajo. Recientemente, en *Nosotros y los otros, las representaciones de la nación y sus habitantes Colombia, 1880-1910* Amada Pérez hace un análisis de las representaciones tanto de los habitantes al margen del proyecto nacional colombiano como de aquellos individuos que se autoasignaban una misión ‘civilizadora’ a finales del siglo XIX a partir de diferentes tipos de fuentes –prensa, catálogos del Museo Nacional, pinturas, informes de misión–. En este libro podemos encontrar de manera muy detallada los tres niveles de análisis tomados del concepto de Chartier que también aparecen en la presente investigación.

En cuanto a la región de los Llanos Orientales u Orinoquía, ésta se ha trabajado como un territorio al margen o en otras palabras, como un territorio «frontera». La historiadora norteamericana Jane Rausch, considerada una de las expertas más importantes de la historiografía de los Llanos colombianos fue una de las personas que

introdujo esta perspectiva, como así lo sugiere su texto *La frontera de los Llanos en la historia de Colombia (1830-1930)*. En el período estudiado en tal trabajo, Rausch afirma que para la década de 1830 los Llanos como frontera constituían un fenómeno «viejo» y que fue gracias a la idea de progreso y desarrollo de la nación colombiana que desde el gobierno se implementaron, de manera esporádica, políticas que apuntaban al ejercicio de un control directo sobre esta región. Dentro de dichas políticas o estrategias estaban la reanudación de las misiones católicas para reducir grupos indígenas, el fomento de la navegación por el río Meta con barcos a vapor, la construcción de nuevos caminos y el fomento de la inmigración entre otras políticas de crecimiento económico. La frontera es para Rausch, en un principio, no sólo un territorio inexplorado, sino también «una zona de interpenetración entre dos sociedades previamente definidas» puesto que había un contacto entre los grupos indígenas todavía «no civilizados» y la incursión de los colonos y los misioneros en el Casanare y en San Martín. Durante este siglo y hasta incluso después, los Llanos eran reducidos a una región de explotación ganadera y vastamente «inhabitada», si bien fue precisamente por este imaginario que se convirtió en una suerte de promesa para el altiplano cundiboyacense. Curiosamente, casi una década después de la publicación de este texto, la misma Rausch cuestiona un poco el enfoque hacia los estudios de frontera en un artículo titulado *¿Continúa teniendo validez el concepto de frontera para estudiar la historia de los Llanos en el siglo XXI?* Si bien no descarta del todo esta aproximación, Rausch llama la atención sobre la necesidad de nuevas perspectivas para enriquecer la historia regional llanera.

Siguiendo la línea de los Llanos, vale la pena mencionar a Jane M. Loy, quien en su artículo *Horsemen of the Tropics: A comparative view of the llaneros in the history of Venezuela and Colombia*, permite señalar las particularidades de los dos tipos de sujetos llaneros: el colombiano y el venezolano, distinguiendo así los llaneros de sus equivalentes del Cono Sur – los gauchos. Al contrario de estos últimos, el llanero se enfrenta a un clima insalubre y a unas condiciones de suelo distintas, al borde de la infertilidad y además se le asocia con su labor ganadera antes que con los robos y el romanticismo que despertaban los gauchos en el contexto de la Pampa. Sobre el llanero colombiano particulariza su aparente limitación dada su relación con la cordillera de los Andes y además señala cómo el elemento mestizo predomina en la composición de este tipo regional. Menciona además la cuestión civilizatoria, siendo una constante que demuestra la visión que se mantuvo sobre la región de manera prolongada.

Con respecto a la importancia de los relatos de viajes, vale la pena detener la mirada en la relación que existe entre la proliferación de este género literario y el contexto histórico en el que pudo resurgir y significarse como espacio escritural. Para la norteamericana Mary Louise Pratt, la literatura de viaje va de la mano con la justificación de un orden imperial a nivel global. En *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Pratt analiza el impacto del sentimiento civilizatorio en la exploración del mundo a cargo de europeos desde el siglo XVIII. De este texto vale la pena resaltar la idea de la reinención de América en el siglo XIX a partir de Alexander von Humboldt, así como el énfasis en la resignificación que las élites criollas, en su afán por encajar con el llamado a la civilización de las sociedades europeas —o como la autora lo denomina, *apropiación transatlántica*—, dieron a su propio continente. Ingrid Bolívar complementa la idea en su artículo *Los viajeros del siglo XIX y el "proceso de la civilización": Imágenes de indios, negros y gauchos*, advirtiendo que las imágenes que se encuentran en los relatos de viajes van más allá de la descripción de las impresiones del viajero europeo, en tanto que el autor del relato también está mediado por el discurso de civilización/barbarie. La autoidentificación del viajero con el primer estado («ser civilizado») es producto de una regulación de su conducta y la forma en que debe distanciarse del sujeto ajeno a su realidad. Estas representaciones recogidas de los relatos deben mirarse no como un reflejo de la realidad, sino como una mediación de mundos en contacto y a su vez en tensión.

Lo que este trabajo propone, retomando los elementos brindados por los autores anteriormente mencionados, es una mirada diferente¹⁰ a la historia de los Llanos en tanto que es una apuesta por el enriquecimiento de una historiografía de la región usando fuentes primarias particulares, los relatos de viaje, para dar cuenta de cómo se estaba construyendo al otro en una época en la que cada vez más se afianzaba el discurso de lo heterogéneo en la nación colombiana.

El texto está dividido en tres capítulos. En el primer capítulo se explica por una parte la literatura de viajes como género literario y su prominencia en la historia latinoamericana

¹⁰ Según el historiador Hector Publio Pérez, la historia de los Llanos ha sido abordada principalmente a través de fuentes secundarias. Ver: Hector Publio Pérez, «La historia regional y local de los Llanos Colombo-Venezolanos a partir de los simposios. Nuevas perspectivas analíticas», *CONHISREMI, Revista Universitaria de Investigación y Diálogo Académico* 5, no. 2 (2009).

a lo largo del siglo XIX, y por otra se recurre al primer y al tercer nivel de análisis de representaciones para presentar las obras seleccionadas para la investigación. El segundo capítulo se encarga del análisis de los contenidos de las fuentes en función de dicotomías para entender las diferentes representaciones que éstas establecen para los grupos humanos de los Llanos Orientales durante el paso de sus autores por dicha región. Finalmente, el tercer capítulo se encarga de dar cuenta de los distintos imaginarios sobre la región en plano general que se pueden encontrar en los relatos de viaje escogidos, relacionándolos por medio de un ejercicio historiográfico con los imaginarios producidos en épocas anteriores y posteriores al período estudiado.

Capítulo 1

Los relatos de viaje como fuente para la historia

El relato de viaje, desde la literatura, se define como un género literario en el cual el autor –reconocido como viajero– se encarga de plasmar a manera de narración su recorrido y estancia en un lugar ajeno a su contexto habitual. A pesar de los debates con respecto a su legitimidad como género en sí, se pueden encontrar en los relatos de viaje unas características que los distinguen de otro tipo de narrativas¹¹. A lo largo de la historia este tipo de narraciones han cumplido diversos propósitos, como por ejemplo el recuento de memorias personales de viajes cuyo trasfondo son intereses científicos, políticos y económicos, para su posterior publicación y comercialización.

El viaje como motivo es el elemento primordial para este tipo de literatura, y es por esto mismo que hay una frontera difusa entre los relatos de viaje y obras pertenecientes a otros géneros a lo largo de la historia en las que los viajes hacen parte de la narración¹². Para delimitar lo que hace particular a los relatos de viajes frente a las llamadas *novelas de viaje*, el teórico literario español Luis Albuquerque García propone detenerse en sus características. En primer lugar, desde el ámbito pragmático el relato de viajes es un relato factual, es decir, que los hechos que encontramos en él sucedieron en la realidad y no en un plano ficticio. En segundo lugar, desde el ámbito formal, el relato de viajes privilegia la descripción frente a la narración precisamente para conferirle un carácter verídico. Y por último, desde el ámbito testimonial, los relatos de viajes priorizan la objetividad antes que la subjetividad. Esto no quiere decir que en los relatos de viajes no existan algunos de los elementos contrarios. No obstante, y conforme a la evolución del género mismo, éstos son utilizados por el viajero/escritor de una manera que no afecte

¹¹ Jose Maria Santos Rovira y Pablo Encinas Arquero, «Breve aproximación al concepto de literatura de viajes como género literario», *Tonos. Revista electrónica de estudios filológicos*, no. 17 (Julio 2009). <https://www.um.es/tonosdigital/znum17/secciones/estudios-20-litviajesgeneroliterario.htm> (consultado el 7 de abril de 2016).

¹² Dada esta característica y la misma evolución de los relatos de viaje, éstos pueden incluirse dentro de los «los llamados géneros fronterizos, a veces también híbridos y paraliterarios». Ver: Patricia Almarcegui, «Viaje y literatura: elaboración y problemática de un género», *Letras: Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires*, no. 57-58 (Enero-Diciembre 2008): 25-29.

demasiado los contenidos que hacen de su texto un relato de viajes legítimo. En caso contrario, nos encontraríamos con un texto que cruza las fronteras del género¹³.

Desde la disciplina histórica se puede acceder a estos textos y tratarlos a manera de fuente, ya que aunque sus contenidos no necesariamente reflejan de manera fiel la realidad que con esmero se encargan de describir, éstos brindan la posibilidad de estudiar las intenciones con que fueron escritos así como las diferentes corrientes de pensamiento que atraviesan la manera en la que los autores perciben dichos mundos de una u otra forma. Así mismo, el rastreo de su circulación como libro entre distintos públicos y períodos de tiempo permite evaluar su impacto en la manera en la que se construyen representaciones e imaginarios sobre los lugares –y a su vez sobre aquellos que los habitan– que quedan registrados en los relatos. El principal interés de este capítulo es, por tanto, dar cuenta de la presencia de los relatos de viajes en la historia de una Colombia –y a su vez una Hispanoamérica–, decimonónica y explorar los motivos por los cuales tales viajes fueron realizados en su momento. También es mi interés entretener esta historia con los relatos de viajes que hablan particularmente sobre los Llanos Orientales durante la segunda mitad del siglo XIX. Para ello y partiendo de las propuestas desarrolladas por Roger Chartier y Robert Darnton con respecto a la historia del libro¹⁴, recorro a un análisis sobre las características formales de estos textos tales como su apariencia física, su lugar de impresión, las redes de conocimientos de las cuales participaban sus autores, los públicos a los que iban dirigidos, así como su circulación en el momento en el que fueron publicados y su resignificación a lo largo del tiempo.

1.1 Los relatos de viaje en la Hispanoamérica del siglo XIX

Antes del siglo XIX, la Corona española tenía muy restringidas las exploraciones y viajes emprendidos por foráneos en sus colonias, especialmente aquellas situadas en el

¹³ Luis Albuquerque García, «El ‘relato de viajes’: Hitos y formas en la evolución del género», *Revista de Literatura*, vol. LXXIII, no. 145 (Enero-Junio 2011): 15-34.

¹⁴ Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural* (Barcelona: Editorial Gedisa, 1992); Roger Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (Madrid: Alianza Editorial S.A., 1994); y Robert Darnton, «What Is the History of Books?», *Daedalus* 11, no. 3 (Verano, 1982): 65-83. Cabe anotar que ambos autores tienen puntos de divergencia respecto a la historia del libro y de la lectura, no obstante dicha discusión no es el objeto de esta investigación.

continente americano, debido al miedo de intromisiones de otras potencias europeas para así hacerse con las riquezas que estas colonias le proveían. Tales temores fueron materializados en el empeño puesto por la Corona por dotar a sus ciudades –sobre todo los puertos– de instalaciones militares capaces de defenderlas. Con excepción de la expedición por el Ecuador del geógrafo y físico francés Charles Marie de La Condamine entre 1735 y 1744, los viajes de otros extranjeros en territorios americanos eran limitados. Esta expedición fue permitida por el rey Felipe V como parte de su estrategia por desmentir la leyenda negra que se cernía sobre la administración colonial española y también para mostrarse ante el resto del mundo como un monarca ilustrado.

En su ya clásico texto *Ojos Imperiales*, Mary Louise Pratt afirma que el caso de La Condamine fue «una impresionante evidencia del poder de la ciencia para elevar a los europeos por encima de las más intensas rivalidades»¹⁵. Esto se debió a que hacia mitad del siglo XVII en Europa había una emergencia del estudio de la historia natural, como lo demuestra la publicación del libro *Systema Naturae* del naturalista sueco Carl Linneo al mismo tiempo que La Condamine realizaba su viaje por América. El carácter mismo de los informes científicos producto de este tipo de exploraciones dio pie para una modificación en la manera de escribir relatos de viajes, apostando por una mayor descripción científica de la fauna y flora de aquellos mundos naturales inexplorados.

A nivel estilístico, la literatura de viajes producida hasta ese momento tomaba dos caminos: la exaltación del yo del autor a través de sus experiencias detalladas y la exacerbada descripción científica del entorno que hacía los textos un tanto tediosos. No obstante, los textos de La Condamine y del matemático Pierre Bouger, son un ejemplo anterior a la manera en que se van a escribir los relatos de viaje en el siglo siguiente a partir de Humboldt, en tanto que entremezclan un alto contenido de objetividad científica con el estilo de relatos de supervivencia en los que el explorador se muestra como un héroe que debe enfrentarse a las condiciones hostiles de una naturaleza completamente salvaje.

¹⁵ Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2010).

1.1.1 Humboldt, las exploraciones científicas y el fin del aislacionismo

El siglo XIX trajo consigo nuevos desafíos a nivel ideológico entre el llamado Nuevo Mundo y el continente europeo a partir de los agitados acontecimientos que estaban ocurriendo en la política del continente. Las restricciones de viajes en la América española fueron levantadas al tiempo que el dominio colonial estaba llegando a su fin en dichos territorios. Pratt adjudica la creación de una necesidad de resignificar América como continente a la experiencia de Alexander von Humboldt (1769-1859), la cual coincidió con los procesos independentistas americanos de las primeras décadas del siglo XIX. Esta resignificación, o *reinención* a partir de un proceso transatlántico, en palabras de Pratt, emergió desde ambos lados de la nueva relación intercontinental¹⁶.

En las nuevas naciones independientes, las élites criollas buscaban afianzar una identidad que los distinguiera tanto en el escenario local como en el internacional para así destacar en sus intentos de gobierno. Humboldt llegó en 1799 a una América que debatía la legitimidad del poder sobre las colonias a partir de choques de intereses entre los hijos de españoles nacidos en el continente y su descendencia y los peninsulares enviados por los Borbones para restaurar un control directo a través de políticas que pretendían darle un respiro a las estructuras tradicionales impuestas con anterioridad¹⁷.

La voluminosa obra de Humboldt aparece en el mundo de aquel entonces como una reivindicación del continente americano en términos de representaciones e imaginarios. El componente más fuerte de esta reinención fue la exaltación de la naturaleza del Nuevo Mundo, tanto desde lo escrito como desde lo visual a partir de los textos y los grabados que los acompañaban. La flora y la fauna americanas aparecían no como elementos normales dentro del conocimiento planetario (léase como conocimiento planetario *desde Europa*) sino como elementos exuberantes, extraordinarios y vírgenes. En su propuesta de narrativa de la historia natural, Humboldt le brindaba un aspecto anímico a la naturaleza americana al atribuirle acciones en su prosa, razón por la cual varios comentaristas de su obra recalcan el espíritu romántico de la época.

¹⁶ Pratt, *Ojos imperiales*, 212-213.

¹⁷ Pratt, *Ojos imperiales*, 217.

Si bien el enfoque principal de Humboldt fue el mundo natural, esto no significa que el factor humano no apareciera en sus obras. En sus ensayos políticos, el explorador alemán describía las sociedades humanas de las regiones que visitaba a partir de un discurso determinista. También se observa una distinción entre los territorios americanos, en donde por ejemplo la sociedad mexicana aparece como «más civilizada» con respecto a aquellas situadas en la América ecuatorial. Lo anterior lo explica a partir de la tesis de que «entre más salvaje sea la naturaleza más salvaje será la cultura»¹⁸.

La América de Humboldt también es una América arqueológica, o más bien, *arqueologizada*, en donde intenta justificar la tesis determinista anteriormente mencionada. La América indígena aparece entonces como la congruencia entre la influencia de la naturaleza circundante –el clima, la vegetación, entre otros– y la formación de unas sociedades *primitivas*. La relación entre el mundo europeo, del cual Humboldt era digno representante, y este mundo precolombino era dada a partir de comparaciones con otras civilizaciones. Es por ello que la arqueología americana se presenta como «inferior» frente a los logros de las sociedades mediterráneas antiguas e incluso frente a la construcción nostálgica y engrandecida de la antigüedad egipcia.

Las obras de Humboldt resultaron para la época una inspiración para redescubrir una América de potencialidades, no sólo desde el ámbito europeo sino incluso desde el americano. Pratt plantea una pregunta interesante respecto a la imagen creada por Humboldt a partir de su experiencia: ¿qué tan responsables fueron los propios americanos con los que interactuó de esa reinención europea a partir de sus propios conocimientos? La clave de lectura de una obra perteneciente al género de la literatura de viajes es entender que el autor no sólo está describiendo lo que observa directamente, como si se tratara de un ente completamente pasivo, sino que durante su experiencia interactúa con conocimientos locales. Pratt plantea una reflexión sobre el romanticismo decimonónico (estilo predominante de la época) teniendo en cuenta lo anterior: pocas veces se piensa que las zonas periféricas que fueron exploradas por el «espíritu liberal e individualista» europeo fueran capaces de tener una influencia considerable en la forma en la que los europeos se concebían a sí mismos¹⁹.

¹⁸ Pratt, *Ojos imperiales*, 246-249.

¹⁹ Pratt, *Ojos imperiales*, 253-260.

Otro de los legados del paso de Humboldt por América, en especial desde el punto de vista de los intelectuales americanos, fueron los intentos por imitar la imagen del mismo Humboldt. En su estudio sobre las representaciones visuales y textuales en los relatos de viaje sobre las pampas argentinas, la historiadora Inés Yujnovsky recalca la forma en que el viajero Estanislao Zeballos se autorrepresenta hacia finales de la década de 1870 e inicios de la década de 1880, dando como resultado una mezcla entre la esencia deseada del científico europeo moderno y elementos americanos. Yujnovsky describe que en *Viaje al país de los araucanos*, Zeballos posa como un sabio europeo al tiempo que usa un poncho mapuche a manera de mimetización con el campo argentino, todo esto mientras se rodea de una naturaleza virgen, el mismo tipo de naturaleza que Humboldt fervorosamente se había encargado de «dar a conocer» a inicios del siglo XIX²⁰.

1.1.2 Viajeros, criollos y comercio: inserción de América Latina en un mercado capitalista

En el proceso de «reinención» del continente, Pratt distingue entre el proceso *humboldtiano* y el proceso realizado por otro tipo de viajeros que empezaron a recorrer América casi que de manera paralela al geógrafo alemán. Durante las primeras décadas del siglo XIX, Gran Bretaña y Francia estaban consolidados como los actores principales a nivel económico y militar en el mundo, siendo los viajeros de procedencia británica los que predominaban. Este tipo de viajeros eran enviados generalmente por inversionistas europeos para la exploración de recursos naturales, el establecimiento de contactos entre las élites americanas y para hacer un tanteo de la situación en América, en especial de la mano de obra disponible, las condiciones de las rutas de transporte, entre otros²¹.

Al mismo tiempo, las élites criollas hallaron en Londres y París el apoyo militar y financiero que necesitaban para lograr la independencia de España. Dicha colaboración no fue gratuita, pues a cambio de la liberación de las colonias españolas, tanto británicos

²⁰ Inés Yujnovsky, «La conquista visual del país de los araucanos (1879-1881)» *Takwá*, no. 14 (Otoño 2008): 105-16.

²¹ Pratt, *Ojos imperiales*, 271.

como franceses tenían en la mira la oportunidad de beneficiarse de las relaciones comerciales que se establecerían gracias a los nuevos gobiernos. En un primer momento, el interés de este grupo estaba volcado hacia la minería, en especial la reactivación de minas abandonadas y la exploración de los territorios para el hallazgo de nuevas²².

Ahora bien, la inmersión comercial que estas y otras potencias europeas buscaban resurgiría con fuerza durante la segunda mitad del siglo y lo anterior se tradujo en inversiones en líneas de ferrocarriles, construcción de carreteras, puertos, minas y demás tipos de industrias. Los viajeros que fueron asignados a la labor de describir las condiciones favorables para el comercio en un momento de posindependencia a nivel continental son denominados por Pratt «la vanguardia capitalista», cuyo discurso se asemeja más a una *conquista* que a un *redescubrimiento* de América como lo veíamos con Humboldt. Así, la abundante naturaleza prístina de este último pasa a ser mirada con ojos economicistas que la tildan de abandono y de falta de progreso²³.

El hecho de que los viajeros tengan que enfrentarse a una serie de obstáculos logísticos para sus empresas es primordial para esta construcción particular de América. La vanguardia capitalista critica al continente por sí mismo: por tener un clima nefasto, por la incompetencia de su población, por el pésimo estado de los caminos, por sus carencias, entre otros. Sobre esto, llama la atención la manera en que los viajeros, en términos generales, elogian a las élites por su modo de vida mientras que al mismo tiempo se quejan de la sociedad hispanoamericana como conjunto dados sus altos índices de *atraso*.

La imagen construida por esta vanguardia capitalista era, por tanto, la de una América descuidada y atrasada. Esta visión era en parte compartida por las élites criollas que acababan de tomar las riendas de las nuevas naciones hispanoamericanas, por lo que tenían como misión en común con los inversionistas extranjeros hacer del continente un espacio eficiente. No obstante, cabe recordar que las mismas élites de toda América Latina velaban por mantener una imagen de sí mismas como entes civilizados y civilizatorios dentro de sus países y ante el resto de naciones «adelantadas» y, al mismo

²² Pratt, *Ojos imperiales*, 272-273.

²³ Pratt, *Ojos imperiales*, 274.

tiempo, intentaban proyectar una imagen de una América rica y próspera, traducida en estas alianzas con inversionistas extranjeros para lograr una mejor explotación de los recursos²⁴.

1.1.3 El caso de la literatura de viajes en Colombia durante el siglo XIX

El actual territorio colombiano no fue ajeno a los intereses de los distintos viajeros europeos que con la llegada de la independencia de España aprovecharon la oportunidad para explorar el país sin las restricciones del pasado. Cabe recordar que uno de los lugares recorridos por Humboldt fue la Nueva Granada y dicho viaje no pasó desapercibido. Lo anterior se corrobora por la gran influencia que tuvieron sus observaciones sobre el determinismo geográfico en el círculo intelectual criollo neogranadino, en especial en obras como *El influjo del clima sobre los seres organizados* de Francisco José de Caldas, en donde se recurre a la figuración de Humboldt para la comprobación de la teoría que expone en el texto²⁵.

Al igual que en el resto de Hispanoamérica, en las primeras décadas del siglo XIX llegan al entonces territorio neogranadino militares, hombres de negocios y diplomáticos, siendo Gaspard Mollien (1823), Jean-Baptiste Boussingault (década de 1820-1831), Carl August Gosselman (1825-1826) y Auguste Le Moyne (1828-1839) los viajeros tradicionalmente más destacados de este período. Ya hacia las décadas de 1830 y 1840 los viajes de extranjeros en Nueva Granada empiezan a descender en frecuencia, siguiendo el patrón del resto del continente, a excepción del viaje y estancia del escocés John Steuart entre 1836 y 1837.

²⁴ Este afán por querer exhibir el grado de civilización alcanzado en cada nación latinoamericana ante el «mundo civilizado» se puede ver en concreto en los distintos intentos por figurar en las exposiciones universales realizadas en ciudades europeas y norteamericanas desde la mitad del siglo XIX. Al respecto, ver: Frédéric Martínez, «¿Cómo representar a Colombia? De las exposiciones universales a la Exposición del Centenario, 1851-1910», en: *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro. Memorias del Simposio Internacional y IV Cátedra Anual de Historia «Ernesto Restrepo Tirado»*, comp. Gonzalo Sánchez Gómez y María Emma Wills Obregón (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2000), 315-333.

²⁵ Mauricio Nieto, Paola Castañeda y Diana Ojeda, «‘El influjo del clima sobre los seres organizados’ y la retórica ilustrada en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada», *Historia Crítica*, no. 30 (Julio-Diciembre 2005): 91-114.

Como ya hemos mencionado anteriormente, la segunda mitad del siglo XIX es un período de reactivación de la producción de relatos de viajes sobre América. Esto se debió en parte a la consolidación y expansión de un público europeo dispuesto a consumir este tipo de literatura y en parte por el creciente interés de un grupo variado de científicos (geógrafos, naturalistas, botánicos, médicos, entre otros) por explorar las posibilidades ofrecidas por la flora y la fauna del continente. En el caso colombiano cabe destacar a viajeros como el inglés Isaac Holton y los escritos de Agustín Codazzi y los demás colaboradores durante el recorrido de la Comisión Corográfica.

La Comisión Corográfica fue un estudio geográfico llevado a cabo en el territorio de la Nueva Granada entre los años de 1850 y 1859, producto en parte de las aspiraciones políticas y económicas del presidente Tomás Cipriano de Mosquera. Fue dirigida por el militar y geógrafo italiano Agustín Codazzi, quien murió debido a una enfermedad mientras se dirigía hacia las provincias que le hacían falta para terminar el proyecto. Hacia mediados del siglo XIX, el conocimiento geográfico de la nación se reducía a los ya desactualizados estudios geográficos heredados de la época colonial y de inicios de la era republicana. Es por lo anterior que la Comisión Corográfica fue transversal en la historia decimonónica colombiana, en tanto que respondió a la necesidad por parte del gobierno de tener un conocimiento afianzado de la geografía que gobernaba para así sacar el mayor provecho posible de los recursos naturales que se pudieran encontrar a lo largo y ancho del país. Efraín Sánchez lo explica en su libro *Gobierno y geografía* de la siguiente manera:

El estudio geográfico de la nación estaba inextricablemente ligado a todos y cada uno de los *intereses materiales*, tanto al nivel nacional como al nivel regional. En las provincias, el levantamiento de mapas y la descripción física del territorio figuraban de modo explícito entre las estrategias prioritarias de progreso²⁶

Además de lograr el control y el pleno conocimiento de la división territorial del país en ese momento, las ambiciones de la Comisión Corográfica se extendieron a otras áreas. A nivel de explotación de recursos naturales, el gobierno liberal pretendía impulsar lo

²⁶ Efraín Sánchez, *Gobierno y geografía. Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada* (Bogotá: Banco de la República-Ancora Editores, 1998), 175.

que para ellos significaba *industria* en ese entonces: agricultura y minería. También se recalcó la importancia de apertura de caminos en la intrincada geografía colombiana como manera de alcanzar el progreso a nivel nacional, así como se fomentó la inmigración de blancos europeos y norteamericanos para instaurar los «valores del trabajo» y como complemento a una serie de fallidas legislaciones sobre tierras baldías para dicho fin.

Como empresa, la Comisión divisada por el mismo Codazzi consistía no sólo de cartas corográficas y estadísticas de las provincias neogranadinas en donde se resaltarán los elementos de interés a nivel geográfico, económico y poblacional de cada una de ellas, sino que también se valía de publicaciones complementarias, como lo señala Olga Restrepo²⁷, para «inventar la nación». La Comisión Corográfica debía dar cuenta de un proyecto de unificación nacional partiendo de la diversidad misma del territorio. De esta manera, se recurrió también a la elaboración de acuarelas que representaran paisajes naturales, paisajes urbanos y tipos sociales. Otro elemento importante de dicho proyecto fue el de la publicación de crónicas de viaje en prensa, particularmente *La Peregrinación de Alpha* de Manuel Ancízar y *Apuntes de viaje* de Santiago Pérez Manosalva. Tanto las láminas como estos relatos tenían la intención de dar a conocer el proyecto en distintos círculos nacionales, muchas veces de manera efectiva como se comprueba por el éxito del libro de Ancízar.

La inconclusa expedición de Codazzi fue la inspiración de mitad de siglo para el emprendimiento de nuevos viajes a través del territorio colombiano. Sánchez afirma que luego del paso de la Comisión Corográfica, «no menos de cincuenta individuos recorrieron el país o visitaron zonas específicas en viajes de exploración y estudio». En esta segunda ola de viajeros, encontramos una diferencia entre extranjeros y nacionales, particularmente en cantidad y en preferencias por zonas geográficas. En el caso de los viajeros extranjeros, quienes hicieron la mayoría de viajes en dicho período, había una preferencia por la Sierra Nevada de Santa Marta así como Panamá. Mientras, los viajeros nacionales se decantaban por la exploración de los llanos de San Martín y del

²⁷ Olga Restrepo Forero, «Un imaginario de la nación: lectura de las láminas y descripciones de la comisión corográfica», *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 26, (1999): 30-58.

Casanare, en un intento por descubrir y dar a conocer su potencial para la explotación de recursos²⁸.

1.2 Relatos de viaje sobre los Llanos Orientales durante la segunda mitad del siglo XIX

Entre los relatos de viajes relativos a los Llanos en el período trabajado podemos encontrar los viajes del estadounidense Isaac Holton, del alemán Alfred von Köhler, el español José María Gutiérrez de Alba y los franceses Édouard André y Jorge Brisson, así como otros relatos elaborados por viajeros nacionales como Emiliano Restrepo, Jenaro Valderrama, Nicolás Sáenz, Carlos Michelsen, Antonio Muñoz y Santiago Pérez Triana. Al mismo tiempo, de acuerdo a la discusión ya mencionada respecto a las fronteras difusas de la literatura de viajes con respecto a otros géneros, se podría argüir que textos como los apuntes de viaje de Agustín Codazzi en su paso por el Casanare y los llanos de San Martín, los informes de misión de finales del s. XIX y las cartas escritas por los misioneros serían parte de este conjunto. Para esta investigación nos centraremos en los relatos de Emiliano Restrepo, Édouard André, Santiago Pérez Triana y Jorge Brisson²⁹.

Como lo advierte Chartier en sus obras respecto a la historia de la lectura como práctica cultural, hacer una historia del libro implica ver más allá de los registros cuantitativos. En primer lugar, el libro debe considerarse como un objeto cultural que ha sido intervenido de diferentes maneras hasta llegar a la condición en que se nos presenta. De esta manera, un libro es el resultado de procesos mentales (durante la escritura) y procesos materiales (durante su producción física, bien sea un manuscrito o un libro impreso). Es a partir de la llamada Edad Moderna, es decir desde el siglo XVII, que el libro es también intervenido por procesos editoriales, lo cual corresponde a una mercantilización aún mayor del libro como objeto, en tanto que hay apertura a distintos

²⁸ Sánchez, *Gobierno y geografía*, 595.

²⁹ Estos relatos de viaje fueron escogidos en primer lugar por los motivos detrás de los viajes, que como veremos, se enmarcan dentro de los intereses comerciales y el carácter anecdótico; en segundo lugar, porque fueron viajes realizados en décadas cercanas (1870 y 1890), lo cual permite una valoración de las representaciones un tiempo después del paso de Codazzi; y en último lugar, por su circulación tanto nacional como internacional.

públicos de acuerdo a la demanda y la forma en que la lectura (individual o colectiva) se transformaba en las sociedades occidentales.

En su ensayo *What is the History of Books?* Robert Darnton, al igual que Chartier, llama la atención sobre las diferentes etapas del proceso de comunicación en las que aparece el libro. Si bien aclara que lo que propone no se trata de una fórmula general para el estudio de una historia de los libros impresos, Darnton arroja luces sobre las relaciones entre autores, editores, imprentas, distribuidores, vendedores y lectores y las posibilidades que éstas ofrecen para una investigación de mayor profundidad.

La insistencia implícita de Darnton –que podríamos ver incluso en Chartier– sobre el carácter intertextual inherente en los autores es interesante en tanto que éstos son también lectores y están en la capacidad de responder a obras anteriores a su propio trabajo. Es esto a lo que en parte nos referimos con *lugares de producción*, puesto que no sólo se trata del espacio físico en que el escritor trabaja en su obra o en donde aquella es publicada, sino que también alude a la red de conocimientos y experiencias pasadas o inmediatas del autor de un texto y que terminan transmitiéndose en sus escritos. Al mismo tiempo, tanto el historiador francés como el estadounidense recalcan la importancia de la *circulación* de los textos, pues esta permite al investigador dar cuenta del tipo de públicos que consumen cierto tipo de libros y de los significados que se le dan en distintos momentos históricos.

Vale la pena aclarar que, aunque no es la intención de este trabajo, los datos de circulación de las obras estudiadas nos permiten enmarcarlas como fuentes útiles para una investigación dentro de los parámetros propuestos por la aproximación historiográfica denominada *Historias Cruzadas*³⁰, puesto que los textos mismos nos hablan no solamente de una historia regional, sino también de una historia de la interacción entre centros y periferias tanto a nivel Colombia como a nivel global dentro del contexto de la época³¹.

³⁰ Para una explicación detallada sobre los límites propuestos por esta perspectiva y su relación con otras miradas similares (a saber, Historia Comparada, Historia Transnacional, Historias Interconectadas e Historia Global) ver: José D'Assunção Barros, «Histórias Cruzadas – considerações sobre uma nova modalidade baseada nos procedimentos relacionais», *Ano 90* 21, no. 40 (Diciembre 2014): 277-310.

³¹ Como lo evidenciamos más adelante en las descripciones de los textos, éstos no solamente cuentan una historia de los Llanos, o en concreto una historia de viajes aislados, sino que dan cuenta del movimiento

Volviendo a nuestro problema de investigación, a continuación presentaremos las obras escogidas, teniendo en cuenta sus lugares de producción y su circulación en un primer instante antes de proceder con el análisis de contenido, puesto que como hemos señalado, no podemos reducir un libro únicamente a lo que dice sin haber antes comprendido de dónde vienen y de qué manera son apropiados por los públicos a los que son destinados.

1.2.1 Una excursión al Territorio de San Martín (1870)

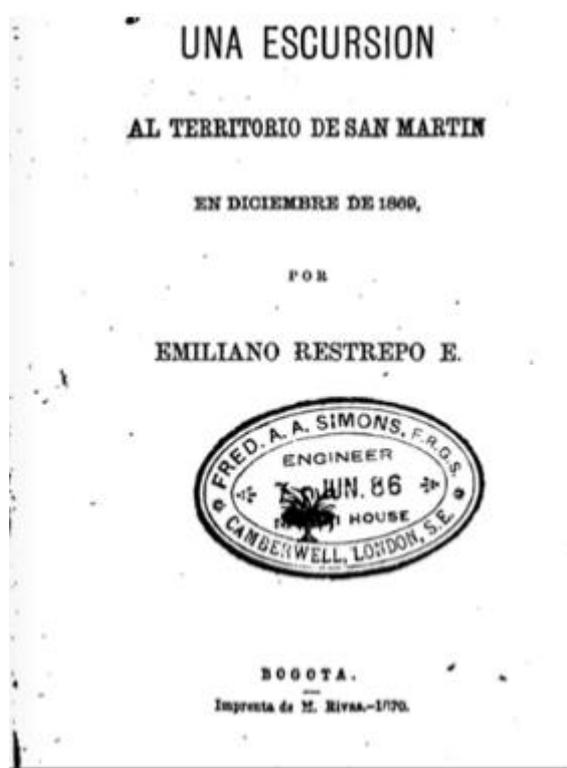


Imagen 1. Portada de *Una excursión al Territorio de San Martín* (1870)

El autor de esta obra es Emiliano Restrepo Echavarría (1832-1917), abogado y hacendado antioqueño residente en Bogotá que poseía terrenos en el Territorio de San Martín –para ser más específicos, era propietario de la hacienda La Vanguardia y algunos otros terrenos–. Su obra *Una excursión al Territorio de San Martín* fue escrita en el contexto de las décadas de 1860 y 1870 en el que hay un fuerte movimiento desde el gobierno por incentivar a la colonización de los extensos terrenos baldíos de los Llanos Orientales³². En palabras del mismo Restrepo, el objetivo de la recopilación en texto de su recorrido por San Martín es «llamar la atención del

de una red de conocimiento desde el centro del país hasta Europa y Norteamérica (en especial España, Francia y los Estados Unidos como lugares privilegiados en la circulación internacional).

³² Si bien desde el gobierno había pretensiones de atraer a migrantes extranjeros para dicha labor, Colombia no se constituyó como un destino atractivo para los europeos y norteamericanos –población apetecida por las élites– y hubo que conformarse con el desplazamiento de colonos nacionales. Jane Rausch, *La frontera de los Llanos en la historia de Colombia (1830-1930)* (Bogotá: Banco de la República-Áncora Editores, 1999), 132-197.

gobierno nacional y despertar el interés público hacia la inmensa y positiva importancia de nuestras cercanas llanuras orientales»³³.

Como la intención de Restrepo es convencer tanto a los estamentos gubernamentales a nivel nacional y a futuros colonos de comprar tierras y establecerse en esta región, el relato de la excursión está cargado de notorios intereses económicos con una descripción frecuente de las posibilidades agropecuarias que ofrecen los terrenos. Sin embargo, esto no impide que el autor haya dejado por el medio escrito sus impresiones sobre el pueblo llanero –su carácter y sus actividades– así como el de los indígenas.

El libro es publicado en 1870 en Bogotá por la Imprenta de Medardo Rivas a partir de una compilación de escritos sobre el recorrido hecho por Restrepo el año anterior. En cuanto a su materialidad, esta primera edición consta de 380 páginas y tiene un grosor de 15 cm (Imagen 1). Como lo menciona el mismo Restrepo, algunos de estos escritos y cartas fueron también publicados a manera de artículos en periódicos como el *Diario Oficial de Bogotá*. Un dato curioso es la circulación

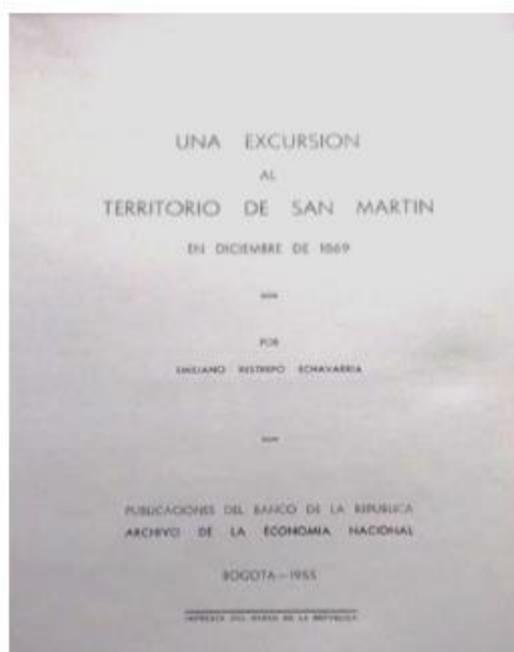


Imagen 2. Portada de *Una excursión al Territorio de San Martín* (1955)

de la obra de Restrepo dentro de la obra del francés Édouard André –de quien se hablará en seguida– pues este último, en su encuentro con el hacendado antioqueño, la referencia y es notable el uso que hace de la misma a la hora de establecer algunas cifras y datos generales sobre el Territorio de San Martín. Ochenta y cinco años después de su primera edición, el Banco de la República lanza en 1955 una reimpresión del libro –edición trabajada en la presente investigación– acompañada de estudios complementarios (Imagen 2): el primero es un informe/retrato de viaje similar al de Restrepo titulado *El Meta y las llanuras de San Martín* y escrito por Jenaro Valderrama,

³³ Emiliano Restrepo, *Una excursión al Territorio de San Martín en diciembre de 1869* (Bogotá: Banco de la República, 1955), 10.

un catedrático de botánica de la Universidad Nacional, en 1869³⁴; el otro texto se trata de *El Llano*, publicado en 1920 y escrito por Carlos Cuervo Marquez, miembro de la Academia de Historia³⁵. Hay una tercera publicación de la obra en 1957 hecha por Editorial ABC en la ciudad de Bogotá y, curiosamente, un fragmento de este relato –*De Bogotá a Villavicencio*– es reproducido en un libro dedicado a viajeros nacionales por Colombia, editado por el Fondo Cultural Cafetero en 1977 con motivo del quincuagésimo aniversario de la fundación del Fondo Nacional de Cafeteros³⁶. Nos encontramos entonces con un relato de viaje que aunque ha tenido una circulación menor a lo largo de la historia en comparación con los otros tres relatos estudiados, no necesariamente ha sido dejado en el olvido. Lo anterior se constata con los esfuerzos hechos por entidades como el Banco de la República y el Fondo Cultural Cafetero por integrar la obra de Restrepo a manera de referente literario para entender la economía del país y para darle un nuevo valor a los viajes realizados por personajes colombianos, respectivamente.

1.2.2 Viaje a la América Equinoccial (1876)

Édouard François André (1840-1911) fue un botánico y arquitecto paisajista francés quien vino a territorio colombiano auspiciado por el Ministerio de Instrucción Pública de su país, con el objetivo de recolectar especímenes de plantas suramericanas para su estudio e introducción al continente europeo. André llega a Barranquilla hacia finales del año 1875 y es esta ciudad el punto de partida de su recorrido por distintas provincias de Colombia y posteriormente de Ecuador. La breve visita del científico francés a los Llanos Orientales es producto de una invitación hecha por el entonces presidente de la república Santiago Pérez Manosalva poco después de haber llegado a la ciudad de Bogotá³⁷.

³⁴ Como lo indica esta edición, el texto de Valderrama es tomado del volumen 2 de *Los Anales de la Universidad de los Estados Unidos de Colombia*.

³⁵ Al igual que *El Meta y las llanuras de San Martín*, este texto fue tomado de una obra titulada *Estudios Arqueológicos y Etnográficos Americanos*, publicada en Madrid en el año que indiqué.

³⁶ Fondo Cultural Cafetero, Colombia, *Viajeros colombianos por Colombia*. (Bogotá: El Fondo, 1977). Como dato curioso, vale la pena señalar que este libro hace uso tanto de los grabados asociados con el relato de Édouard André como de las láminas de la Comisión Corográfica.

³⁷ Édouard André, «América Equinoccial», en Charles Wiener *et. ál*, *América Pintoresca. Descripción de viajes al nuevo continente por los más modernos exploradores* (Barcelona: Montaner y Simón, 1884), 537.

Dada su profesión y el motivo de la misión que le fue encomendada por el gobierno francés, el relato de André tiende a ahondar más en la apreciación del paisaje natural, mostrando un interés comprensible en la flora y en cierta medida en la fauna de los Llanos. No obstante, su estilo narrativo no se ve del todo regulado por una pretensión de objetividad total, pues el autor da cabida a las anécdotas y las apreciaciones personales en medio de la descripción geográfica o la inclusión de datos históricos, económicos y administrativos sobre la región.

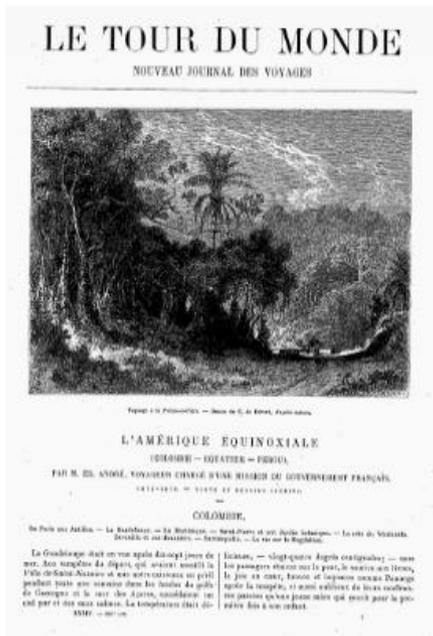


Imagen 4. Primera página de *L'Amérique Équinoxiale* tal como apareció en *Le Tour du Monde* (1877).

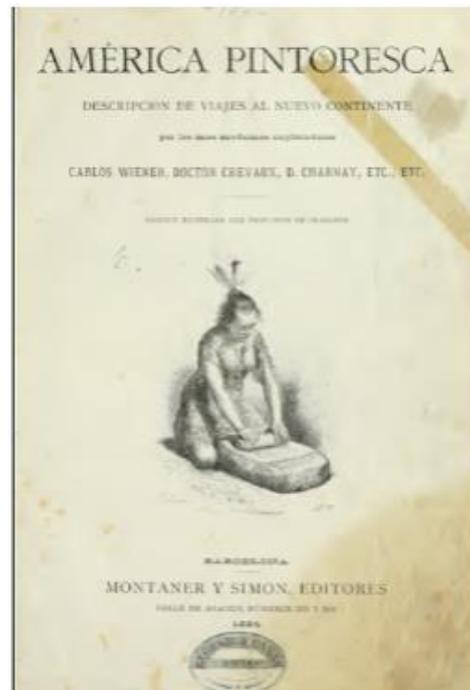


Imagen 3. Portada de *América Pintoresca* (1884)

De las obras estudiadas, la de André es la de mayor circulación. Para empezar, el mismo Santiago Pérez Manosalva le pide a André que publique un resumen de su visita en el *Diario Oficial de Bogotá*. Las extensas memorias de los viajes hechos en Colombia y Ecuador serían publicadas inicialmente en el semanario francés *Le Tour du Monde* (Imagen 3) en 1877³⁸. La traducción al castellano se haría seis años después, en 1884 por los editores Montaner y Simón en la ciudad de Barcelona, la cual decide compilar

³⁸ *Le Tour du Monde*, como acabamos de mencionar, fue una revista-semanario francesa creada en 1860 por Édouard Charton con el propósito de dar a conocer distintos relatos de viajes alrededor del mundo realizados por viajeros franceses, sin importar su motivo. Gran parte de su éxito, además de suplir las necesidades de un público lector creciente, se debía a los grabados que acompañaban los textos. Para una lectura sobre la representación visual y textual de los diferentes viajeros cuyas obras fueron publicadas en esta revista, ver: Isabelle Surun, «Les figures de l'explorateur dans la presse du XIXe siècle», *Les Temps des médias*, no. 8 (2007): 57-74.

los textos de André junto con los relatos de viajeros como Charles Wiener, Jules Crévaux y Désiré Charnay en una obra titulada *América pintoresca: descripción de viajes al Nuevo Continente*, obra que cuenta con dos formatos: uno de gran tamaño (859 páginas y 31 cm de grosor) y una edición facsímil en tres tomos (Imagen 4). Mucho más adelante, esta edición sería reimpressa en 1982 tal como fue publicada por Montaner y Simón por la editorial Carvajal S.A. En 1968 es publicada la obra *Geografía pintoresca de Colombia* editada por Eduardo Acevedo Latorre, la cual no sólo incluye el viaje de André sino también el viaje de Charles Saffray³⁹. Vale la pena resaltar que una constante que se encuentra en todas las publicaciones de la obra de André, incluso en las que se mencionarán en seguida, es la inclusión de grabados o ilustraciones de distintos hechos ocurridos en el viaje realizado por el botánico francés. Dichos grabados no fueron realizados por André, sino que, como se acostumbraba en ese entonces dentro del mundo editorial, se contrataba a distintos ilustradores que intentaban reproducir de la manera más fiel posible y a partir de las descripciones hechas por los autores, los paisajes, la fauna, la flora y los habitantes del lugar visitado. En el caso de André, las ilustraciones de *Viaje a la América*

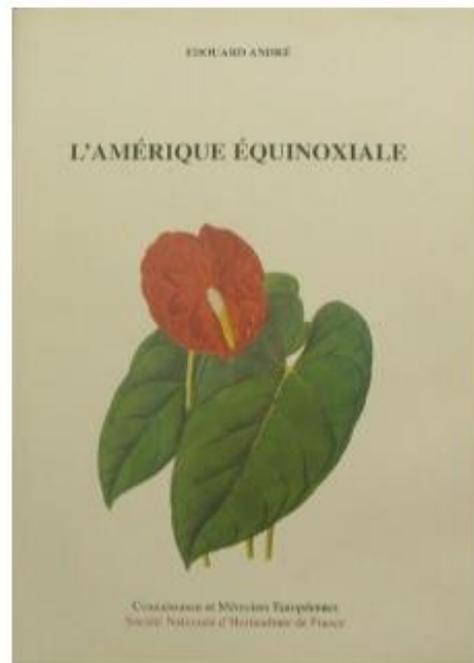


Imagen 5. Portada de *L'Amérique Équinoxiale* (1999)

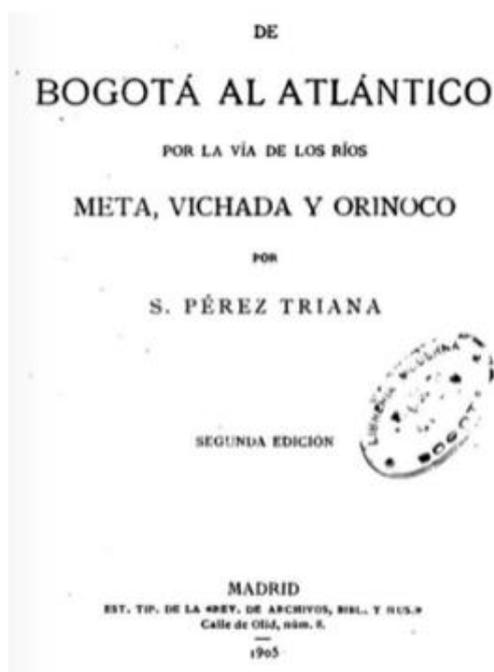
Equinoccial fueron realizadas por ilustradores como Édouard Riou, experto en la realización de este tipo de imágenes.

Hasta el momento tenemos una obra que, desde el punto de vista de la historiografía colombiana, se ha valorizado por los aportes que puede hacer a la investigación de distintos temas de la historia decimonónica del país. No obstante, la circulación de *Viaje a la América Equinoccial* en la lengua original de su autor no se detiene con las entregas iniciales en *Le Tour du Monde*. En 1999 fue publicado por la *Société Nationale*

³⁹ Este libro por sí sólo cuenta con alrededor de 6 ediciones en los años de de 1968, 1971, 1980, 1984, 1990 y 1994. Cuenta además con una traducción al inglés.

d'Horticulture de France otra edición del texto de André titulada *L'Amérique Équinoxiale*, con un prefacio de Daniel Lejeune (Imagen 5). La portada del libro indica que hace parte de una colección denominada «Memorias Europeas» (*Mémoires Européennes*). Así mismo, en la página web de eForge, una editorial quebequense dedicada a la venta de libros electrónicos o *e-books*, el relato de André aparece en formato digital y dividido en dos volúmenes luego de haber sido editado para dicho fin en el año 2014⁴⁰. Por lo tanto, la lectura del viaje de André es continuada en el mundo francófono desde el sentido inicial que tenía para el mismo André en su momento (una relación de hallazgos y estudios botánicos) y que los lectores decimonónicos le dieron cuando lo encontraron en las páginas de *Le Tour du Monde*, es decir, como un relato que transporta al lector a tierras desconocidas.

1.2.3 De Bogotá al Atlántico por la vía de los ríos Meta, Vichada y Orinoco (1893)



Santiago Pérez Triana (1858-1916) fue un diplomático y escritor bogotano, hijo del presidente Santiago Pérez Manosalva y perseguido por sus convicciones políticas durante el período de la Regeneración. Pasó gran parte de su vida en el extranjero, por lo que se le facilitaba más la publicación de historias en otros idiomas para su manutención. Como escritor se le reconoció por sus cuentos como lo evidencian sus obras tituladas *Reminiscencias Tudescas*

Imagen 6. Portada de *De Bogotá al Atlántico* (1905) (1902) y *Tales to Sonny* (1906)⁴¹.

⁴⁰ A la fecha de consulta de esta información (abril-mayo de 2016) el precio por cada volumen era de 3,23 dólares canadienses.

⁴¹ *Reminiscencias Tudescas* inicialmente aparece dentro de las páginas de *De Bogotá al Atlántico* a manera de capítulo; sin embargo es también publicado como relato independiente. Dentro de la obra escrita de Pérez Triana también encontramos memorias sobre las guerras en Colombia, así como artículos de prensa, discursos y comentarios sobre la situación política del país desde el exilio.

El motivo de su paso casi que apresurado por los Llanos Orientales en el año de 1893 se debe a la persecución política que se hizo contra su persona, obligándolo a huir y siendo los ríos de la Orinoquía la única vía de escape rápida para lograr su cometido. El viaje comienza en Bogotá y su destino en Ciudad Bolívar, ciudad adentrada en los territorios venezolanos. De los veinticinco capítulos contenidos en *De Bogotá al Atlántico*, para este trabajo sólo se tuvieron en cuenta los capítulos referentes al paso de Pérez Triana por los territorios que se asocian directamente a los Llanos colombianos, es decir, hasta la llegada al río Vichada.

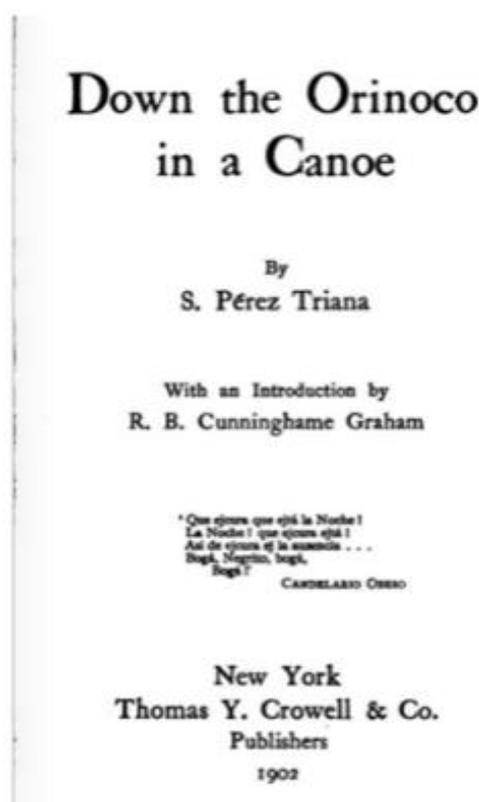


Imagen 7. Portada de *Down the Orinoco in a Canoe* (1902)

Por la misma condición de exiliado de Pérez Triana, *De Bogotá al Atlántico* es primero publicado por la Imprenta Sudamericana, en París, en el año de 1897. De las obras trabajadas, la de Pérez Triana es de la que más se conocen ediciones: en español se imprimió una segunda edición en 1905 en Madrid (Imagen 6); en 1942 por Editorial Kelly (Bogotá); en 1945 por el Ministerio de Educación colombiano con un breve comentario de la vida del autor hecha por Hernando Tellez; en 1972 por Ediciones Guadalupe, también editorial bogotana; en 1990 por Editorial Incunables; y finalmente en 1992 por la Biblioteca V Centenario Colcultura en el marco de la conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, con un prólogo realizado por Carlos

Mario Perea Restrepo. Así mismo, se tiene conocimiento de una traducción al inglés hecha por el mismo Pérez Triana: lo curioso de esos ejemplares, publicados en 1902 por la imprenta neoyorquina de Thomas Crowell & Co., es que en primer lugar tienen comentarios hechos por autores como R.B. Cunningham Graham y en segundo lugar Pérez Triana se toma libertades con la traducción de sus memorias de viaje: el libro en inglés se titula *Down the Orinoco in a canoe* (Imagen 7) y si se compara con su versión en castellano, el lector se encontrará con un recuento de los mismos hechos en palabras distintas. Todo lo anterior nos habla de una obra con valoraciones cambiantes a lo largo de la historia: en un principio se trata de un relato de viajes que cumple su propósito comercial de llegar a un público ávido por leer sobre las peripecias de un viaje en una región para muchos indómita. Sin embargo, el valor que se le brinda en reediciones más recientes, al igual que la obra de André, es de carácter histórico, asimilando la noción de que el viaje de Pérez Triana es importante para aproximarse a un pasado, así resulte a primera vista como algo anacrónico frente a un evento como una conmemoración de la llegada de Colón al continente americano.

1.2.4 Casanare (1896)

Desafortunadamente, sobre Jorge Brisson no se encuentran suficientes datos biográficos que permitan contextualizar su vida con su producción bibliográfica. Se sabe, sin embargo, que era un ingeniero civil francés contratado por el gobierno colombiano y que estuvo en el país durante la última década del siglo XIX. Los datos anteriores nos permiten determinar entonces los motivos de su viaje: la exploración de regiones del territorio colombiano que representaban un obstáculo para el proyecto centralista e integrador del gobierno, como lo eran el Chocó y el Casanare. Se sabe además, al menos por su obra *Casanare*, que había llegado a América del Sur alrededor de 1880 y que dentro de sus destinos previos a Colombia estaban Buenos Aires, Tierra del Fuego, Lima y Ecuador.

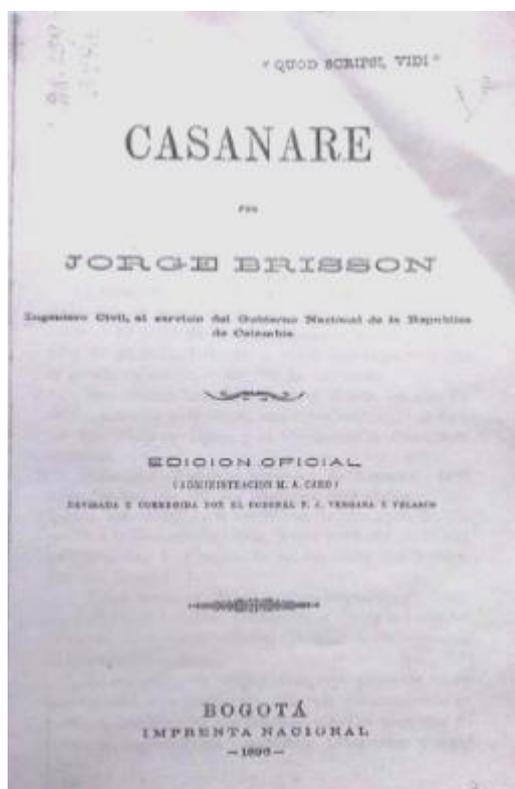


Imagen 8. Portada de *Casanare* (1896)

Si bien su trabajo en concreto era informar al gobierno de la situación en estas regiones en diversos aspectos –económicos, geográficos, poblacionales–, además de proponer soluciones para la efectiva integración de dichos territorios a la vida nacional, esto no impidió que el ingeniero anotara sus experiencias en dichos viajes y luego los publicara. El viaje al Casanare es realizado por Brissón a principios de febrero de 1894 (partiendo de Bogotá) y concluye en enero de 1895 (regresando a Támara luego de la exploración de salinas). Dada su profesión, muchas veces el relato de Brissón enfatiza la descripción de la geografía de la región o de procesos económicos que ayudarían a insertar la misma en el mercado nacional e internacional.

Casanare fue publicado en el año de 1896 por la Imprenta Nacional en la ciudad de Bogotá (Imagen 8). De acuerdo a su portada, se trata de una edición oficial dado que, aunque sea un relato de viajes, es producto de una tarea de exploración asignada a Brissón por parte del gobierno de la época – en este caso, la presidencia de Miguel Antonio Caro⁴².

Debido a su carácter oficial, se asume que el público en primera instancia eran círculos afines al gobierno de Colombia de finales de siglo, así como cualquier persona con los

⁴² No sorprende que Brissón le dedique el texto a Caro e incluso llegue a nombrarlo «ilustre iniciador y protector del progreso y desarrollo de Casanare».

recursos para adquirir un ejemplar. En uno de los capítulos hay un claro llamado de atención que hace el autor a los jóvenes de clase alta para que no se desempeñen en labores *afeminadas* como lo es el comercio y que en cambio abandonen las ciudades y cultiven cafetales o contribuyan a lograr la navegación de los ríos que aparentemente traerían el progreso a regiones como el Casanare⁴³.

En contraste con los demás relatos, el libro de Brisson tiene una circulación que en un principio parece más restringida al ámbito colombiano. Además de la edición oficial de 1896, el viaje al Territorio del Casanare es mencionado en la obra compilatoria *Viajes por Colombia en los años de 1891 a 1897*, publicado también por la Imprenta Nacional en 1899. En años más recientes, la Gobernación del departamento del Casanare y la Alcaldía del municipio de Arauca han impreso nuevas ediciones del libro en los años de 2004 y 2007 respectivamente. Lo anterior quiere decir que este es un relato muy atado a la oficialidad, en donde por distintos discursos se pretende tomarlo como muestra de los intentos de la región por ser llevada al camino del progreso, si así se le quiere decir. La única edición física que contradice esta idea es la editada y publicada por Nabu Press en 2011. Nabu Press es una editorial cuyo objetivo es el de reproducir «fielmente» libros antiguos publicados antes de 1923 a partir de la técnica de escaneo⁴⁴. Se desconoce exactamente cómo llega a manos de esta editorial un ejemplar del libro de Brisson, así como el interés de publicar un título tan aparentemente desconocido. Desde un plano hipotético, sin embargo, nos podríamos estar enfrentando a la creación de un público no definido que siente interés por la adquisición de «libros raros».

Como conclusiones preliminares, encontramos que para la debida lectura de las fuentes seleccionadas para esta investigación es necesario comprender de dónde provienen, más allá de sus contenidos concretos. La literatura de viajes, subgénero literario en el cual se clasifican los relatos seleccionados para la presente investigación, posee unas características particulares, los cuales le confieren un valor agregado en cuanto a las motivaciones detrás de su publicación, su posición respecto al debate sobre objetividad y subjetividad, y finalmente su desarrollo a lo largo de la historia.

⁴³ Jorge Brisson, *Casanare* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1896), 39-40.

⁴⁴ Esta información fue tomada de su sitio web: <http://nabupress.com/>. Consultado el 9 de abril de 2016. La edición de *Casanare* publicada por esta editorial puede adquirirse en el portal de compras en línea Amazon.com.

En la América del siglo XIX, los relatos de viaje aparecen para naciones como Inglaterra y Francia, del lado europeo y para las nacientes naciones latinoamericanas como la constancia escrita de las nuevas posibilidades de comercio global entre sí. De esta manera, las representaciones predominantes en este siglo sobre la geografía natural y humana de la «América redescubierta» abogan más por una lógica de aprovechamiento de recursos por parte de las potencias comerciales europeas y de creación de identidades nacionales sólidas por parte de las élites latinoamericanas. El actual territorio colombiano, y en especial los Llanos Orientales, no fueron ajenos a esta situación, lo cual se evidencia en la producción de relatos de viaje en la segunda mitad del siglo.

Capítulo 2

¿Un pueblo a la espera de la civilización? Representaciones de los habitantes de los Llanos

Al momento de analizar cualquier tipo de representación hay que tener en cuenta su objetivo principal. Las representaciones son fabricadas, son concreciones de las formas de ver el mundo, a través de ellas se plasma la realidad de un discurso en un plano material distinto al original (una imagen o un texto, por ejemplo), de manera que no son totalmente objetivas, están atravesadas por la subjetividad. Lo anterior corresponde a un juego de poder y de la manera en que las representaciones perpetúan o transforman ciertas prácticas o imaginarios con fines específicos. Dichos fines están relacionados con estrategias destinadas al mantenimiento de un orden jerárquico ya establecido o que pretende ser mantenido para asegurar los intereses de quienes están detrás de la elaboración de las representaciones. En el caso de las representaciones que se hacen sobre poblaciones en la literatura de viajes decimonónica, nos encontramos con todo un aparato discursivo de la modernidad. Es importante señalar que el lugar de enunciación es Occidente, por lo que las representaciones rescatadas de este tipo de literatura entran dentro de una historia de la mirada del otro desde el *ethos* occidental. Retomando lo dicho por Edward Said en su conocida obra *Orientalismo*, dicho *ethos* occidental se sustenta en la formación y defensa de una cultura particular –en principio la cultura europea– y hegemónica, la cual distingue entre una identidad superior –Occidente mismo– frente a una serie de culturas «inferiores» y «atrasadas».

El principal factor utilizado por Occidente, particularmente el mundo europeo, para distinguir entre una sociedad y otra era el de la *civilización* en contraposición a la *barbarie*. En su artículo *Los viajeros del siglo XIX y el “proceso de la civilización”*: *Imágenes de indios, negros y gauchos*, Ingrid Bolívar brinda pistas para el análisis de la construcción de esta dupla discursiva: Occidente «civilizado» es capaz de reconocer a un agente diferente –es decir, a un *otro*– en tanto que es capaz de hacerse una idea de sí mismo y de igual manera es capaz de *justificar* su existencia. A su vez, Occidente logra mantener en pie su configuración ideológica en tanto que ésta sea transmitida de generación en generación, así como a través de las distintas clases sociales. Es por eso

que en el siglo XIX, centuria del imperialismo europeo en todo su esplendor, los viajeros y exploradores eran un grupo más que jugaba a la perfección su rol dentro del esquema de colonización occidental.

En su aproximación a esta temática, Cristina Rojas explora las conexiones existentes entre Occidente, lo que ella llama *deseo civilizador*, la violencia y la colonización del denominado Tercer Mundo. Para Rojas, la creación de representaciones sobre el otro es una operación dialógica, en la que la interacción de los agentes es fundamental para entender los órdenes jerárquicos que se generan desde un *nosotros* con respecto a unos *otros*. Dado su carácter fuertemente discursivo, las formas de representación se constituyen como una pugna constante entre la visibilización y la ausencia y es allí donde el ejercicio de la violencia entra a jugar como medio de imposición o resistencia.

Por su parte, el antropólogo australiano Michael Taussig parte de la tesis, según su tema de investigación en el libro *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje*, de que las categorías «terror» y «curación» asociadas a las prácticas chamánicas no deben verse desligadas. Lo anterior corresponde a una política de representación ambivalente en tanto que se le están confiriendo una serie de características opuestas al mismo ente, de manera que se marca una relación desigual entre el yo-civilizado, el cual busca una justificación para la imposición de prácticas como la instauración de un sistema de explotación en un contexto expansionista. No obstante, el aspecto más interesante de la propuesta de Taussig es la manera en la que al construir *lo que es* el otro, Occidente se construye a su vez en función de lo que *tiene miedo de ser*. De esta manera, en términos de Taussig, prácticas como el canibalismo son especialmente temidas por los europeos puesto que simbólicamente representa la devoración de los valores occidentales por parte de los seres que Occidente mismo trata de inferiores.

Teniendo en cuenta las aproximaciones anteriores, en este capítulo se analizan y contrastan las representaciones halladas en las obras anteriormente presentadas a partir de tres dicotomías, a saber viajero – habitantes de los Llanos, llaneros – indígenas y civilización – barbarie. Mi intención al escoger estas dicotomías es la de analizar la autoconciencia de los autores a partir de las denuncias, los miedos o las exaltaciones realizadas por éstos al momento de plasmar sus experiencias en los Llanos, las distinciones entre un tipo regional específico como el tipo llanero y la condición

particular de las poblaciones indígenas de la región. Así mismo, es también importante señalar la manera en que los autores conciben a los habitantes de los Llanos a partir de criterios civilizatorios propios.

2.1 Viajero – Población

Los viajeros-autores de los textos no son precisamente figuras pasivas dentro de los mismos. Si bien su función es la de describir los lugares que visitan, así como el tipo de gente que encuentran a su paso, al mismo tiempo e implícitamente están construyendo representaciones de sí mismos. Ya sea por medio de sus observaciones, miedos o quejas, los viajeros crean un perfil sobre ellos mismos respecto a sus experiencias personales en los Llanos y, de acuerdo a sus apuntes, éstas pueden derivar en *acercamientos* o *distancias* con la población y la región.

2.1.1 Exaltación del individuo: lucha contra la naturaleza y los hábitos

Debido a sus características particulares, los relatos de viaje se prestan, intencionalmente o no, a la exaltación del viajero en entornos ajenos al suyo. En el caso de nuestros autores, la mayoría de ellos no estaban familiarizados con la vida en los Llanos Orientales, por lo que encontramos muchas referencias a su lucha contra la naturaleza llanera, tan alejada de la vida urbana que conocían. Lo anterior es una forma de distanciamiento del viajero, en tanto que la descripción de sus incomodidades y la ruptura de sus hábitos se centran más en el individuo y sus interacciones con el ambiente y, en la mayoría de veces, subordina la descripción de la población nativa de la región.

Por ejemplo, aunque el siguiente fragmento del texto de Édouard André esté describiendo el entorno natural con el que el autor interactúa, dicha descripción nos habla a su vez de la manera en que el autor logra sortear los obstáculos que la naturaleza misma le pone a lo largo de su travesía para llegar a los Llanos:

Salvando peñascos, precipicios y cenagales, luchando sin cesar con las asperezas de un terreno á la vez que montaraz, encantador, hemos llegado por fin, mis buenos compañeros y yo, á la cuenca del Orinoco, ó sea a Villavicencio en cuya población acabamos de entrar hambrientos y molidos..... al par que maravillados⁴⁵.

Sin embargo, lo anterior no necesariamente indica que todas las veces el viajero resulta triunfante ante la naturaleza desconocida. Muchas de estas situaciones son meramente anecdóticas, por lo que dan cabida a los malos ratos –y por ende– a las quejas de los viajeros. Retomando a André, encontramos una experiencia que sucede una vez adentrado en el llano y que le resulta bastante incómoda, y en sus palabras, *asquerosa*:

Estaba escrito que aquella noche había de ser lúgubre por todo extremo. No teníamos más remedio, que pasarla en aquella casa maldita, al lado de una moribunda y rodeados de insectos nada tranquilizadores. Una vez hubimos colgado nuestras hamacas, inspeccionamos, antorcha en mano, las paredes de tapia resquebrajada de la sala. Pintar el fruto de nuestros descubrimientos, sería punto ménos que imposible... No había una sola hendidura, que no estuviera cubierta de grandes arañas velludas, migales de amenazadoras pinzas, abultadas chinches negras y oblongas, alacranes, yules, escolopendras y cucarachas, cuyos animales estaban todos al acecho, inmóviles en su agujero. Esta diabólica fauna no esperaba sino que apágáramos las luces, para atacarnos, deslizarse por las cuerdas de las hamacas y sangrarnos á mansalva⁴⁶.

La insalubridad de la que se queja André aquí no sólo incluye los insectos, sino también a la moribunda que fue dejada a su suerte en la casa abandonada en la que el botánico debe pasar la noche. Esta escena es trasladada al lenguaje visual a través de uno de los grabados realizados *a posteriori* por el ilustrador Édouard Riou durante el proceso editorial hecho por *Le Tour du Monde* (Imagen 9). En este grabado podemos observar a una figura femenina lánguida cuyo semblante refleja agonía –de allí el título del grabado– y a tres hombres que conservan una distancia prudente entre ellos y el lugar en donde sufre la mujer. Aunque el foco de la imagen está en los cuatros seres humanos, especialmente la agonizante y el hombre barbado que sostiene la antorcha –quien resulta ser Édouard André–, el escenario refleja visualmente las condiciones paupérrimas y el terror a los cuales debe enfrentarse el viajero francés. La casa está completamente

⁴⁵ André, «América Equinoccial», 550.

⁴⁶ André, «América Equinoccial», 588-589.

oscura, salvo por la luz proveída por el fuego de la antorcha y en el suelo y las paredes podemos observar una diminuta agrupación de alimañas: unas cuantas lagartijas, una araña al lado del brazo en reposo de la mujer y lo que parecen ser un par de batracios.

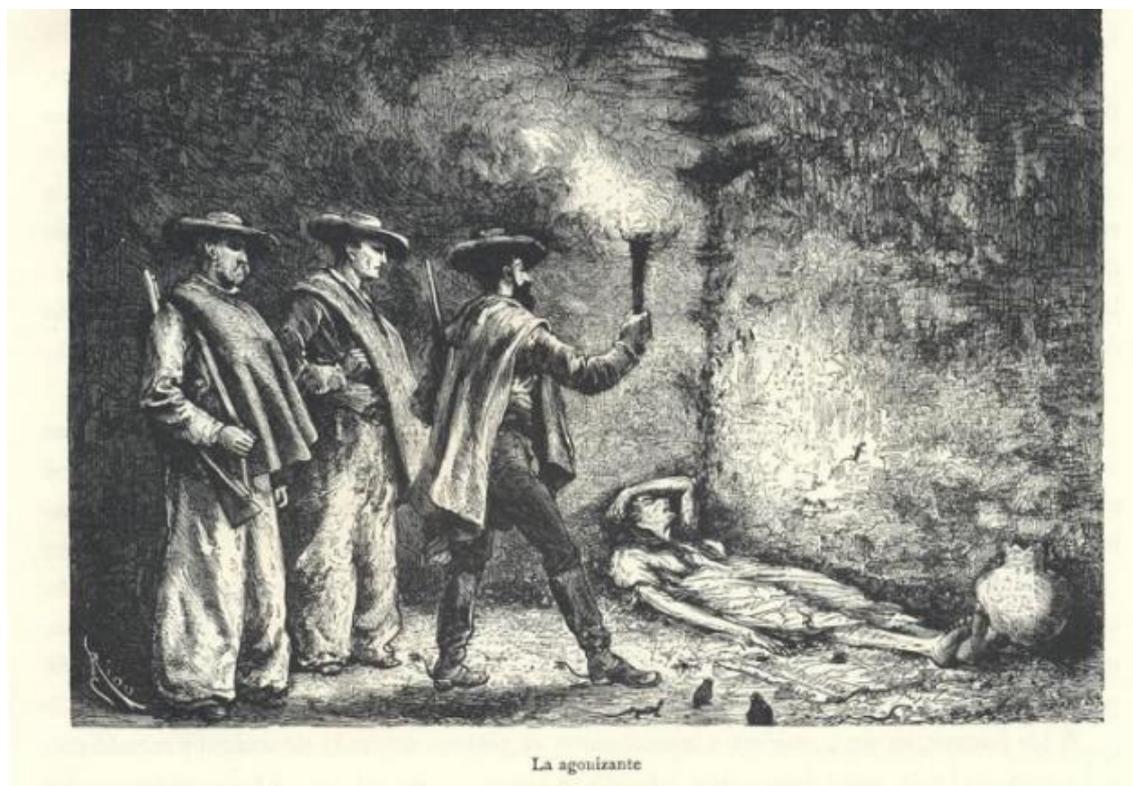


Imagen 9. É. Riou, *La agonizante* (1877) En Wiener et ál, *América Pintoresca*, 581.

La vulneración de los hábitos es un tema frecuente en estos relatos, pues el botánico francés no es el único que alude a ellos. En un momento dado, su compatriota Brisson se queja brevemente de la insalubridad del Casanare en una anotación que, aunque parezca insignificante, está dando cuenta de las experiencias que desafían al viajero durante su misión: «Estos últimos días han sido muy calurosos (33° á las 7 p.m.), y al ponernos en camino á las 5 y 30' de la madrugada nos sentimos algo debilitados y enfermos por estos 15 días de permanencia en lugares insalubres»⁴⁷. Al mismo tiempo encontramos otras incomodidades anteriormente mencionadas en el texto de Brisson, como lo es la incapacidad de conciliar el sueño por culpa de la fauna:

⁴⁷ Brisson, *Casanare*, 111.

Pasamos una noche informal, habiendo colgado nuestra hamaca, con la intención de gozar de más frescura, en una enramada; los ronquidos de tigre, de los peones, los perros, los gatos, los marranos, las gallinas, los patos, en compañía de los murciélagos y de centenares de aves y pájaros nocturnos, excitados por el resplandor de la luna, no cesan de llenar el aire de gruñidos, gritos, aullidos, ladridos, que se mezclan á los bramidos y relinchos lejanos de los toros y potros, y forman espantosa algarabía en medio de la cual es imposible conseguir un minuto de reposo⁴⁸.

Hasta el momento hemos señalado vulneraciones relacionadas con la naturaleza que ‘atacan’ directamente los hábitos de salubridad a los que están acostumbrados los viajeros. No obstante, estas vulneraciones también hacen que el viajero esté recordando constantemente su vida cotidiana previa a los Llanos. Lo *ausente*, por lo tanto, es exaltado en medio del lamento por las condiciones *salvajes* con las que tiene que lidiar el autor. Más adelante ahondaremos en los conceptos de civilización emitidos por los autores escogidos, pero por el momento este fragmento de Pérez Triana nos permite aproximarnos tanto a las nociones de civilización y barbarie como a la de distancia entre viajero y población:

A eso de las cuatro, Leal empezó á buscar la playa en donde deberíamos pasar la noche. Sensación especial experimentamos entonces por primera vez, al pensar que al fin de aquella jornada no encontraríamos techo ninguno bajo el cual abrigarnos. Comprendimos entonces y sentimos en toda su plenitud el amor innato del hombre civilizado á un albergue; y la fuerza del hábito nos hizo contemplar con cierto pavor la perspectiva de dormir enteramente á la pampa, como las aves y como los brutos⁴⁹.

Siguiendo el enunciado, podemos determinar que para Pérez Triana el hecho de dormir al aire libre es sinónimo de una vida salvaje. Sin embargo, al referirse al «amor innato del hombre civilizado a un albergue» está haciendo explícito su papel dentro de esta asignación de características, en donde Pérez Triana, autoreconocido como *hombre civilizado*, se lamenta de tener que dormir como los *brutos*.

⁴⁸ Brisson, *Casanare*, 113.

⁴⁹ Santiago Pérez Triana, *De Bogotá al Atlántico por la vía de los ríos Meta, Vichada y Orinoco*, 2da. edición (Madrid: Revista de Archivos, 1905), 45.

2.1.2 Viajeros, experiencias y costumbres

Como ya hemos advertido, las experiencias son fundamentales para entender el lugar de enunciación del autor. La manera en que se han presentado los hábitos hasta el momento ha sido desde el contraste de lo que para el viajero es inusual dentro de su interacción con ciertos elementos naturales, dejando de lado las interacciones humanas. Al llegar a un sitio nuevo, uno de los principales distintivos entre el visitante y la población nativa son las costumbres y cómo éstas pueden variar por diferentes factores.

En el campo gastronómico, los viajeros se enfrentan muchas veces a nuevas formas de comer. Ya sea por la variedad de tubérculos y frutos presentes en el lugar al que arriban, por la variedad de carnes u otras formas de preparar ciertos alimentos y bebidas que les eran familiares desde su contexto, la experiencia alimentaria del viajero está permeada por los encuentros y desencuentros entre el individuo y los *otros*. En el siguiente ejemplo, André se esfuerza por describir uno de los almuerzos durante su reunión con Eduardo Restrepo:

Por primera vez probamos la *tavena*, tubérculo perteneciente á la familia de las Dioscóreas (probablemente la *Dioscorea Cliffortiana* de Lamarck), cuyo sabor recuerda algo el de la batata y el de la patata, ó mejor aún el del ignamo ó batata de China, si bien tiene un aspecto menos glutinoso. Acompañado de plátanos y caldo y aderezado con pimienta y achiote, el plato nos supo á gloria, á lo cual también contribuyó tal vez el voraz apetito que teníamos todos⁵⁰.

Como podemos observar, lo más novedoso para André es la *tavena*, cuyo gusto compara con el de otros tubérculos que no sólo son familiares para sus lectores, sino también para sí mismo. A pesar de que Restrepo no es precisamente un individuo nativo de la región, la configuración de la dieta ofrecida al invitado extranjero es clave para entender la manera implícita en que este último presenta la región y sus prácticas ante el mundo.

Una bebida que llama la atención de los viajeros y que les es servida en muchas ocasiones a la hora del desayuno es el café. Dicha bebida tiene una forma particular de

⁵⁰ André, «América Equinoccial», 561.

prepararse en los Llanos y en cuanto a su sabor, hay dos autores que por su experiencia difieren en opinión respecto del mismo. Por un lado tenemos la descripción juiciosa del método de preparación del *café a la llanera* que realiza Pérez Triana, así como sus impresiones y la comparación que realiza con un producto similar que ha probado en el continente europeo:

(...) se endulza el agua al gusto con panela, como decimos en Colombia, ó papelón como dicen en Venezuela, y esta agua dulce llamada guarapo se pone al fuego, habiendo depositado en ella de antemano el café tostado y molido en un polvo no muy fino. Apenas empieza el guarapo á entrar en ebullición, se retira la vasija del fuego y se echa un poco de agua fría encima de ella. El efecto de esto es el de precipitar el café al fondo. Así se obtiene un café que, aunque no muy fuerte, es de un sabor delicioso y de muy fácil preparación en aquellas regiones en donde el sistema de la destilación usual en la ciudades sería muy difícil por la falta de utensilios adecuados. Este método es el mismo que se usa en Turquía, á juzgar por lo que en los grandes establecimientos de Europa llaman café turco⁵¹.

En contraste, la referencia que hace Brisson sobre la misma bebida es totalmente la opuesta. El *café a la llanera* que le sirven al ingeniero francés no presenta los rastros de dulzura que Pérez Triana deja entrever al mencionar la adición de panela. Por ende, la experiencia de Brisson con este café es desafortunada al punto del hartazgo, el cual debe disimular para no ofender a sus anfitriones a partir de gestos de contención del disgusto:

Desde las primeras horas de la madrugada han venido de varias casas á traernos el maldito café á la llanera, es decir, sin rastro de dulce y amargo como la quinina; pero hay que tomar esta horrible bebida con grandes muestras de contento, so pena de pasar por un sér completamente desnaturalizado⁵².

Cabe anotar que las costumbres llaneras no se reducen solamente a la gastronomía. El conjunto de prácticas y actitudes particulares que en su momento servían como factores distintivos del tipo regional llanero serán analizados más adelante; sin embargo, es pertinente señalar la breve impresión que anota Édouard André respecto a la música llanera que escucha en Villavicencio:

⁵¹ Pérez Triana, *De Bogotá*, 33.

⁵² Brisson, *Casanare*, 186-187.

A veces también los aficionados del país pasaban á obsequiarnos con serenatas nocturnas que tomaban prestado al medio ambiente en que se producían un sabor *sui generis*. El instrumento empleado para hacer el cantábil tiene la forma de una guitarra pequeña y se llama *bandolon*, y la vihuela le sirve de acompañamiento. Uno de los cantadores modulaba la estrofa, bien del *guarapo*, bien del *galeron*, y el coro repetía la tonada acelerando el ritmo del acompañamiento. A juzgar por el efecto que nos hacían los primeros compases, parece que algunas horas seguidas de una música tan monótona habían de producirnos el más irresistible tédio; no obstante, no era así, ántes bien, esta especie de melopea mecíanos en nuestras hamacas y nos ayudaba á conciliar el sueño⁵³.

Así como el viajero se enfrenta a nuevas comidas, se debe enfrentar también a nuevos estímulos de sus otros sentidos, entre ellos el oído. Los instrumentos musicales y la melodía, aunque al principio cansinos, resultan siendo para André un nuevo sonido relajante, único para él en tanto que es la primera vez que lo escucha. Al no ser «molesta», la música llanera implícitamente se consolida como parte de una vida tranquila hipotética en los Llanos para aquel que no esté familiarizado con la región.

2.1.3 Autoconciencia, encuentros y desencuentros con la población

Retomando la línea de la autorepresentación, encontramos que la exaltación –bien sea hecha de manera explícita o implícita– que hacen los viajeros de sí mismos no está relacionada únicamente con las adversidades que presenta el entorno natural, sino que también aparecen como resultado de interacciones con otros seres humanos. Al mismo tiempo, las costumbres que encuentra el viajero, algunas de las cuales ya hemos hablado, no tienen razón de ser sin una población específica que las configure como prácticas establecidas. Las interacciones entre los viajeros y los grupos poblacionales que encuentran en los Llanos, especialmente el tipo regional llanero y los indígenas, generan dentro de los primeros una serie de reacciones que nos permiten ver la transición entre la aparente objetividad y las descripciones altamente subjetivas que alejan o acercan dos entidades humanas distintas.

⁵³ André, «América Equinoccial», 591.

Los viajeros hacen referencia constante a su lugar de enunciación como miembros del pueblo civilizado a partir de las críticas que hacen de los llaneros y de los indígenas. Al enunciar los defectos de ambos y compararlos con sus propias acciones, el viajero está generando dos reflexiones representativas. En el siguiente ejemplo, Emiliano Restrepo resalta el éxito ganadero logrado en sus terrenos en la sabana de Apiai al tiempo que se lamenta de la pésima recepción que han tenido sus ideas entre los locales:

El que esto escribe ha llevado, a grandes gastos, siete reproductores de la raza de Hereford, destinados a los hatos que tiene en Apiai; operación que ha sido mirada con lástima por los criadores de aquella comarca, quienes han creído que eso es absolutamente innecesario, no pasando de ser un gasto estúpido y de mera novelería⁵⁴.

Aunque Restrepo no está usando adjetivos concretos que engrandecen su figura, el énfasis que pone en el sentimiento que sus esfuerzos provocan en «los criadores de aquella comarca» nos permite concluir que Restrepo se está caracterizando como un hacendado competente y visionario que está siendo ignorado por los locales que, en oposición a él, tienen una ambición limitada.

Jorge Brisson, por su parte, no escatima en dejar claro lo excepcional que es como viajero. Sus referentes son tanto los viajeros del pasado como sus contemporáneos, en donde él aparece como un tipo de viajero fuerte y capaz de valerse por sí mismo al momento de embarcarse en una expedición a lugares desconocidos:

Además, no somos como esos viajeros ó expedicionarios ilustres, que necesitan un tren de sirvientes, escolta, equipajes, bestias, yacht: nosotros hacemos nuestras exploraciones con una piragua y dos bogas, ó una mula con peón ó sin él; y si la mula falta, la reemplazamos con nuestras piernas, que son muy fuertes todavía⁵⁵.

Esta afirmación se corrobora más adelante en el texto cuando Brisson advierte a otros viajeros, por experiencia propia, que no deben confiar plenamente en los sirvientes que le sean conferidos durante el viaje. Para el ingeniero francés, es mejor fiarse de las capacidades propias para sortear dificultades: «Cada vez que, en viaje, me he fiado de

⁵⁴ Restrepo, *Una excursión*, 202.

⁵⁵ Brisson, *Casanare*, 176.

peones, baquianos, soldados, policiales, ú otras nulidades de la laya, ha sido castigada mi credulidad: el viajero no se debe fiar sino de sí mismo, y amarrar su bestia, darle de comer y beber, ensillar y desensillar, etc.»⁵⁶

En un momento dado, durante el recorrido entre Támara y Lagunaseca, Brisson es obligado por las circunstancias a compartir un techo muy estrecho con sus compañeros de viaje. Una vez más, su actitud al recordar lo ocurrido revela la calidad de *desencuentro* de la experiencia:

Como era de suponer, estando tan oprimidos (diez á doce), en un espacio tan reducido, pasé una noche infernal, gracias á los empellones, golpes, ronquidos, olores de guarapo agrio y otros aún más fétidos.

¡Es preferible, solitario, colgar mi chinchorro entre dos palos en el monte, á la luz de las estrellas, á riesgo de un aguacero, que dormir bajo techado en estas condiciones!

En viaje me privo (sin quejarme) de comer, tenga demasiado frío ó calor, esté rendido de cansancio, mojado, etc.; no me importa: pero hay dos inconvenientes a los cuales no he podido todavía acostumbrarme en veinte años que llevo de peregrino; la promiscuidad íntima con los peones, y llevar con frecuencia durante muchos días las mismas ropas interiores, por la imposibilidad de mudarme⁵⁷.

Como vemos, la mayoría de los elementos que hemos advertido hasta el momento en este análisis confluyen en la anterior cita: por un lado se resalta la abierta desconfianza hacia los locales; por otro las incomodidades producto de tener que pasar la noche en compañía de *otros*; también el convencimiento de que el trabajo en solitario del viajero a veces resulta más provechoso en cuanto éste conoce sus límites: en el caso de Brisson, el racionamiento de comida y las constantes caminatas no son un problema, más la suciedad acumulada rompe con su esquema de compostura arraigado en su visión de mundo desde Occidente.

⁵⁶ Brisson. *Casanare*, 185.

⁵⁷ Brisson, *Casanare*, 196.



Imagen 10. É. Riou, *Caza de mariposas en Villavicencio* (1877). En Wiener et ál, *América Pintoresca*, 556.

En las experiencias de estos viajeros hay también cabida para encuentros anecdóticos en donde las distancias entre éstos y la población son descritas de manera menos tajante. Durante una de sus excursiones en los llanos de San Martín con el objetivo de capturar especímenes de fauna local, Édouard André llama la atención de algunos habitantes de las afueras de Villavicencio. Una vez convencidos éstos de que el extranjero y su comitiva no pretenden perjudicarlos, muchos de los niños se ofrecen a ayudarles en su misión:

Escogí, pues, una cuadrilla de ellos, y distribuí entre los que me parecieron más aptos é inteligentes una docena de redecillas para cazar mariposas. Imposible imaginar nada más interesante que la persecución de estos lepidópteros á través de un espacioso potrero que se extendía hasta el Guatiquia. Pocas horas bastaron para que mis improvisados entomologistas recogieran un número considerable de mariposas; pero por desgracia me las traían casi todas ajadas, sin patas ó sin antenas, y aún hubo de costarme mucho llegar á convencer á esos alborotados cazadores de que los tales

insectos, no estando enteros, no tenían valor ninguno. Juan se encargó de disciplinar al infantil ejército, y nos despedimos de todos ellos⁵⁸.

André se lamenta por el estado de los especímenes de mariposas que los muchachos le traen, haciendo énfasis en la incapacidad que tienen éstos de comprender la manera en que debe proceder un auténtico entomologista. Si bien esta cita no tiene un peso tan fuerte como sí lo tienen las quejas de Brisson, podemos observar que todavía hay una barrera en el encuentro entre los niños y André, impuestas por el viajero. Esto se hace más evidente en el grabado que ejemplifica la anécdota (Imagen 10). En dicha imagen encontramos el contraste de civilización y barbarie –del cual hablaremos en profundidad más adelante– reflejado en la forma de vestir y los gestos de los personajes: André y su acompañante como representantes de la civilización están completamente vestidos y es el poncho la prenda de vestir que más se destaca; los niños llaneros por otro lado, aparecen semi desnudos y por la tonalidad ligeramente oscura que el ilustrador utiliza en el grabado, podemos intuir que se trata de niños mestizos o indígenas. El *desencuentro* dentro del *encuentro* se traduce en términos del científico ilustrado y cuidadoso versus los llaneros ignorantes y enérgicos, algo reflejado también en la actitud de André en el grabado: en la escenificación, el viajero extiende una mano hacia los niños que probablemente estén ignorando sus recomendaciones acerca de la captura de mariposas, incapaz de detener la emoción infantil.

Vale la pena aclarar, sin embargo, que no todas las interacciones de los viajeros corresponden a una lógica de blanco y negro. Aunque en un primer vistazo pareciera que estas interacciones realizadas por el viajero lo empujan a una reducción del mundo en donde lo blanco corresponde a sí mismo como occidental y lo negro a todo aquello que constituye un elemento extraño a contraluz, recordemos la tesis de Pratt, otrora mencionada: los viajeros, de alguna u otra forma, son permeados por las experiencias vividas en los lugares que visitan. Ejemplo de ello es la siguiente reflexión que hace Brisson luego de anotar las diferentes prácticas supersticiosas de los llaneros que viven cerca de los páramos:

Nosotros mismos, que por nuestra educación, la escuela á la cual pertenecemos y que rehusa en principio la posibilidad de cualquier fenómeno que no se pueda explicar

⁵⁸ André, «América Equinoccial», 557.

científicamente; que por nuestra profesión estamos acostumbrados á concretarnos á las pruebas matemáticas, —hemos guardado la influencia desde la cuna en la cual nos han mecido nuestras abuelas, de este amor á lo maravilloso y novelesco, á los cuentos de nodrizas que hemos mamado con la leche en nuestra querida Alsacia, tan predispuesta por su naturaleza y configuración física á estas leyendas de hadas y de Walkiries⁵⁹.

En la preconcepción del viajero, el vaquero supersticioso de los Llanos ya existe como un *otro*. Esto no implica necesariamente que su condición de «otredad» sea radicalmente opuesta a la condición del viajero. En este caso, por medio de la comparación de las experiencias relacionadas con la superstición, Brisson está reconociendo que si bien las supersticiones no son creencias que un hombre racional deba tomar por verdaderas, éste fenómeno no deja de ser inherente al ser humano en general.

Pérez Triana parece tener un encuentro también con las costumbres llaneras. Su excusa principal es la rápida habituación a las condiciones de vida que le ofrecía el Llano durante su escape. El hombre racional *también* puede caer ante el salvajismo, lo que demuestra que las interacciones entre uno y otro lado son más complejas de lo que el aparataje discursivo de dominación occidental permite entrever:

Así se explica la facilidad con que algunos hombres civilizados se salvajizan viviendo entre los salvajes. Ya nos habíamos habituado á la vida nómada de las últimas semanas de nuestra existencia. No echábamos de menos ni el techo sobre nuestras cabezas, ni el mullido colchón bajo nuestro cuerpo. El ruido y el tráfigo de las ciudades tampoco nos hacían falta, y salvo la inquietud natural producida por los afectos vivos y tenaces, parte integrante de nuestro ser, y vida del corazón, habíamos perdido el interés por las cosas del mundo⁶⁰.

2.2 Llaneros – Indígenas

⁵⁹ Brisson, *Casanare*, 215.

⁶⁰ Pérez Triana, *De Bogotá*, 178-179.

Además de los colonos⁶¹, los dos grupos poblacionales que más son destacados por los viajeros durante sus travesías por los Llanos Orientales son: el tipo regional llanero y los indígenas. El tipo regional llanero está relacionado con elementos raciales –los llaneros generalmente son mestizos– y con ciertas prácticas y actitudes que les son atribuidos. Por otra parte, los indígenas son destacados como grupos poblacionales con una mentalidad salvaje que se presentan como obstáculo del progreso de la región a menos que, por medio de diversas estrategias civilizatorias, se les convierta en ciudadanos colombianos ideales.

2.2.1 Hospitalidad llanera

La hospitalidad es una virtud que señalan los viajeros respecto al tipo regional llanero. Dicho sentido de hospitalidad y afabilidad está asociado con la idea de que esta es una característica propia de la gente de tierra caliente, en oposición a la reserva de los habitantes de tierra fría. Cuando Emiliano Restrepo llega a Villavicencio, lo primero que nota es precisamente el buen trato que recibe por parte de la población:

Nos ocupamos en seguida de visitar el pueblo y de entablar relaciones con sus moradores. Veinte o treinta minutos nos bastaron para conocerlo casi en todos sus detalles, y dos horas después ya nos habíamos saludado con casi todos los vecinos cuyo trato franco y maneras desembarazadas, como la de todos los habitantes de las tierras calientes, hacen tan espontáneo, tan sencillo y tan natural el establecimiento de relaciones personales⁶².

Édouard André coincide con Restrepo en esta construcción de una imagen de villavicensinos hospitalarios, si bien añade el componente de la curiosidad que incita su presencia como extranjero en el pueblo:

Nuestra entrada en la ciudad hizo sensación: las comadres se asomaban á las puertas de sus casas y al desembocar en la plaza nos vimos rodeados instantáneamente por una gran muchedumbre. Todo el mundo nos brindaba hospitalidad á porfía; pero yo hube de

⁶¹ Por colonos entendemos personas «racionales» venidas del interior del país (hacendados, funcionarios del gobierno), razón por la cual deben ser diferenciados de llaneros e indígenas, quienes son pensados desde una relación más estrecha con las llanuras.

⁶² Restrepo, *Una excursión*, 65.

rehusar sus solícitos ofrecimientos, deseoso ante todo de las cartas de recomendación que traía para las autoridades⁶³.

El anterior fragmento es ejemplificado a manera de grabado (Imagen 11). En la imagen podemos observar cómo las mujeres de Villavicencio –y alguno que otro hombre perdido en el fondo– observan desde las entradas de sus casas el paso del científico francés y aunque los signos de hospitalidad de los que habla André no son visibles, las sutiles expresiones de curiosidad positiva que se pueden observar en el lenguaje corporal de las mujeres sirven como demostración visual para el lector de que efectivamente la presencia de André en el pueblo es bienvenida.

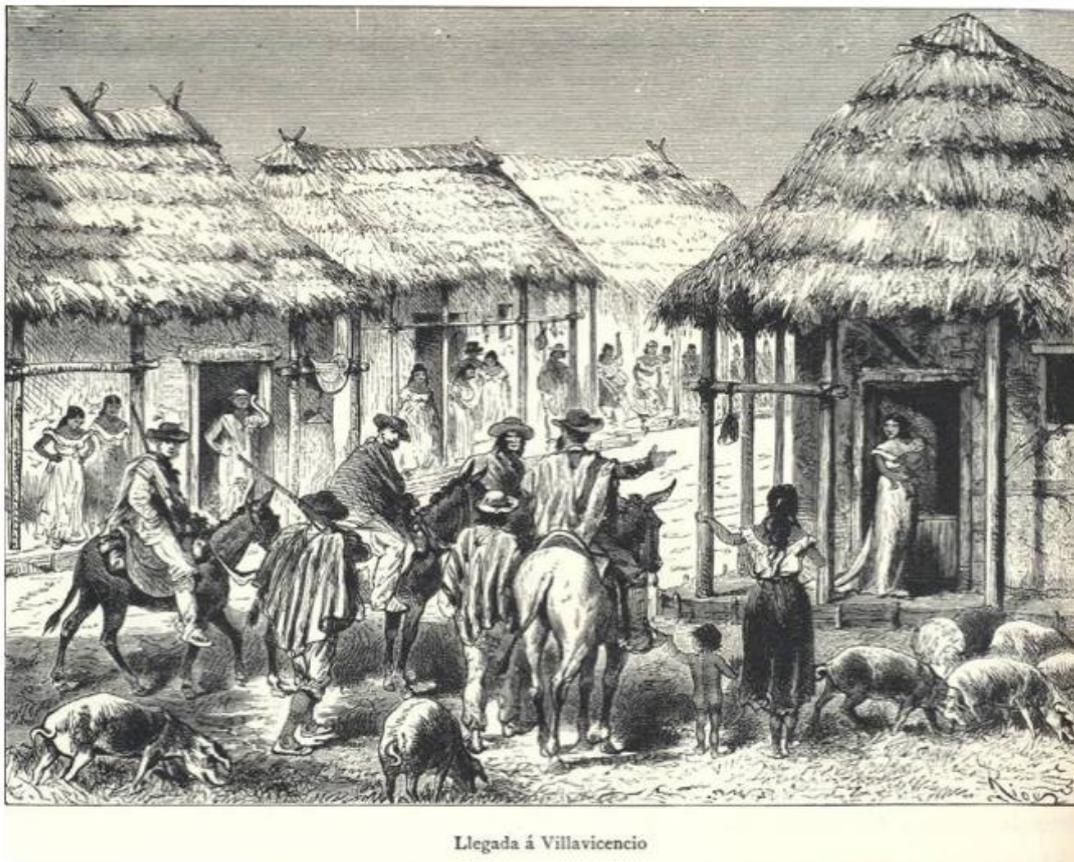


Imagen 11. É. Riou, *Llegada á Villavicencio* (1877). En Wiener, et ál, *América Pintoresca*, 548.

Sin embargo, la imagen de hospitalidad llanera no se limita a los confines de Villavicencio. Cuando cruza la sabana de Apiái, Restrepo es recibido por Nicolás Castro en su hato. Aquí podemos ver cómo la familiaridad que hasta el momento ha

⁶³ André, «América Equinoccial», 551.

experimentado el autor no es únicamente propia de los centros urbanizados, sino que también se extiende a lo largo de la llanura:

Fuimos recibidos por el señor Castro y su familia con esa cordialidad ingénita, con esa característica naturalidad que distinguen a los habitantes del Llano, sin que los inquietara lo numeroso de la caravana. Se nos recibió como si todos fuéramos antiguos conocidos y desde que llegamos al patio de la casa, nos hizo comprender el señor Castro, que el huésped era siempre bienvenido a la habitación de llanero. Nada de cumplimientos embarazosos. Ninguno de esos obsequios hostigantes con que en otras partes se suele molestar al viajero y que cargados de cierto sello de servilismo, representan siempre un pensamiento preconcebido e interesado contra el bolsillo de aquél⁶⁴.

Jorge Brisson, por su parte, nos ofrece una imagen sobre la hospitalidad contrastada. Durante su paso por el caserío de Cravo, en el Casanare, el ingeniero se relaciona con el hacendado venezolano Socorro Figueroa, dueño de una cantidad abrumadora de cabezas de ganado y a quien Brisson describe como alguien sin «nada de instrucción, sino la pretensión natural en todos los que, por la suerte de su destino, han sido llamados á dominar á sus semejantes sin tener para ello las cualidades requeridas»⁶⁵. Si bien la imagen que construye Brisson de Socorro Figueroa continúa cobijándolo bajo el ideal hospitalario llanero, se puede argüir que en últimas dicho trato prolongado resulta una molestia en tanto que se demuestra la poca educación del anfitrión:

[Socorro Figueroa] Nos recibe con buena hospitalidad, y conversa al principio con cierta sequedad, ironía y grosería que, al cabo de algunas horas, van trocándose en confianza y chistes que muchas veces carecen de gracia y de ocurrencia. Todo esto es muy disculpable en un hombre viejo, que no ha recibido educación alguna y que ha pasado casi toda su vida en un desierto!⁶⁶

La experiencia de Brisson con otro llanero de origen venezolano establecido en el Casanare, no obstante, revela que el estereotipo no siempre se cumple. Si bien el autor no tarda en aclarar que el sinsabor fue un caso excepcional durante su viaje, es claro que

⁶⁴ Restrepo, *Una excursión*, 98-99.

⁶⁵ Brisson, *Casanare*, 120.

⁶⁶ Brisson, *Casanare*, 121.

las expectativas de un trato afable son rotas a partir de nimiedades como la omisión de una invitación a tomar café:

Aquí no nos ofrecen siquiera una taza de café, y tiene el valor D. Toribio de hacernos pagar veinte reales por una libra de pepas de sarrapia que compramos como muestra, cuando hace una hora nos dijo que actualmente la vende á quince reales en Ciudad Bolívar.

(...) Poco grato nos será el recuerdo de la hospitalidad de los señores Oropezas; para ser justo y verídico hay que manifestar que en nuestro viaje esto ha sido una rara excepción, porque en general el llanero es sumamente hospitalario y generoso, y no hay que hablarle de pago alguno de lo que da en su casa. Es bueno demostrar que personalmente hemos quedado muy agradecidos en general por la manera con que se nos ha tratado⁶⁷.

2.2.2 Estilo de vida del tipo regional llanero

Otra de las características atribuidas al tipo regional llanero es su estrecha relación con la naturaleza que los circunda, en este caso las llanuras. Por la manera en que son descritos por los viajeros, los llaneros tanto de origen colombiano como venezolano *nacen* para realizar las labores con las que se les asocia frecuentemente. Así, por ejemplo, al describir al propietario de una casa de Pachaquiario –el señor Alvarado–, Emiliano Restrepo alude a un imaginario del llanero alimentado por las historias de la gesta independentista:

El señor Alvarado es un hombre de ancha y despejada frente, de ojos vivos e inquietos y de suelta y vigorosa musculación. Al primer golpe de vista se ve en él ese no sé qué que revela las inteligencias superiores y que en los hombres privados de instrucción se llama comunmente talento natural. Su carácter, a la vez que enérgico, es franco, cordial e insinuante. Nos pareció ser el tipo del llanero en toda su pureza y nos imaginamos que veíamos uno de aquellos centáuros del desierto, cuyas homéricas proezas oímos relatar desde los primeros años de la vida, mezcladas a los grandes hechos y a las grandes glorias de nuestra historia nacional⁶⁸.

⁶⁷ Brisson, *Casanare*, 144-145.

⁶⁸ Restrepo, *Una excursión*, 102

Al llanero se le representa entonces como un ser intrépido, que ha perdido el miedo de enfrentarse a los distintos obstáculos que la naturaleza pone en su camino. Restrepo reitera la idea de que este estilo de vida ha sido asimilado por el llanero a tal punto de que éste se sentiría intranquilo si tuviera que vivir de la misma manera en que lo hacen las sociedades completamente sedentarias. De este modo, se enaltece su tenacidad ante situaciones adversas al tiempo que le otorga un carácter *semi salvaje*, del cual ya hemos hablado antes:

Esa vida de agitación y movimiento, lejos de extenuar, da fuerzas y vigor al llanero, y tiene para éste un encanto y un atractivo irresistibles. El llanero no concibe la vida sedentaria y profesa por los hombres de las ciudades el más supremo desdén. Para él son lo mismo los soles quemadores que las lluvias de treinta o cuarenta horas consecutivas; y así cruza, impávido, a nada un río caudaloso o un caño crecido, como arremete al tigre con fría intrepidez⁶⁹

Más allá de la agricultura, que como veremos, para el caso de los Llanos es descrita como *primitiva*, la principal actividad directamente relacionada con el tipo llanero es la ganadería. Por medio de la ganadería se garantiza al menos un grado de civilización entre los habitantes de las llanuras, aunque al mismo tiempo lo limitan a dicha actividad como si se tratara de un determinismo geográfico. Al respecto, Santiago Pérez Triana, al hablar de dos de sus compañeros de viaje, dice:

Tanto Leal como Valiente eran llaneros de sangre pura. Habían pasado su vida en las fincas de ganado, y eran hábiles y expertos en todas las faenas relacionadas con la cría y el manejo de éste. Pudiera decirse que habían nacido a caballo, y que nunca habían conocido el temor que el hombre civilizado tiene á la intemperie, á las bestias feroces á los peligros de la selva, de los ríos, y á la pobreza⁷⁰.

En el texto de André también encontramos apoyo a esta idea de determinismo entre llanura, ganado y llaneros. Al hablar de lo que parece ser la norma en las llanuras de San Martín, André describe el sistema de pastoreo empleado en estos confines colombianos:

⁶⁹ Restrepo, *Una excursión*, 190.

⁷⁰ Pérez Triana, *De Bogotá*, 261.

En la sabana se apacientan con entera libertad rebaños semi silvestres. Cuando se tiene necesidad de reunirlos, bien para marcarlos, bien para venderlos, es preciso organizar una corrida, ó sea una batida á caballo á la manera de los gauchos de las pampas argentinas. El círculo de los jinetes se va estrechando alrededor de las reses, hasta encerrarlas en un corral rodeado de una empalizada de estacas. Las recalcitrantes son cogidas con el lazo y sometidas á un ayuno más ó menos largo⁷¹.



Imagen 12. É. Riou, *Una corrida de ganado en los Llanos* (1877). En Wiener et ál, *América Pintoresca*, 573.

A esta descripción textual le acompaña una visual. En el grabado titulado «Una *corrida* de ganado en los Llanos» (Imagen 12) no sólo podemos apreciar la interpretación tanto de André como del ilustrador sobre el paisaje de los Llanos Orientales, sino también sobre los llaneros y la manera en que desempeñan la labor con las que se les relaciona naturalmente. En dicho grabado se muestra a los vaqueros en el proceso de acorralar a un grupo incontable de reses, a lomo de caballo, con su torso al desnudo y llevando puesto como única prenda un pantalón, lo cual le brinda al lector la idea de *qué* son las corridas y *cómo* transcurren normalmente.

⁷¹ André, «América Equinoccial», 574.

Dicha asociación con las labores relacionadas con la cría de ganado son consistentes a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. No es de extrañar, por lo tanto, que tan sólo unos años después de la huida de Pérez Triana, Jorge Brisson describa al llanero de una forma similar a sus predecesores. El llanero de Brisson, comparado con el de los viajeros colombianos, sigue poseyendo un espíritu aventurero que se demuestra en su forma de vestir, la cual es una adaptación no sólo al terreno sino también al trabajo al que pareciera que hubiera sido destinado a realizar una vez se asomara a la vida:

El llanero, con su caballo alto y seco, su silla levantada de adelante y atrás, su reajo, del cual no se separa nunca, sus estribos de plata, sus riendas de cadena de acero, su *cacho* amarrado con un cordelito para alcanzar agua en los caños sin apearse, su sombrero de fieltro, sin grandes alas para evitar la fuerza del viento, su cara tostada y flaca, su aire astuto y socarrón, forma un tipo aparte en Colombia (...) ⁷²

Retomando lo dicho por Julio Arias Vanegas en *Nación y diferencia*, la configuración de tipos regionales durante el siglo XIX correspondía también a la configuración de un orden nacional en donde los habitantes de cada región jugaban un rol determinado y en donde las nociones de identidad nacional chocaban con las nociones de diferencia promovidas desde las élites regionales ⁷³. Dentro de la jerarquización regional dentro del ideal pretendido por el gobierno central encontramos que los llaneros aparecen como seres liminales y es precisamente esta característica lo que justifica la intervención de las elites racionales-urbanas en la región.

2.2.3 Tipos indígenas: ¿obstáculo para la civilización?

Al ser los Llanos Orientales colombianos una inmensa región poco explorada, en donde la fauna y la flora parecen consumir la vastedad del horizonte ante los intentos del hombre civilizado de abrirse paso hacia tales «lejanías», no es gratuito que se hagan distinciones particulares sobre los tipos de indígenas. Incluso bien entrada la época republicana colombiana, en los territorios denominados «frontera» –allí donde la civilización aparentemente no ha llegado– persistían gran variedad de grupos indígenas

⁷² Brisson, *Casanare*, 65.

⁷³ Julio Arias Vanegas, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano: orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales* (Bogotá: Universidad de Los Andes, 2005), 101-108.

que todavía no habían sido reducidos por el gobierno de manera exitosa. Los indígenas de los Llanos Orientales se constituyeron entonces como el *otro* por excelencia, aunque la manera en la que se les veía permitía jugar entre su naturaleza salvaje y los intentos de llevarlos a una vida civilizada.

Dentro de los viajeros estudiados, Pérez Triana es el que más se relaciona con varias tribus indígenas, y son sus apreciaciones respecto de ellas las que más nos brindan pistas de la manera en que las representaciones de éstas entran en el juego civilizatorio y las pretensiones sobre la región. En primer lugar, se realiza una distinción clara entre los tipos de tribus indígenas que se puede encontrar por la Orinoquía de acuerdo a las relaciones establecidas con los locales. De esta manera, encontramos que en la región podemos hablar de *indios salvajes* –que asesinan, roban, son nómadas y rechazan cualquier intento de reducción– e *indios mansos* –que por el contrario son pacíficos, humildes y por lo tanto blanco principal de las misiones de integración a la ciudadanía colombiana–:

Íbamos á penetrar en regiones exclusivamente habitadas por los salvajes, y muy raras veces frecuentadas por el hombre civilizado. Ya en el Meta habíamos tenido á la mano izquierda, cerca de nosotros, la región habitada por salvajes; á la derecha, sin embargo, se encontraban á grandes trechos algunas fundaciones de ganadería, último vestigio de la civilización de aquellos parajes. (...) Los aborígenes que frecuentan sus orillas [las de los ríos Muco y Vichada] son de temperamento manso, fáciles de someter á la civilización, y de carácter dócil y humilde. No es este el caso con los de la margen izquierda del río Meta, conocidos por su hostilidad á los hombres blancos⁷⁴.

Como exploraremos más adelante, los llaneros y los indígenas establecen relaciones a partir del trabajo, en especial aquellos indígenas que están más cercanos a la civilización, quienes asumen el rol de mano de obra dada la escasez de población dispersa en la región. El hecho de que sean dóciles, sin embargo, no significa que su forma de vida «ignorante» haya sido erradicada del todo. Para alguien que viene de la ciudad como Pérez Triana, por ejemplo, es inconcebible que los indígenas sean incapaces de hallarle el mismo valor que él le da al papel moneda y se lamenta del «salvajismo» del grupo de indígenas que pretende contratar para continuar su jornada:

⁷⁴ Pérez Triana, *De Bogotá*, 88-89.

Empero tanto Leal como Gondelles nos informaron que sería fácil obtener los servicios de los indios, los cuales nos acompañarían por un cierto número de jornadas en cambio de un pañuelo, de una botella vacía ó de una baratija cualquiera, puesto que la moneda no tiene curso ni valor entre ellos. En materia de moneda, íbamos provistos del papel-moneda colombiano, y comprendimos, más que por ninguna otra cosa, por el hecho de que á recibirlo como cosa preciosa se negaban los salvajes, lo profundo de su ignorancia y de su salvajismo, pues acabábamos de ver á lo más selecto y distinguido de la nación colombiana disputarse aquellos pedazos de papel litografiado, como cosa preciosa, demostrando así hasta dónde se puede llegar bajo una disciplina bien sostenida y suficientemente apoyada por la fuerza⁷⁵.

Vale la pena llamar la atención sobre la manera un tanto irónica en que Pérez Triana está también caracterizando a la sociedad civilizada. Aunque el desconocimiento de las lógicas de trabajo capitalistas por parte de los indígenas le resulta motivo de perplejidad, entre líneas también está hablando de lo absurda que puede llegar a ser la civilización frente a conceptos como el de dinero y de ganancia.

Otra muestra de los roles móviles con los que pueden jugar las tribus indígenas es la manera en la que se valen de elementos que corresponden al mundo civilizado y la manera en que se apropian de éstos. En uno de sus cruces clandestinos, Pérez Triana y su comitiva se encuentran con un grupo de indios ambiguamente civilizados:

La mayoría de los hombres entre los indios vestía el mismo traje rudimentario de aquel que no había querido ceder á nuestras instancias, ni entrar en trato con nosotros; las indias, en lo general, llevaban una especie de camisas hechas de tela de algodón obtenida de los racionales, ó tela de fibra ó de corteza de árboles, llamada *marimba*, pendiente de los hombros, y que les llegaba hasta la rodilla. Muchas de ellas traían niños de pocos meses en los brazos, y á su lado caminaban otros de pocos años. Solamente un indio llevaba los pantalones reglamentarios entre los hombres que profesan la civilización occidental, y una camisa de lienzo como las que usan los trabajadores en las tierras cálidas de Colombia y de Venezuela. Este indio era el capitán ó jefe de la tribu. Hablaba algunas palabras de castellano⁷⁶.

⁷⁵ Pérez Triana, *De Bogotá*, 91-92.

⁷⁶ Pérez Triana, *De Bogotá*, 118-119.

La vestimenta –si bien refleja cierta resistencia a la vida civilizada– y el aprendizaje del castellano es importante en la representación que se hace sobre este grupo de indígenas en particular, en tanto que los exhibe como muestra del lento éxito de los intentos por instruirlos en una vida civil y cristiana. En medio de un incidente anecdótico, Pérez Triana y sus compañeros de viaje deben fingir ser misioneros católicos ante la petición de las madres indígenas de que sus hijos sean bautizados. Si bien en un principio el escritor bogotano siente curiosidad ante la insistencia de éstas por la efectuación de la práctica religiosa, no demora en darse cuenta de que dicho fervor religioso es superfluo, irónicamente algo que también sucede en ciertos sectores de la civilización de la cual se considera parte:

(...) nuestros bogas, conocedores de las peculiaridades de aquellos salvajes, nos informaron que tenían ellos por costumbre el hacer bautizar á sus niños siempre que entre ellos llegaba un racional, y que los racionales quedaban obligados á hacerles una donación. Distribuimos entre los niños bautizados algunos pañuelos, con los cuales sus padres quedaron satisfechos. Este incidente nos desalentó algún tanto, no por el valor de los pañuelos, sino porque nos pareció entrever que el fervor religioso de los indios tenía uñas ó garras, como tiene muchas veces la caridad entre los civilizados⁷⁷.

Una situación similar en la que encontramos indígenas integrados a la vida parcialmente civilizada de los Llanos es descrita brevemente por Jorge Brisson. En el siguiente pasaje hallamos como elementos civilizatorios –contrario a como hasta el momento se estaba pretendiendo demostrar– el involucramiento en la vida comercial a partir de la venta de productos elaborados por los indios Tames al igual que la educación como pilar del «progreso» de esta tribu:

Los indios *Tunebos* ó *Tames* que viven en las mesas elevadas de la cordillera del Cocuy, vienen de tiempo en tiempo á Tame para vender sus productos y objetos fabricados: la *caraña*, resina sacada del árbol *icicacaragua*, y empleada en la composición de emplastos y bálsamos; chinchorros (hamacas) y mochilas de *pita*; costales y sacos de *fique*, cera de abeja, ollas de barro, etc. Dejan á menudo algunos hijos, muchachos, en

⁷⁷ Pérez Triana, *De Bogotá*, 124.

casas particulares para que los eduquen y civilicen, y les dan luego el nombre del blanco que los ha criado⁷⁸.

Aunque la amenaza que imponen las tribus errantes salvajes está presente en los Llanos, no cabe duda de que los viajeros se esmeraban más en mencionar sus encuentros con aquellos indígenas a los cuales podían atribuirles comportamientos cercanos a los suyos. Lo anterior se hacía bajo el motivo de ofrecer una imagen positiva con respecto a la expansión en la región del hombre civilizado bajo la consigna del progreso. No es gratuito que Édouard André, luego de enumerar las tribus indígenas presentes en los llanos de San Martín y Casanare, declare que éstas no son ningún problema para la colonización efectiva del territorio:

Por último, el hombre en estado natural, representado por las familias indias, de condición dulce generalmente, no opone el menor obstáculo á la colonización. Las tribus hoy existentes –de cuya descripción prescindo, por no permitirlo lo limitado del espacio– son las de los Guahibos, Salivas, Cabres, Achaguas, Chucunas, Enaguas, Amarizanos, Amoruas, Airicos, Tauras, Mituas, Guaipunabis, Maquiritares, Churoyes y Guaigas. Estas quince tribus, un día numerosas y potentes, van desapareciendo empujadas por el hombre blanco, de suerte que ya no forman más que una población de unos diez y seis mil quinientos individuos, sobre una superficie de ciento ochenta y tres mil kilómetros cuadrados, ó sea un cómputo de nueve habitantes por miriámetro cuadrado (en Francia se cuentan siete mil)⁷⁹.

2.2.4 Trato entre llaneros e indígenas

Un aspecto interesante respecto a la tipificación de ambos grupos poblacionales encontrados en los Llanos es las interacciones entre ambos. Las distintas observaciones hechas por los viajeros nos permiten darnos una idea general de esos momentos de encuentro entre ambos, sino que también nos habla de más características que les son atribuidas desde la mirada de un tercero, quien se presenta como «superior».

⁷⁸ Brisson, *Casanare*, 63.

⁷⁹ André, «América Equinoccial», 599.

Retomando la visita de Restrepo por el hato del venezolano apellidado Alvarado, nos podemos dar cuenta de la manera en que se crea una imagen de los indígenas mansos y aptos para el trabajo por su incipiente inteligencia y resistencia física, mientras que Alvarado, el llanero, asume el papel de supervisor de dichas labores a través de una relación meramente paternalista:

Esos seis indios adoran y respetan en extremo al señor Alvarado, quien los trata con paternal cariño. Son dóciles y muy sumisos, y, según, parece, tienen una inteligencia notablemente desarrollada. No muestran repugnancia por el trabajo y en éste son, según nos informó el señor Alvarado, peones de primera fuerza. Manejan el hacha y la azada con destreza y trabajan el día entero, casi desnudos bajo los rayos abrasadores del sol sin mostrar fatiga ni cansancio⁸⁰.

Si bien los indígenas al servicio de Alvarado están subordinados a éste, la relación establecida es de tipo laboral y argüiblemente de beneficio mutuo. Santiago Pérez Triana, por el contrario, nos ofrece la otra cara de la moneda, en donde el trato entre llaneros e indígenas es desigual. Cabe destacar la severidad con la que Pérez Triana denuncia la manera en que los «rationales» del Llano se aprovechan de la buena voluntad y el trabajo de los indígenas. Como veremos más adelante, es un cuestionamiento moral acerca de los grados de civilización entre ambos grupos poblacionales:

Los racionales, tanto los del Meta como los del alto Orinoco, de San Fernando de Atabapo y de San Carlos de Rionegro, trafican con los indios del Vichada; pero es doloroso ver cómo estos infelices son engañados. Cuando los racionales penetran al Vichada, todavía les queda a los indios la esperanza de recibir algo en cambio de lo que tanto trabajo les ha costado; pero cuando, por desgracia, se acercan ellos a los lugares habitados por los racionales, y en donde éstos tienen autoridad constituída, lo general es que los indios sean despojados, sin que nada se les dé en cambio de lo que llevan a vender⁸¹.

No obstante, no hay que reducir este tipo de relaciones a la victimización de los indígenas. Algunos grupos de indígenas, los denominados *salvajes*, son acusados de

⁸⁰ Restrepo, *Una excursión*, 108.

⁸¹ Pérez Triana, *De Bogotá*, 133-134.

robar ganado o quemar los campamentos de los llaneros. En el viaje de Brisson hay varias menciones de estos altercados, como lo demuestran los siguientes dos fragmentos del texto. En este primer fragmento, las denuncias llaneras son explícitas:

(...) los baquianos y arrieros llaneros le llenan a uno la cabeza de historias trágicas acerca de los asaltos y ataques de los indios, dan mil instrucciones y anuncian infinidad de peligros; pero lo cierto es se atraviesan todas estas comarcas, que dan al hombre la idea de lo que haya podido ser el paraíso terrestre, sin el menor tropiezo de parte de individuo alguno⁸².

En el otro fragmento, Brisson critica la actitud de un llanero respecto a la misión católica establecida en cercanías a Barrancopelado:

D. Ramón no tiene confianza en el bien que pueden hacer las misiones a los indios, a quienes aborrece justamente, pues ellos mataron a su padre.

(...) Dice que los indios le matan ganado, en compañía con los tigres, pero que estos son males que no se pueden evitar; y no alcanza su estrecho concepto a comprender que, aunque él fuera mahometano o budista, conviene a sus intereses, fuera de toda razón moral, filosófica o filantrópica, tener unos hombres racionales y un punto civilizado a proximidad de sus propiedades y sobre el Meta⁸³.

Aunque la preocupación de Brisson aquí es la labor civilizadora que para él es necesaria, es precisamente la mención de la desconfianza de Don Ramón la muestra de que las relaciones entre nativos y llaneros están en tensión. Dichas tensiones están relacionadas con los grados de civilización que entre ellos mismos y el exterior perciben, algo que trataremos a continuación.

2.3 Civilización – Barbarie

Como ya lo habíamos señalado anteriormente, los autores de los textos trabajados se mueven principalmente dentro de una lógica y moral dualista, en la cual ellos se

⁸² Brisson, *Casanare*, 70.

⁸³ Brisson, *Casanare*, 141-142.

identifican con el rol de civilizados o civilizadores, mientras que las gentes que encuentran a su paso por los Llanos Orientales, al igual que la región en sí misma, viven sumidos en el mundo de la barbarie o salvajismo. Sin importar el motivo de su viaje, los cuatro autores emiten diversos juicios sobre el estado de la región en un contexto en el que el progreso económico es el fin más deseado.

2.3.1 Prácticas sedentarias como representación de la civilización

Entre los viajes de Restrepo y André y los de Pérez Triana y Brisson hay una diferencia de dos décadas, aunque esto no es impedimento para que encontremos la reiteración de ciertas formas de representar lo que significa *ser civilizado* o lo que significa *ser salvaje*. Una de estas ideas recurrentes es la de que las prácticas sedentarias, en especial la agricultura y la explotación pecuaria, hacen parte fundamental de lo que constituye un pueblo civilizado. En su texto, Emiliano Restrepo establece una relación entre la falta de progreso que observaba en el Territorio de San Martín, las prácticas nómadas que le atribuía a los habitantes de la región y la necesidad por tener arraigado un concepto de la propiedad individual:

Mientras que los ganaderos de San Martín y los que quieran ir a establecer allí crías de ganados, no resuelvan a principiar por la adquisición, a título traslativo de dominio, del banco de sabana en que estén radicados, o que elijan para las nuevas fundaciones, la población de la llanura tendrá el carácter, el tipo y los inconvenientes de los pueblos nómades. Estos adquieren cierto grado de civilización, de cultura y de desarrollo industrial, alcanzado el cual, permanecen estacionarios sin dar un paso adelante.

(...) Si se quiere con espíritu filosófico cuál es la causa de esa inmovilidad de los pueblos nómades en el camino del progreso, se encontrará que no es otra que la ausencia de la propiedad raíz individual entre ellos. La propiedad raíz fija al hombre a la tierra, y establece entre ésta y aquél vínculos que generan los primeros movimientos que lo ponen verdaderamente en el camino de la civilización. La propiedad raíz enaltece la dignidad del hombre, estimula su actividad y fecunda su independencia⁸⁴.

⁸⁴ Restrepo, *Una excursión*, 206-207.

Dado el objetivo de su libro, es decir el de llamar a la población de las cordilleras colombianas a colonizar y explotar los recursos de los llanos de San Martín, Restrepo reivindica dichas ideas a lo largo del mismo. Unas páginas después de emitir su juicio respecto a la vida salvaje y carente de progreso a la cual conlleva el nomadismo llanero, el abogado antioqueño insiste en el establecimiento de prácticas agrícolas diversas y en el desarrollo de un plan de colonización aprovechando la variedad de recursos naturales potenciales en la región:

Felizmente la región de San Martín no necesita, para entrar en el camino de la civilización y la riqueza, de la previa explotación de sus variados y valiosos recursos naturales. Son la agricultura propiamente dicha y la ganadería las industrias llamadas inmediatamente a iniciar y a adelantar la colonización, a fijar la población y a crear la masa de productos llamados a atraer la navegación, a mantenerla activa, y a determinar así, para un poco más tarde, el establecimiento de las grandes explotaciones de aquellos productos naturales⁸⁵.

Durante su viaje de huida en 1893 y 1894, Santiago Pérez Triana establece contacto con algunas tribus indígenas cuando se adentra en los ríos Meta, Vichada y Orinoco. Es sobre este grupo poblacional al que Pérez Triana se refiere constantemente cuando trata el tema de la civilización. Algunos de estos indios, como caracterizamos anteriormente, son aptos para ser traídos a la civilización, pues en medio de su salvajismo existen aparentemente las ansias por alcanzar el estatus de civilizado. Para Pérez Triana, una de las principales estrategias para llevar a cabo dicho proyecto, además de la evangelización, es una vez más la agricultura como herramienta racionalizadora y provechosa:

Ansiosos [los indios] como están de la civilización, cuando quiera que algún racional, sea él misionero o no, llega entre ellos, inmediatamente piden el bautismo para sus hijos. Sería labor fácil la de someter á esas pobres tribus, enseñándoles el cultivo de las tierras, dándoles animales é instrumentos de agricultura, y mostrándoles las ventajas de establecerse en sitio fijo, abandonando la vida nómada que hoy llevan⁸⁶.

⁸⁵ Restrepo, *Una excursión*, 245.

⁸⁶ Pérez Triana, *De Bogotá*, 114-115.

Coincidiendo con las plumas de los viajeros colombianos, el francés Jorge Brisson utiliza de nuevo la agricultura como ejemplo de práctica civilizada que ampara la búsqueda del progreso de la región del Casanare hacia finales del siglo XIX. Para ello, Brisson se vale de la comparación entre el oficio agrícola y el oficio comercial. Si bien el comercio hace parte también del espectro de la civilización, el ingeniero lo asocia con oficios femeninos, los cuales son lo *opuesto* a lo que los llanos del Casanare necesitan para progresar. En *Casanare*, entonces, la agricultura es tomada como una práctica que refiere inmediatamente al cultivo de la laboriosidad:

Una vez que nos hayamos convencido –hablo como si fuera colombiano, porque me creo con cierta autorización para ello– de que la agricultura es nuestra única salvación; de que ella supera al comercio; de que éste no es, como erradamente creemos, el único medio para adquirir fortuna; cuando palpemos que es más meritorio y de mejor utilidad derribar una ceiba para plantar en su lugar un árbol de cacao, que negociar una letra sobre el Exterior con un pingüe tanto por ciento de ganancia; cuando nos cercioremos de que más rendimientos pecuniarios y mayor satisfacción de espíritu da echar al suelo una selva malsana, cuajada de bichos venenosos, para convertirla en un hermoso cafetal ó plantío de caña de azúcar, limpio de fiebres y animales, que hacer un pedido de telas extranjeras, para expenderlas luego con paciencia detrás de un mostrador, –entonces la obra del Gobierno en Casanare comenzará á surtir sus buenos efectos⁸⁷.

Édouard André, botánico compatriota de Brisson, nos ofrece una mirada peculiar sobre el asunto de la agricultura. Aunque reconoce que la agricultura es sinónimo de civilización, sus comentarios respecto a las técnicas agrícolas practicadas en la finca del mestizo Ignacio Avila en Cumaral nos introducen a una problemática que complejiza dicha asociación con lo civilizado:

El amigo Avila se esmera en contestar á mis preguntas interminables. Y en verdad, que á despecho de los atroces jaspeos del carate que le desfiguran, da gusto ver su semblante que re bosa inteligencia. Y no se crea que vaya á pedirle los secretos de una agricultura perfeccionada, dado que el cultivo intensivo es totalmente desconocido del llanero; pero los detalles de la vida primitiva, que tiende á desaparecer rápidamente, los estudios peculiares sobre los usos y costumbres de esta civilización rudimentaria tan parecida á

⁸⁷ Brisson, *Casanare*, 38-39.

la de los hombres primitivos, tienen para mí tales encantos, que necesito saborearlos, ántes de que se extingan totalmente⁸⁸.

El hecho de que se estén cultivando tierras en los Llanos Orientales no necesariamente quiere decir que se haya alcanzado el carácter civilizado que ello implica. Para el individuo occidental existen distintos grados de civilización –y por consiguiente, grados de barbarie– con los cuales puede jugar a la hora de juzgar a una sociedad distinta, al *otro*. La relación que establece André entre su lugar de enunciación letrado/moderno/racional y las prácticas agrícolas de la zona de Cumaral se reduce a una curiosidad peyorativa, en donde el conocimiento rudimentario es objeto de la fascinación de este europeo, en tanto que se demuestra la ignorancia casi que inocente del pueblo llanero.

Dentro de estos discursos que insisten en abandonar la vida nómada, aparece otro elemento que es apenas mencionado por Santiago Pérez Triana: la asociación entre la arquitectura y la construcción de asentamientos y la formación de una vida sedentaria. La crítica de Pérez Triana al respecto es acerca de las casas de los Llanos:

Nada más rudimentario que lo que en el Llano llaman casas. Estas se edifican de acuerdo con los principios elementales de la más primitiva arquitectura. Para construirlas se enclavan en el suelo á distancia conveniente, según el tamaño de la estructura proyectada, postes de madera á uno y otro lado, y sobre éstos se tienden otros que cruzan en ángulo más ó menos agudo, sirviendo así de base á la techumbre. Fórmase ésta por medio de pequeñas varas transversales, sobre las cuales se tienden hojas de palma de moriche, y así, resguardada del sol y abierta á todos los vientos, queda completa la casa del llanero⁸⁹.

El adjetivo *rudimentario* aparece aquí, al igual que en la cita anterior de André, como agente descalificativo. Las casas llaneras son *semi salvajes* en tanto que no replican el modelo urbano –léase, civilizado– de la época y en tanto que permiten la intromisión de la naturaleza en la vida cotidiana. Sobre el concepto de *semi salvajismo*, Pérez Triana tiene otro ejemplo en donde la interacción con la naturaleza y la realización de labores

⁸⁸ André, «América Equinoccial», 574.

⁸⁹ Pérez Triana, *De Bogotá*, 36-37.

ganaderas «rudas» son las que hacen que el habitante de los Llanos no pueda ser considerado un ser civilizado por completo:

En aquel lugar encontramos al primer cazador de tigres, genuino y legítimo, de los varios con quienes trabamos relaciones durante aquella peregrinación. Se llamaba Secundino. Explicando, á solicitud nuestra, la vida semi salvaje que allí se llevaba, y las rudas faenas que la constituían, consistentes en apartar, herrar, colear ganado, y en muchas otras labores de la laya, observamos que omitía describir lo que hacía los domingos, pues para cada uno de los otros días de la semana había mencionado ocupaciones especiales, distintas según la estación del año. A nuestra pregunta sobre este punto, contestó así, con sencillez que por entonces nos pareció tener algo de fanfarrona: «El domingo mato tigres,» como quien dice, «el domingo voy á misa»⁹⁰.

2.3.2 Salvajismo en los Llanos: vicios, atraso y cuestionamientos

Las denuncias de los viajeros con respecto al comportamiento y las costumbres de los habitantes resultan también muy dicentes de su concepto de barbarie. Todo aquello que para ellos denotara pereza o vicio era en consiguiente explicación del estancamiento de la región. Apenas llega a Villavicencio, población de entrada a los llanos de San Martín y supuesto primer bastión de la civilización con el que se encuentra en dicha región, Restrepo se lamenta del carácter pernicioso de sus habitantes:

Con todo, debemos confesar que nos causó tristeza el encontrar en aquella incipiente población un billar perfectamente montado y asiduamente concurrido. No lisonjea mucho, por cierto, el ver que estuviera bien organizada la escuela de los vicios allí donde aún no había una de enseñanza primaria medianamente establecida⁹¹.

Brisson tiene una opinión similar, dos décadas después, cuando pasa por las primeras poblaciones casanareñas de su viaje:

Observamos en Moreno mucha afición á las riñas de gallos, y son pocas las casas donde no los hay de pelea; además, nos manifiestan que entre los habitantes de este pueblo es

⁹⁰ Pérez Triana, *De Bogotá*, 54-55.

⁹¹ Restrepo, *Una excursión*, 67.

grande la inclinación á la bebida, á los bailes etc.; este será indudablemente uno de los motivos que han ocasionado su decadencia.

Actualmente el casco de la población contiene unos 300 habitantes (800 en el distrito). En los alrededores se dedican a la cría de ganado en pequeña escala, y la agricultura es también muy poca por la escasez de brazos y la pereza de los moradores⁹².

Estas quejas dan a entender que entre más decadentes sean las poblaciones llaneras, más condenados están por su salvajismo. No es gratuito que estos dos mismos autores, al igual que el resto, mencionen constantemente las infinitas posibilidades de colonización. Los viajeros, desde su condición «civilizada», identifican dos maneras de lograr dicho objetivo: promocionando la región a potenciales colonizadores, bien sean estos extranjeros o provenientes de las cordilleras andinas, o trayendo a la civilización a las tribus indígenas que parecen estar más inclinadas al trabajo. Las siguientes citas de Restrepo dan cuenta de ello:

El ensayo hecho por el señor Alvarado transformando seis salvajes del desierto en seis obreros de la industria y el trabajo civilizado, dá la medida de todo lo bueno que se podría hacer, de todo el provecho que se podría sacar de las numerosas tribus que moran entre el Meta, el Orinoco y el Guaviare, atrayéndolas a la vida civil por la cual no manifiestan ninguna repugnancia, e incorporándolas en la civilización de la República⁹³.

El día en que una gran parte del grupo de población que vegeta hoy en la miseria, en la desnudez y en el embrutecimiento sobre las crestas y en las altas mesetas de los Andes, descienda a aquella portentosa llanura, guiada por hombres emprendedores y secundada por los capitales que aquí viven del agio y de la usura, agóstandolo todo, para regenerarse por medio del trabajo, para elevarse por medio de la industria, para hacerse verdaderamente poderosa y grande, haciéndose rica, ese día será bello día para el país, porque será el primero de una nueva y fecunda éra, semejante a aquella que viene formando la marcha triunfal de la Unión Americana en el camino del progreso⁹⁴

La barbarie también se les aparece a los viajeros en forma de graves cuestionamientos morales. Como hemos venido diciendo a lo largo del capítulo, el sentido moral de los

⁹² Brisson, *Casanare*, 51.

⁹³ Restrepo, *Una excursión*, 108-109.

⁹⁴ Restrepo, *Una excursión*, 267-268.

autores no puede ni se debe clasificar en absolutos como *blanco/bueno* y *negro/malo*, sino que las preconcepciones de mundo inherentes a su experiencia occidental así como las circunstancias de la región se prestan para transformar continuamente la percepción del viajero. Así, por ejemplo, la aparente asimilación de Santiago Pérez Triana a la vida en los Llanos va más allá de la persistencia de la creación de nuevos hábitos dado su predicamento como fugitivo. No es sólo una aclimatación en el sentido literal de la palabra, sino que algunas acciones cuestionables, realizadas por aquellos que tanto él como los otros viajeros insisten en describir como lo más cercano a la civilización que hay en la región, lo hacen reevaluar la civilización que tanto defiende como fiel representante. El siguiente fragmento es muy dicente al respecto:

En vez de tenderles mano caritativa y de tratar de atraerlos á la civilización, los racionales los persiguen como si fueran bestias feroces y los matan como tales. Muchos de aquellos que tal hacen ó que toleran que en su nombre se cometan estos crímenes, figuran en nuestras ciudades como piadosos cristianos, y son llamados obreros de la civilización. El crimen del asesinato perpetrado en individuos tan indefensos que no tienen una voz que se levante en su favor, tan desvalidos que no tienen más refugio que el de las selvas primitivas, y que no saben siquiera ante quién ni dónde buscar amparo, es un crimen diario en aquellas comarcas, y no es secreto para nadie. La familiaridad con estos actos de barbarie ha hecho que las gentes se connaturalicen con ellos y que se los mencione como la cosa más natural del mundo. ¡Qué mucho, pues, cuando los indios advierten ocasión propicia para atacar á los civilizados, caigan sobre ellos, los despojen y los maten!⁹⁵

La matanza adrede de indígenas en los Llanos Orientales parece avivar en Pérez Triana ese sentimiento paternalista del cual ya hemos hablado, en el cual un individuo civilizado –que no se salva de ser corruptible– siente compasión de aquellos seres infantiles e ignorantes que son frecuentemente abusados por los otros civilizados. Esta actitud de repudio no es exclusiva de Pérez Triana, sino que también es compartida por Jorge Brisson. A pesar de que en una ocasión Brisson estuvo cerca de ser acorralado por las llamas de un fuego iniciado por una tribu indígena, al escuchar de una masacre ocurrida en el lado venezolano del río Arauca el francés justifica vehementemente los

⁹⁵ Pérez Triana, *De Bogotá*, 89.

ataques de los indígenas a los hatos de los blancos, horrorizado por las crueldades que los «racionales» de la región son capaces de cometer:

Nos cuentan que algunos propietarios que tenían varias quejas contra los indios que inocentemente les roban ganado para comer (ellos no tienen idea de lo que es la propiedad), hicieron que se convidara á una especie de banquete á los principales jefes de ellos, y en el momento en que estaban comiendo y bebiendo con confianza, los hicieron fusilar villanamente. Asesinaron en esta horrorosa emboscada unos 22, de los más conspicuos indios conocidos y queridos en Arauca, á donde venían de visita varias veces al año.

Este hecho tuvo lugar hace pocos meses en un hato situado en Venezuela, del otro lado del Arauca; y después de esto se sorprenden de que los indios manden algunas flechas cuando ven pasar blancos por un monte, ó les roban sus caballos. Yo si fuera indio haría otro tanto y mucho más⁹⁶.

Este tipo de reacciones son valiosas en tanto que nos dejan entrever el *delirio de Occidente* del que nos advierte Taussig en su libro sobre chamanismo. Es en últimas un ejercicio de espejo dando resultado: Pérez Triana y Brisson se sienten ofendidos en desmedida no sólo por la perpetuación del imaginario del indígena como un ser indefenso, sino porque quienes cometen actos salvajes son aquellos que dicen ser sus pares, cuando lo último que quiere Occidente y la civilización es reconocer que ellos también pueden incurrir en la barbarie.

⁹⁶ Brisson, *Casanare*, 107-108.

Capítulo 3

Tierras baldías y progreso: representaciones e imaginarios sobre los Llanos Orientales

Como ya hemos anotado al principio, las representaciones por sí solas no *son* la realidad inmediata que pretenden reemplazar. Recordemos que la categoría de imaginario implica la resignificación de imágenes mentales a medida que pasa el tiempo, o en palabras de Evelyne Patlagean, el imaginario es un «conjunto de representaciones colectivas más o menos conscientes y relativas a cada sociedad»⁹⁷. Además de las representaciones e imaginarios que podemos obtener acerca de una población en particular, no podemos olvidarnos de la forma en la que se está representando e imaginando la región en la que dichos tipos poblacionales habitan. Dicho en otras palabras, no podemos sustraer a los tipos regionales e indígenas de las regiones a las que están asociados territorialmente, ya que éstas, desde el plano representacional, los «configuran» y viceversa.

Este capítulo está dedicado en un primer momento a un breve recuento historiográfico sobre representaciones e imaginarios construidos en épocas anteriores a la escogida para este trabajo, a saber la época colonial y el paso de la Comisión Corográfica por el Territorio del Casanare. También se echará un vistazo al período posterior al estudiado, en este caso la primera mitad del siglo XX. Todo lo anterior, con el objetivo de comparar los imaginarios sobre los Llanos Orientales como región construidos y reproducidos en estos tres momentos de la historia nacional y regional con aquellos que podemos encontrar en las obras de los cuatro viajeros que analizamos en el capítulo anterior, de manera que se puedan señalar las continuidades y las rupturas.

3.1 Imaginarios sobre los Llanos Orientales en otros momentos de la historia

En el caso de los Llanos Orientales, cuando hablamos de *imaginarios* sobre la región no podemos hablar únicamente de un período aislado en la historia, ni tampoco limitarnos

⁹⁷ Escobar, *Lo imaginario*, 76.

al análisis de las relaciones sociales entre los grupos poblacionales. Vale la pena advertir que parte de la función de los imaginarios –recordemos que no podemos hablar de un único imaginario, sino que debemos considerar una pluralidad de este concepto– es la de modificar o permitir la formación de preconcepciones y concepciones sobre un espacio social. El entretejido de relaciones, bien sea jerárquicas o de otro tipo, que observamos tanto en los Llanos como en cualquier otra región se configura entonces desde las ideas que los miembros de los distintos tipos de sociedades y en distintos momentos históricos se forman con respecto a unos espacios naturales y sociales en particular.

Escogimos tres momentos cercanos al período para observar la manera en que ciertos imaginarios aparecen en un momento dado y se transforman de acuerdo a las circunstancias desde distintos ámbitos. En un primer lugar tenemos el siglo de dominio de las misiones jesuitas en los Llanos, las cuales, como veremos, configuraron la región en torno a una economía ganadera. Luego tenemos a la Comisión Corográfica, quizá la muestra principal del entusiasmo republicano de segunda mitad del siglo XIX en torno a la explotación de recursos naturales en las zonas fronterizas poco exploradas. Finalmente, decidimos echar un vistazo a lo ocurrido con las imágenes sobre el Llano en la primera mitad del siglo XX, para analizar la manera en que la ficción entra también en la creación o destrucción de ciertas ideas formadas sobre una región.

3.1.1 La visibilización de los Llanos en la colonia: las misiones jesuitas del siglo XVIII

A pesar de su vasta extensión y de haber sido uno de los puntos de llegada al continente durante los viajes de Cristóbal Colón, la región de los Llanos Orientales era generalmente desconocida hasta bien entrado el siglo XVIII. Si bien hubo intentos de establecer encomiendas en el piedemonte llanero desde finales del siglo XVI, algunos grupos indígenas lograron contener el avance colonial en sus territorios, no sin salir afectados de alguna manera por ese contacto inicial con los europeos.

Durante esos primeros momentos de conquista y establecimiento inicial de colonias en el Nuevo Mundo, la región atravesada por el caudaloso río Orinoco sería ante todo vista

por la Corona española como una barrera proveída por la naturaleza ante el avance de los portugueses desde el Brasil. Al mismo tiempo, las imágenes particulares que se habían construido en ese momento del período colonial sobre los Llanos, como lo señala Carlos Rojas Cocoma en su tesis, partían de la descripción de la región hecha por Colón, quien la identificó como un *paraíso terrenal*, una alusión directa a los imaginarios medievales que persistían en la manera de concebir el espacio⁹⁸.

Además de las crónicas, el artefacto cultural más importante de la época para la comprensión del mundo era el mapa. Por lo tanto, no es sorprendente que los imaginarios medievales de los que hablamos también hayan aparecido en los intentos iniciales y posteriores de cartografiar el Nuevo Mundo⁹⁹. Durante mucho tiempo, la leyenda de El Dorado fue asociada con la llanura orinoquense, a tal punto de que el lago Parima –lago supuestamente próximo a la ciudad legendaria– era constantemente ubicado en algún lugar cercano al río Orinoco, generalmente del lado venezolano. Dado el carácter secundario que adquirió la región para la administración colonial española, no es de extrañar que esta asociación en particular perdurara.

Como lo explica Rojas Cocoma, con el cambio de dinastía en la monarquía española durante el siglo XVIII, las pretensiones coloniales en general cambiaron de rumbo, pues se iniciaron labores de reconocimiento de población y de tierra en zonas que hasta ese momento se habían considerado *fronterizas*¹⁰⁰. Las comunidades religiosas fueron primordiales para el desarrollo de las dinámicas que posteriormente caracterizarían a la región. En el caso de los Llanos, las comunidades que fundaron misiones allí fueron los capuchinos catalanes, los franciscanos observantes y los jesuitas. Las diferentes misiones establecidas por la Compañía de Jesús empezando el siglo XVIII serían las que harían visible a los Llanos Orientales y los dotarían de sus particularidades como región.

Aunque los primeros intentos de fundación de misiones jesuitas en los Llanos datan de la segunda década del siglo XVII, sería a partir del año de 1715 y hasta la expulsión de

⁹⁸ Carlos Rojas Cocoma, «Experiencia y visualidad: las imágenes del Orinoco en el pensamiento ilustrado, 1741-1831» (Tesis doctoral, Universidad de los Andes, 2014), 19-20.

⁹⁹ Los referentes que aparecían con más frecuencia eran algunas criaturas como las Amazonas (mujeres guerreras) o animales como ciervos, además de la fauna local encontrada por los conquistadores.

¹⁰⁰ Rojas Cocoma, «Experiencia y visualidad», 34-35.

la Compañía de Jesús en 1767, que la forma de representar el Orinoco tomaría un impulso inicial a cargo de esta comunidad. Como ya hemos dicho, la Orinoquía era considerada en ese momento un territorio desconocido. Sin embargo, bajo la dirección del padre Joseph Gumilla el Orinoco se convertiría en un escenario público, gracias a la publicación de una obra científica basada en sus experiencias como superior de las misiones en la región¹⁰¹. Esta obra, cuyo título completo es *El Orinoco Ilustrado: historia natural, civil y geographica, de este gran río y de sus caudalosas vertientes: gobierno, usos y costumbres de los indios sus habitantes, con nuevas y utiles noticias de animales, arboles, frutos, aceytes, resinas, yerbas, y raices medicinales: y sobre todo, se hallarán conversaciones muy singulares á nuestra Santa Fé, y casos de mucha edificación* fue publicada en 1741 luego de dos años de trabajo escritural.

La importancia de esta obra en la configuración de una serie de imágenes del Orinoco es enorme, pues no sólo se valió de la escritura para visibilizar la región, Gumilla recurrió también a unas cuantas ilustraciones y mapas para reforzar las ideas que rigurosamente describió en su texto. En primer lugar, el Orinoco del texto de Gumilla se entreveía como un lugar en el que los avances de colonización se veían frustrados en gran medida por la amenaza de las «tribus carínicas», cuya hostilidad era traducida en ataques directos tanto a los misioneros como a los demás grupos indígenas que cedían a la avanzada jesuita. Las misiones jesuitas contaban con poco apoyo del virreinato en cuanto a una presencia fuerte que asegurara el dominio de la región. Rojas Cocomá atribuye esto a la concepción limitada del espacio que tenían los españoles¹⁰².

Vale la pena anotar que el estilo de Gumilla correspondía a la tradición retórica y gramática clásica, caracterizada por el uso de hipérbolos y otras figuras gramaticales¹⁰³. Como ya hemos señalado anteriormente, el objetivo de obras como la del padre Gumilla era el de mostrar a la región al público europeo, el cual seguía debatiendo en el momento acerca de la «inferioridad» del Nuevo Mundo frente a lo que ya conocían. *El Orinoco Ilustrado* se clasifica como un compendio de historia natural y esto se hace evidente en los esfuerzos del padre Gumilla por describir la fauna y la flora orinoquenses. Encontramos entonces, que a nivel de construcción de imaginarios sobre

¹⁰¹ Rojas Cocomá, «Experiencia y visualidad», 43.

¹⁰² Rojas Cocomá, «Experiencia y visualidad», 44-47.

¹⁰³ Rojas Cocomá, «Experiencia y visualidad», 94-95.

la región, la obra del padre Gumilla está ligada a la idea de *experiencia*. Las descripciones del entorno, generalmente positivas¹⁰⁴ obedecen a una necesidad por conceder importancia a la experiencia y al contacto, pues sin éstos elementos el conocimiento sobre las tierras americanas no era objetivo.

3.1.2 Reconocimientos de una región con potencial: la visión de la Comisión Corográfica

Como anteriormente habíamos mencionado, la Comisión Corográfica a cargo del italiano Agustín Codazzi había surgido como un proyecto estatal que buscaba hacer un inventario de la diversidad de recursos naturales y la diversidad poblacional distribuida en las regiones de la Nueva Granada republicana. Uno de los tomos de la compilación de las obras completas de la Comisión Corográfica, publicada en el año de 2003, está dedicado al Territorio del Casanare, subordinado al volumen correspondiente al Estado de Boyacá. Este tomo contiene comentarios sobre el paso de Codazzi por la región, realizados por Augusto Gómez López, Guido Barona Becerra y Camilo Domínguez Ossa. En estos comentarios preliminares encontramos resumida la aproximación de Codazzi al Casanare y la forma en la que su expedición estaba representando la región y sus habitantes¹⁰⁵.

La expedición de la Comisión Corográfica en el Casanare comenzó en diciembre del año de 1855. Según los autores ya mencionados, Codazzi propuso nuevas formas de leer el territorio neogranadino que de alguna manera rompían con algunas de las identidades culturales que se habían formado a lo largo de trescientos años hasta su paso por la región. Como explican los autores, Codazzi «dio lugar a la emergencia de territorios ausentes (exclusividad territorial negativa), bajo el primado de la razón y del orden de la

¹⁰⁴ Uno de los autores analizados por Rojas Cocomo en su tesis es el también jesuita Filippo Salvadore Gilij, quien publica su obra de historia civil durante la época de la expulsión de la Compañía de Jesús. Uno de los contrastes hallados por el historiador es el del tono en que ambos padres describen la Orinoquía: Gumilla la retrata con luz positiva, mientras que Gilij la retrata de forma opuesta. Rojas Cocomo, «Experiencia y visualidad», 168.

¹⁰⁵ Augusto Gómez López, ed., *Geografía física y política de la Confederación Granadina*, vol. 3 Estado de Boyacá, T. 1 Territorio del Casanare (Bogotá: COAMA, 2003).

civilización» en aras de construir «una nueva cultura y un nuevo principio de nacionalidad»¹⁰⁶.

Para ese momento de la historia existían unos lineamientos específicos de territorialidad desde la concepción de Estado-Nación dictaminada por Europa. Dichos lineamientos abogaban por una territorialización cada vez más específica de los espacios que debían ser gobernados. Al diferenciar, o más bien *particularizar*, las fronteras provinciales del Territorio del Casanare, Codazzi estaba intentando integrar a este último al proyecto de nación por el cual había sido contratado. Las llanuras del oriente del país eran, al igual que la vecina selva amazónica, territorios con una muy baja densidad de ciudadanos, si bien no estaba completamente despoblada, pues se tenía conocimiento de *naciones culturalmente entendidas*.

Con respecto a dicho sentido de territorialidad exclusiva, Codazzi defendía el principio de la soberanía neogranadina sobre las llanuras con respecto a la incursión venezolana y brasilera en los confines de esta región. Sumado a esto, la exclusividad propuesta por Codazzi incluía a los mismos pobladores nativos de la Orinoquía, por lo que le confería a la territorialidad un aspecto más general, sin dejar de lado las fronteras naturales e incluyendo las interacciones de los grupos humanos con el ambiente. Dado que su visión no era la de un etnógrafo, sino la de un geógrafo, Codazzi no prestó atención a las formas de territorialidad precoloniales que todavía conservaban los grupos indígenas que habitaban la región. Es por ello que si bien los procesos de territorialidad configurados durante la conquista y la colonia eran cosa del pasado, para el militar italiano éstos representaban un referente de oposición frente a las costumbres de los indígenas del piedemonte llanero, quienes constituían la «barbarie».

El paisaje de los llanos para Codazzi (y para muchos otros más) se reducía entonces a instancias en las que se podían hallar atisbos de la lejana civilización o simplemente un vasto territorio solitario. Así, el Casanare se determinaba sobre todo por sus asentamientos *civilizados*¹⁰⁷, por lo que todo territorio que no era habitado por

¹⁰⁶ Gómez López, *Geografía física y política*, 19.

¹⁰⁷ Por asentamientos civilizados entendemos todos aquellos poblados con una presencia estable de autoridades de gobierno y cuyos nombres hicieran referencia al pasado colonial, al santoral católico o que

«racionales» o que había sido minado por los desastres de las guerras de independencia era asociado de inmediato con el desierto. La dicotomía establecida entonces era la de tierras de racionales y tierras de indígenas y la forma de distinguirlas era a partir del tipo de pobladores, su manera de organizarse social y culturalmente y la manera en que transformaban la naturaleza que los rodeaba de manera «productiva»:

El territorio de racionales, así demarcado, adquirió en la mirada de Codazzi el sentido de lo familiar. Era un espacio en que la naturaleza y el hombre no entraban en conflicto. La primera le brindaba generosamente sus frutos y riquezas, en tanto que el segundo la beneficiaba por medio de su ingenio. Lo racional no sólo aludía a la característica central de lo reconocido humano, en el siglo XIX. La naturaleza dejaba de ser virgen para transformarse en terrenos cultivados, en dehesas, en haciendas y misiones. (...) Por oposición los territorios salvajes conservaban simétricamente, la dureza y la rusticidad primitiva de las costumbres de los hombres que todavía para 1855, los poblaban. La naturaleza en éstos se manifestaba con toda su fuerza, sin dar espacio a que los hombres, precisados a transitarlos, dieran reposo a sus fatigas pues tanto de día como de noche eran asolados por alimañas, por el clima y por las nubes de zancudos que al igual que las hordas de salvajes poblaban las riberas de los ríos¹⁰⁸.

Codazzi pretendía presentar al Casanare como una tierra colonizable. No es de extrañar que dentro de su correspondencia se encontrara un texto de A. Licciani, ciudadano francés que habitaba en el Casanare. En dicho texto, Licciani abogaba por la lucha constante contra los indios, considerándola necesaria para la estabilidad de los hombres civilizados en los Llanos¹⁰⁹. El debate se centraba sobre todo en el acercamiento de reducción: por un lado se estaba reconociendo la humanidad de los indígenas en tanto que se consideraba acto bárbaro el exterminio de tribus de manera despiadada; por el otro lado, se reconocía al indígena como un obstáculo que podía ser atraído a la civilización por medio de misiones católicas.

En últimas, el imaginario que la expedición de Codazzi en el Casanare estaba perpetuando, como veremos más adelante, era el de una región muy extensa y casi

en su defecto destacaran a miembros sobresalientes de la sociedad local. Gómez López, *Geografía física y política*, 23.

¹⁰⁸ Gómez López, *Geografía física y política*, 26.

¹⁰⁹ Gómez López, *Geografía física y política*, 28.

despoblada que aparecía como el límite o frontera entre lo civilizado y lo salvaje. Lo que difería con las imágenes presentadas durante el dominio español, era la insistencia en sacar provecho de la región en un sentido mercantilista. No hay que olvidar que a mediados del siglo XIX, una de las principales apuestas de los gobiernos latinoamericanos era la inserción a un mercado global.

3.1.3 El «paraíso infernal»: los Llanos Orientales de primera mitad del siglo XX

Colombia recibe el siglo XX con los estragos de las cruentas guerras civiles entre conservadores y liberales, desatadas en lo que conocemos como Guerra de los Mil Días. Los Llanos Orientales no fueron un escenario ajeno a este conflicto, como lo demuestran los efectos que éste tuvo en la región. Jane Rausch atribuye las siguientes consecuencias desencadenadas por la Guerra de los Mil Días: desestabilización de los organismos administrativos, saqueo de la población civil por parte del gobierno y de los rebeldes, paralización del comercio, aumento de las tensiones fronterizas con Venezuela, debilitamiento de las misiones católicas y perturbación temporal de sus operaciones y, finalmente, la despoblación de los llanos por medio del reclutamiento de campesinos y vaqueros para la lucha armada¹¹⁰.

La situación política posterior a la guerra dio pie para la continua reorganización territorial de las comarcas llaneras como parte de una estrategia para debilitar a potenciales líderes políticos que pudieran rebelarse¹¹¹. En cuanto a las representaciones e imaginarios de la región, el peso del imaginario sobre las llanuras orientales producido en las primeras décadas del siglo XX no reposó en medidas administrativas desde el gobierno central (al estilo de la Comisión Corográfica), sino que por el contrario, se vería alimentado por la literatura. La obra literaria que pondría a los Llanos Orientales, más específicamente al Casanare, en la mira definitiva del país y a nivel internacional sería *La Vorágine*, novela escrita por José Eustasio Rivera.

¹¹⁰ Rausch, *La frontera*, 284-290.

¹¹¹ Rausch, *La frontera*, 290-308.

Rivera, de origen tolimense, además de poeta era abogado. El contacto del autor con los Llanos comenzaría con una visita en 1916. Luego, en el año de 1918 llegan a su oficina Jorge Ricardo Bejarano y José Nieto en busca de ayuda para la resolución de un pleito por el ganado del venezolano Ramón Oropeza y, en el año de 1922 como secretario abogado de una comisión enviada por el Ministerio de Relaciones Exteriores colombiano para negociar con Venezuela la demarcación de límites fronterizos¹¹².

Hasta el momento en que se publicó la obra, en 1924, los referentes más recientes que se tenían para imaginar a los Llanos Orientales eran unos cuantos relatos de viaje y novelas de corte costumbrista del siglo y las décadas inmediatamente anteriores¹¹³. No obstante, el carácter casi verídico de la obra ficticia de Rivera y la amplia aceptación del público le haría ganarse un lugar importante en la configuración de los imaginarios sobre las dos regiones que ponía en escena, es decir la Orinoquía y la Amazonía.

Las experiencias de Rivera en los Llanos Orientales se ven reflejadas en su novela, a tal punto que muchos críticos identifican al autor con Arturo Cova, el personaje principal¹¹⁴. Como nos explica la exposición virtual realizada por la Biblioteca Nacional de Colombia, en *La Vorágine* se puede apreciar las primeras impresiones del Casanare tanto de Cova como de Rivera. Las llanuras aparecen inicialmente ante al autor y ante el personaje ficticio como un *paraíso en la tierra*. Sin embargo, esta imagen se desvanece en el momento en que el llano les demuestra a ambos su «inclemencia», figura traducida en el acto de presenciar la muerte de personas cercanas a mano de la naturaleza misma, dando como resultado al paso a un imaginario de una llanura *infernál*¹¹⁵. Al ser paradisiacos y al mismo tiempo infernales, los Llanos Orientales aparecían ante los lectores de Rivera como un lugar tentador para aventurarse. Como lo explica Rausch, la imagen de la llanura casanareña como «devoradora de hombres» que ofrecía la novela

¹¹² Carlos Páramo, Roberto Franco y Carlos Betancourt, «La Vorágine. Catálogo de la exposición. Biblioteca Nacional de Colombia». *El autor*. <http://www.bibliotecanacional.gov.co/content/la-vor%C3%A1gine-el-autor> (consultado el 20 de julio de 2016).

¹¹³ Rausch, *La frontera*, 443-449.

¹¹⁴ Carlos Páramo, «"Cosas de la Voragine": Una guía para viajeros "Hacia el vortice de la nada"», *Palimpsesto, Revista De La Facultad De Ciencias Humanas De La Universidad Nacional De Colombia* 7, fasc. 1 (2009): 13-25.

¹¹⁵ Páramo, Franco y Betancourt, «La vorágine». *Contexto histórico*. <http://www.bibliotecanacional.gov.co/content/la-vorágine-contexto-histórico> (consultado el 20 de julio de 2016).

incitaría a muchos jóvenes del altiplano durante la década de 1930 a viajar allí con el objetivo de ser reconocidos como héroes al momento de regresar¹¹⁶.

Por otro lado, la antropóloga María Mercedes Ortiz en su artículo *Limpiar las sabanas de serpientes, tigres e indios: la frontera llanera en La Vorágine de José Eustasio Rivera* señala que aunque la primera parte de *La Vorágine* transcurre en las llanuras del Casanare, ésta es considerada la «novela fundacional de la selva suramericana», por lo que el análisis concerniente a la región de los Llanos Orientales ha sido un tanto pormenorizado¹¹⁷. Si bien el artículo de Ortiz se centra en la relación entre llaneros e indígenas desde las tradiciones de los primeros, algunas de las cuales están reflejadas en *La Vorágine*, vale la pena señalar sus observaciones con respecto a la región. Ortiz identifica en la novela, a partir de unas cuantas líneas dichas por Sebastiana –mujer mulata de origen humilde– la asignación de espacios naturales de las llanuras a ciertos grupos poblacionales:

En las matas de monte o bosques de galería a lo largo de los ríos se concentran la mayoría de recursos de flora y fauna de los llanos y sus suelos ofrecen una mejor calidad para los cultivos, y es allí donde los guahibo y otros grupos indígenas del llano establecen sus cultivos de yuca brava o conucos. Las sabanas, cubiertas de pastos naturales de los que se alimenta el ganado vacuno y caballar de los llaneros, son por el contrario relativamente pobres en recursos de flora y fauna y sus suelos no son aptos para la agricultura. Mientras que los llaneros viven en lo fundamental de las sabanas, autores como los antropólogos Robert y Nancy Morey han planteado que el monte es el hábitat que provee de los recursos necesarios para la supervivencia a los guahibo, aunque estos se consideran a sí mismos como gente de sabana¹¹⁸.

Este análisis coincide con la dicotomía de *civilización/barbarie* que hasta el momento se había formado sobre la región. Todavía durante la primera mitad del siglo XX, los Llanos Orientales seguían apareciendo como un territorio salvaje –por su fauna, su flora, sus habitantes y el estado de abandono e incomunicación en el que se

¹¹⁶ Rausch, *La frontera*, 451.

¹¹⁷ María Mercedes Ortiz, «Limpiar las sabanas de serpientes, tigres e indios: la frontera llanera en *La Vorágine* de José Eustasio Rivera», *Palimpsesto, Revista De La Facultad De Ciencias Humanas De La Universidad Nacional De Colombia* 5 (2005): 169.

¹¹⁸ Ortiz, «Limpiar las sabanas», 174.

encontraban—, lo cual haría que en últimas se crearan las condiciones necesarias para convertir la región en un atractivo para los criminales que surgirían durante la época de La Violencia¹¹⁹.

Como podemos observar, hay una constante entre los tres períodos: la idea de que los Llanos Orientales son un lugar *deshabitado* y *salvaje*. No obstante, en cada uno de estos momentos históricos anteriores y posteriores a la publicación de los relatos de viaje de finales del siglo XIX estudiados encontramos también ciertas características dadas por el contexto. De esta manera, encontramos que los Llanos del padre Gumilla son escenario que debe ser explorado, reconocido y colonizado por el orden colonial español; los Llanos de Codazzi son escenario de expansión e integración de una nación neogranadina que debe abrirse cuanto antes a las posibilidades de comercio con Europa; y finalmente, tenemos los Llanos de Rivera y Cova, que son paraíso e infierno al mismo tiempo durante un momento en que Colombia pasa de los estragos causados por la Guerra de los Mil Días a una intrincada época de más enfrentamientos civiles a lo largo del territorio colombiano. ¿De qué manera contrastan entonces los imaginarios encontrados en nuestros cuatro relatos de viaje de finales del siglo XIX?

3.2 Representaciones e imaginarios de los Llanos Orientales durante las últimas décadas del siglo XIX

En el capítulo 2 vimos la manera en que los viajeros estudiados representaban a los habitantes del Llano a partir de diferentes conceptos, como lo son la distancia que ponían entre ellos mismos y la población, las particularidades del tipo regional llanero frente a los indígenas y, finalmente, el peso de las categorías *civilización* y *barbarie*. En esta ocasión retornamos los relatos de viaje, con el objetivo de ver la manera en que éstos representan esa naturaleza circundante que durante sus experiencias resultó ser un obstáculo. A la vez, retomaremos algunas de las representaciones e imaginarios contruidos sobre la región en épocas anteriores y posteriores al período estudiado, de los cuales ya hemos hablado brevemente.

¹¹⁹ Rausch, *La frontera*, 452.

En primer lugar, encontramos que la imagen inmediata que tienen los viajeros respecto a la región es la de una región rebosante de recursos naturales que esperaban por ser explotados. La vastedad de la extensión territorial y, como hemos señalado reiterativamente, el desconocimiento general sobre la geografía llanera, hacían posible a los autores replantear la región para que fuera vista como un lugar ideal para hacer que la nación colombiana prosperara. Recordemos, por ejemplo, el texto de Emiliano Restrepo, cuyo propósito explícito era precisamente el de atraer gente civilizada que colonizara el llano de San Martín. En los siguientes pasajes esto resulta bastante obvio, pues el tema principal es la abundancia de los recursos, especialmente los agrícolas:

Difícil es hacer una enumeración siquiera aproximada, de los abundantes productos naturales del territorio de San Martín, cuya explotación dará lugar en el porvenir a operaciones mercantiles de incalculable importancia. La grande extensión de aquella comarca y lo desconocida que es aún en su mayor parte, harán pecar por defecto y en escala muy notable, la rápida enumeración que vamos a hacer (...)¹²⁰.

Nos parece que hemos dado una idea suficientemente clara de lo que es en la actualidad, y de lo que puede llegar a ser en lo futuro, la agricultura en el territorio de San Martín. Hemos demostrado que en aquella privilegiada comarca se abre un campo inmenso a la actividad y al trabajo humanos; y que hay en ella poderosos gérmenes latentes de riqueza, que sólo aguardan a ser tocados por la vara mágica del capital, para correr, en fuente permanente, recompensando con usura el esfuerzo que se haga para explotarlos¹²¹.

Curiosamente, las alabanzas al territorio de San Martín hechas por Restrepo no quedaron consignadas únicamente en su relato de viajes. En el texto, el autor reproduce parte de un informe presentado ante la Cámara de Representantes en el año de 1870, revelando entonces las intenciones políticas detrás de la promoción de la región:

Se esmeró en conocer a fondo la primorosa región que forma la parte oriental de la República, y trajo de allí la convicción de que la Nación ha tenido a sus puertas, sin sospecharlo quizá, una comarca de fácil civilización, de fertilidad bíblica, superior en condiciones de todo género al rico valle del Nilo, al no menos espléndido Danubio, y

¹²⁰ Restrepo, *Una excursión*, 126-127.

¹²¹ Restrepo, *Una excursión*, 181.

tan extensa que será capaz de contener, de alimentar y de enriquecer toda la población de la América del Sur¹²².

Ciertamente, la representación de los Llanos como una región llena de recursos naturales no es un caso únicamente observable en Restrepo. Unos años después de la publicación del texto de este último, encontramos una afirmación similar hecha por Édouard André, quien como recordaremos, venía como enviado de una misión de exploración científica –botánica para ser más exactos– de parte del gobierno francés: «Llegábamos por fin al cuartel general de nuestra exploración para los Llanos, en una comarca encantadora á todo serlo, en medio de una vegetación la más rica de la tierra y de unos habitantes cuyas costumbres son por todo extremo apacibles y hospitalarias»¹²³.

Aunque en este pasaje André no está hablando constantemente de las ventajas que ofrecen los Llanos para la siembra de cultivos o la explotación ganadera, leyendo entre líneas podemos ver que lo que en realidad está haciendo es crear una imagen positiva, como si se tratara de una estrategia de convencimiento para posibles colonos: no sólo la vegetación es «la más rica de la tierra» sino que sus pobladores actuales no representan ninguna amenaza para el inmigrante.

Acompañando esta imagen de abundancia, tenemos también una serie de insistencias por parte de los viajeros en el *aprovechamiento* de estos recursos y de la región en general. Tomemos la siguiente cita de Restrepo:

Todo el obstáculo para que aquella primorosa región nazca a la vida de la industria, del trabajo y de la riqueza, está **únicamente** en la escasez de brazos. ¡Cuánta riqueza latente esperando el “**sésamo ábrete**” de la civilización, para convertir aquellos desiertos en un grande y poderoso **Estado!** Por fortuna, el obstáculo que hemos apuntado va siendo cada día que pasa, de menor importancia; porque en la actualidad ya hay una corriente de emigración bien pronunciada hacia Villavicencio; corriente que se engrosará cuando esté terminado el camino en que actualmente trabaja el Gobierno Nacional¹²⁴.

¹²² Restrepo, *Una excursión*, 265.

¹²³ André, «América Equinoccial», 549.

¹²⁴ Restrepo, *Una excursión*, 114.

La «escasez de brazos» en la que Restrepo hace énfasis es una referencia clara a la contraposición de una idea de un terreno extenso contra la baja densidad poblacional. En tanto que la región carece de personas laboriosas, la mano de la civilización – preferiblemente la venida del altiplano o de Europa– es invitada a transformar la región en un sitio productivo.

Dos décadas más tarde, Santiago Pérez Triana estaba de acuerdo con la idea de la explotar los Llanos. Dada la condición particular de su paso por la región, vemos que las razones políticas y económicas son menos fuertes que las de Restrepo, pero aún latentes. Aunque está huyendo en busca de exilio, Pérez Triana todavía piensa en la construcción de la patria y cómo ésta puede beneficiarse si explora esos prometedores terrenos que tiene en el olvido:

Constituye esta región una reserva de poderío y de grandeza para Colombia y para Venezuela, explotable cuando la energía aplicada hoy tantas veces á luchas fratricidas, trabe lid abierta con la naturaleza, la dome y la someta al imperio del hombre. ¡Grande y hermoso porvenir, pero porvenir lejano para la patria! ¡Cuán doloroso es pensar que acaso en la evolución del tiempo, y ante la inexorable ley de la selección, sean otras razas y otros hombres los que aprovechen tanta riqueza y tanto beneficio, puestos allí por la mano de la Providencia!¹²⁵

Jorge Brisson hace aún más explícita la imagen de riqueza escondida. El ingeniero francés compara la situación de la región ante la nación colombiana con una típica «familia pobre» de pueblo que no puede demostrar sus capacidades:

Así como en algunas poblaciones hay familias pobres que llevan una vida oscura, desconocida, á las que se les mira con indiferencia y hasta con desdén, sin que puedan mostrar las galas de su talento y el tesoro de sus virtudes, —así existen en las nacionalidades ciertas regiones que son poco conocidas, que llevan una vida sin movimiento, sin fuerzas para sacudir su apatía, sin que haya una mano protectora que las impulse por la vía del progreso, no obstante su magnífica posición topográfica, sus

¹²⁵ Pérez Triana, *De Bogotá*, 80.

riquezas vegetales, capaces de enriquecer no sólo a una compañía industrial, sino a una nación entera empresaria y adelantada¹²⁶.

La idea de que los Llanos Orientales eran territorios ajenos al conocimiento general de la nación no sólo se manifestaba en la exotización de sus paisajes o en las descripciones que le atribuían una vegetación «exuberante». Con el comentario de Brisson, podemos ver que se está generando simultáneamente una imagen de un Estado descuidado, que debe esforzarse por tener más presencia en las regiones que supuestamente le auguran el tan deseado progreso.

Vale la pena recordar que no todas las representaciones –y en consecuencia los imaginarios derivados a partir de éstas– sobre los Llanos fueron siempre positivas. Al enunciar aquellas características de la región que tenían una connotación negativa, los viajeros estaban confirmando y de esta manera alimentando imaginarios de períodos anteriores al momento de realización de sus viajes. Una estrategia para promover a los Llanos Orientales como promesa de la nación, por lo tanto, es la de retomar los imaginarios negativos sobre la región y representarla de manera opuesta, como lo hace Restrepo en el siguiente fragmento de su texto:

Generalmente se tiene la idea de que nuestras llanuras orientales son de una extremada y terrible insalubridad. Se las compara a los pantanos pestilenciales del Senegal, y se rechaza con horror la idea de visitarlas. Esto no pasa de ser una preocupación sin fundamento alguno, al menos en lo que respecta al territorio de San Martín, del cual podemos hablar por experiencia propia; y preocupación que nos hacemos un deber de combatir; porque mientras ella subsista con la fuerza que actualmente tiene, viene a ser un grandísimo obstáculo artificial opuesto a la pronta colonización de aquella comarca¹²⁷.

La preocupación del antioqueño era la de asegurarle a sus lectores que las llanuras ubicadas al oriente del país no representaban ningún atentado contra la salud de los potenciales colonos. Al reforzar esta idea de seguridad, Restrepo está reconociendo y

¹²⁶ Brisson, *Casanare*, 38.

¹²⁷ Restrepo, *Una excursión*, 132.

retomando el imaginario de *insalubridad* que seguía presente en la colectividad colombiana de ese momento.

No obstante, el imaginario más característico de los Llanos Orientales que vamos a encontrar reflejado de alguna manera a lo largo de su historia es el de una región monótona, solitaria y olvidada. La anotación más curiosa de nuestros viajeros respecto al tema la hace Pérez Triana. En un momento casi temprano de su viaje de huida, el escritor bogotano asegura haber presenciado junto con sus acompañantes un espectáculo sobrenatural en donde los ríos de los llanuras les hablaban:

Solamente nosotros, los ríos de la que fué la Gran Colombia, cuando en esta tierra nacieron y murieron los héroes sin dejar semilla inmediata ni generación que supiera comprenderlos, solamente aquí vagamos todavía perdidos, y olvidados, desconocidos en nuestras primitivas selvas, sin que las casas, los palacios ni los templos de los hombres, se reflejen en nuestras ondas, y sin que la vida agitada de la civilización las haga palpar con sus pulsaciones y estremecimientos¹²⁸.

Es muy poco probable que dicho suceso fuera real. Lo que sí podemos asegurar es que Pérez Triana se valió del uso de una figura literaria para reforzar ciertas expectativas sobre la región. Por ello, los Llanos Orientales se manifiestan a los lectores a través de sus ríos, quienes mágicamente cobran vida y se quejan del olvido que sufren. La región personificada clama por el hombre civilizado para que éste lo lleve a la gloria. Esa escena en particular es entonces una amalgama de distintas preconcepciones sobre la región: olvido, barbarie, potencial.

No es coincidencia que en la introducción de su libro Jorge Brisson hable de los llanos casanareños de la siguiente manera:

La grande y melancólica llanura, cortada por caños (ríos) orillados por cintas de montes de una anchura que varía de 10 á 5000 metros, es una de las más sorprendentes y majestuosas manifestaciones de la naturaleza. El hombre más valeroso y atrevido se siente allí sobrecogido por respetuosa admiración, cuando mide con los ojos y el

¹²⁸ Pérez Triana, *De Bogotá*, 71.

pensamiento esas incógnitas y vírgenes soledades, sólo cruzadas por fieras y por seres que por su estado primitivo recuerdan los misteriosos orígenes de nuestra raza!¹²⁹

La melancolía y la soledad son los adjetivos clave en dicha descripción, visión que empata con la reconstrucción de esta región hecha por Codazzi 40 años antes del relato de viajes del ingeniero civil francés.

Finalmente, lo que encontramos con respecto al conjunto de imaginarios presentes en cuatro momentos de la historia colombiana y orinoquense (las misiones jesuitas del siglo XVIII, el paso de la Comisión Corográfica de Codazzi en la década de 1850, el paso de algunos viajeros entre 1869 y 1893 y las primeras décadas del siglo XX) es que existen más continuidades que rupturas. Vale la pena aclarar, sin embargo, que dichas continuidades no permanecen estáticas, sino que se embeben de los diferentes contextos en cada uno de estos períodos.

Insistimos en que el imaginario que se hace sentir con más fuerza, es decir, el que más aparece como una continuidad, en todos los períodos es sin duda el de la *región desconocida y salvaje*: para los jesuitas y el régimen colonial español los Llanos son un territorio que hace parte de su jurisdicción pero que hasta el momento no había despertado mayor interés; en el caso de la Codazzi y su Comisión Corográfica aparece una ruptura con la concepción colonial: los Llanos aparecen como un territorio alejado pero clave para el progreso de la nación neogranadina, la cual se encontraba en proceso de replantearse su ideal de nación a partir del ejercicio de soberanía territorial y desarrollo económico bajo el amparo del capitalismo.

Por su parte, para nuestros cuatro viajeros de finales del siglo XIX, la noción de Codazzi parece cobrar aún más impulso, pues estos hacen hincapié en la manera en que se está desaprovechando el potencial de la región; en el caso de la primera mitad del siglo XX, aunque quien dictamina el imaginario es una obra de ficción basada en situaciones y personajes reales de la región, todavía siguen entrando en efecto las imágenes de una naturaleza desconocida y traicionera, la misma naturaleza que luego

¹²⁹ Brisson, *Casanare*, VI.

inspiraría a aventureros *cachacos* y a criminales a internarse en ella para probablemente no volver.

Los imaginarios en donde encontramos mayor número de rupturas son aquellos relacionados con los indígenas de los Llanos Orientales. Durante la época colonial, los indígenas aparecían como un elemento obstaculizador y por lo tanto debían ser reducidos a través de misiones comandadas por los jesuitas. En plena mitad del siglo XIX, durante el paso de la Comisión Corográfica, todavía persistía este imaginario de una región cuya población indígena representaba también un peligro para los colonos que eran llamados a apropiarse de la región, a tal punto de que el exterminio de estas tribus «salvajes» se consideraba una de las estrategias más eficaces para lograr el control del territorio.

Entre las décadas de 1870 y 1890, aunque la idea de reducción de indígenas llaneros seguía en pie, las representaciones sobre estos empezaban a aparecer en diferentes matices: los viajeros de esta época distinguían entre tipos de indígenas, a saber aquellos que seguían siendo *salvajes*, aquellos que eran completamente *dóciles y dados al trabajo* y finalmente aquellos que estaban *en proceso de acercamiento a la civilización*. En esta época también encontramos los primeros atisbos de denuncias sobre la inevitable tensión entre los colonos y los llaneros –representantes de la racionalidad en la región– y los grupos indígenas que continuaban al margen de la vida civilizada. Si bien, como hemos señalado, la región todavía era representada como un enorme espacio solitario, la emergencia de las denuncias morales del trato hacia los indígenas dejaba entrever que esta imagen no era tan cierta, pues claramente los Llanos no estaban completamente despoblados. Finalmente, llegado el siglo XX observamos que lo que empezó hacia finales del siglo anterior se concreta en denuncias cada más fuertes, en donde las tensiones se desplazan hacia el centro de las nociones de civilización misma. Es por eso que obras como *La Vorágine* permitieron la existencia de crudos cuestionamientos sobre la moral supuestamente racional de Occidente.

Estos imaginarios, recordemos, no son rígidos ni mucho menos absolutos, y además no sólo configuran las nociones colectivas sobre la región, pues, como hemos visto a lo largo de esta investigación, también están relacionados con la manera en que los viajeros –y por ende, el colectivo de lectores quienes consumían este tipo de literatura–,

piensan a los habitantes de estos espacios. En última instancia, tanto representaciones como imaginarios hacen parte de un conjunto de herramientas utilizadas por quienes están en una posición privilegiada en el entramado de las relaciones de poder.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo hemos rescatado los aportes analíticos que nos ofrece la literatura de viajes en torno a la historia de la construcción de representaciones e imaginarios sobre una región y sus habitantes. La literatura, al ser uno de los muchos artefactos culturales que nos permiten entender o al menos aproximarnos a las formas de pensar que tienen las distintas sociedades a través de la historia, aparece ante el historiador como una herramienta más para su labor investigativa. En el caso particular de los relatos de viaje, nos encontramos con un género cuya delimitación no sólo gira en torno al viaje como objeto principal de la obra, sino que se intenta definir desde su presentación como un relato verídico y objetivo. Vale la pena recordar que como lo plantea Mary Louise Pratt, al hablar de literatura de viajes también se está hablando de una historia de dominación cultural de Occidente sobre aquellos territorios que señala como *salvajes*.

En el siglo XIX, una vez aumentan las oportunidades de exploración libre del continente americano obtenidas gracias a los procesos independentistas, observamos que ocurren algunos cambios en la forma en que se producen los relatos de viaje. En la primera mitad de dicho siglo, de cierta manera persistió la mirada de Alexander von Humboldt sobre la naturaleza exuberante y virgen del Nuevo Mundo. Si bien países europeos como Inglaterra y Francia ya habían comenzado misiones de exploración de recursos de manera temprana en este siglo, no sería sino hacia la segunda mitad del mismo que la narrativa de los relatos de viaje se enfocaría en algo distinto al alegado romanticismo humboldtiano. Las lógicas de segunda mitad del siglo XIX, tanto por parte de los países de donde provenían los viajeros extranjeros como por parte de las élites gobernantes latinoamericanas, coincidían en que la prioridad era la identificación de recursos naturales para explotar, las cuales les generaban a ambas partes un beneficio gracias al establecimiento de acuerdos comerciales. Al mismo tiempo, en este período en particular vemos que hay un aumento en los públicos europeos y norteamericanos, ávidos por consumir literatura que les hable de lugares distantes y todavía exóticos para ellos. No es extraño, por lo tanto, que muchas de las notas de viaje de exploradores enviados por sus gobiernos en calidad de misiones científicas, terminen siendo publicadas para suplir dicha demanda.

Encontramos que, aunque no sea de enormes proporciones, existe una considerable producción de relatos de viaje sobre los Llanos Orientales durante la segunda mitad del siglo XIX, inaugurada por el paso de Agustín Codazzi y su Comisión Corográfica. En particular, los textos de Emiliano Restrepo, Édouard André, Santiago Pérez Triana y Jorge Brisson llaman la atención en tanto que responden a las necesidades de su época, las cuales acabamos de mencionar: reconocimiento de recursos para beneficio económico y respuesta a la demanda por relatos sobre lugares exóticos. Otro aspecto que vale la pena rescatar de estos textos es su circulación y la forma en que han sido resignificados en períodos y espacios distintos. Recordemos que como objeto cultural, los libros no sólo deben ser estudiados únicamente por su contenido, sino que todo el aparataje y las intervenciones que existen antes, durante y después de la producción de los mismos, son tan valiosos como lo que pretenden transmitirle al lector. Nos encontramos entonces con cuatro textos que fueron publicados en su momento con una serie de motivos concretos, pero que hoy en día ofrecen posibilidades distintas, como lo demuestra esta investigación.

A primera vista, las representaciones de los habitantes de los Llanos Orientales que encontramos en la pluma de estos cuatro viajeros corresponden a una visión de mundo en términos de civilización y barbarie. El *otro* –mestizo e indígena– es mostrado en términos inferiores a los *racionales*, no sólo por sus actitudes ante los intentos por traerlo a la civilización, sino también por su estilo de vida parcial o completamente nómada y los vicios en que incurren constantemente, de acuerdo con la mirada de los viajeros. En sus descripciones, los viajeros hacen hincapié en las distinciones entre un grupo poblacional y el otro, como por ejemplo los llaneros en contraste con los indígenas y los indígenas «salvajes» en contraste con los indígenas «mansos». En el caso de los llaneros, las representaciones que se hacen de éstos como ganaderos conocedores de su entorno y domadores de las salvajes llanuras son de gran importancia en cuanto contribuyen al asentamiento de unos imaginarios concretos sobre un tipo regional. En el caso de los indígenas, vemos cómo hay una clasificación de las distintas tribus que habitan las llanuras de acuerdo a la posibilidad de «traerlos a la civilización» para que trabajen la tierra que en esos momentos el gobierno ansiaba explotar.

Sin embargo, dado el carácter testimonial de los relatos de viaje, encontramos que los viajeros-autores no son sujetos completamente pasivos dentro de sus textos. En éstos,

no sólo nos están hablando de una región y de sus habitantes, sino que en ocasiones se revelan a sí mismos y su papel dentro de aquello que ellos llaman «civilización». Así, por ejemplo, los viajeros pueden exaltar su figura al relatar la manera en que sortean los obstáculos que la naturaleza orinoquense pone ante ellos. Como representantes de los *civilizados*, esta lucha contra la naturaleza desconocida alimenta la idea misma de los procesos de civilización y apropiación de los territorios poco explorados.

Por otro lado, al ser el viaje mismo una experiencia en la cual deben interactuar tanto con la naturaleza como con la población nativa, los viajeros están propensos a adquirir posiciones que pueden ser muy distintas a sus preconcepciones occidentales sobre la región que visitan. Su autoconciencia como *individuos racionales* puede verse resquebrajada ante situaciones que los obligan a enfrentarse a nuevos hábitos y costumbres que bien pueden ser antagónicos a aquellos con los cuales fueron formados. Ya sea en el caso de llegar a una cercanía con ese *semi salvajismo* llanero del cual inicialmente se quejan, o en el caso de las denuncias sobre la manera en que los peones llaneros y sus amos –supuestos representantes de la civilización en estos territorios– se aprovechan de la «inocencia» de los indígenas o simplemente les cazan como si fueran animales, las apreciaciones de estos viajeros conllevan a ver la complejidad en la que operan las representaciones encontradas: no todas las representaciones son en blanco y negro –si se nos permite la metáfora– sino que pueden ser construidas también a partir de distintas tonalidades grisáceas, es decir, a partir de *encuentros* y *desencuentros*.

En cuanto a los imaginarios sobre la región, encontramos que desde su visibilización a cargo de las misiones jesuitas del siglo XVIII, los Llanos Orientales se perciben como una región *desconocida*, *deshabitada* y *salvaje*. Cabe advertir que no pretendemos tratar esta información como si fuera un continuo estático e inalterable, pues recordemos que una de las características de los imaginarios es precisamente su susceptibilidad a transformarse a lo largo del tiempo. Es así como vemos que los adjetivos otrora mencionados tienen un sentido particular de acuerdo a los distintos contextos. Es por ello que la conclusión general de esta investigación es que las representaciones e imaginarios sobre los habitantes de los Llanos Orientales y sobre los Llanos Orientales mismos producidos entre las décadas de 1870 y 1890 a partir de las cuatro obras estudiadas, fueron producto de la necesidad de justificar la explotación de los recursos naturales de la región, amparados por los ideales de construcción de una nación

soberana, unificada y económicamente próspera. Dichas nociones sobre la región, cimentadas hacia finales del siglo XIX, serían a su vez una de las bases para la aparición de nuevas asociaciones mentales para los colombianos del siglo inmediatamente posterior, imaginarios alimentados por la popularidad de obras literarias como *La Vorágine*: los Llanos, al ser salvajes y desconocidos, serían el territorio ideal para aventuras heroicas o para incurrir en la violencia, además del potencial económico que todavía permanecía latente.

Por las limitaciones de este trabajo, es pertinente señalar los temas que quedan abiertos para futuras investigaciones que ahonden esta temática. Así por ejemplo, como advertimos en nuestra introducción, queda pendiente un análisis riguroso sobre los públicos y la recepción de las obras estudiadas en el momento en que fueron publicadas. Está también abierta la posibilidad de realizar un trabajo desde la perspectiva de las Historias Cruzadas, para así llevar el análisis de un plano regional y nacional, a uno que conecte lo que sucedía en Colombia en ese entonces con lo que pasaba en los otros espacios en que circularon los textos (Francia, España y Estados Unidos).

Quedan también pendientes ejercicios de comparación que podrían arrojar luces sobre la construcción de representaciones e imaginarios sobre los Llanos y sus habitantes. En primer lugar tenemos la comparación con los llanos venezolanos. Recordemos que, aunque hacen parte de una misma región natural, los llanos colombianos y los venezolanos fueron colonizados de manera distinta. Sería interesante ver en qué convergen las representaciones sobre los habitantes de uno y otro lado, así como en qué se distancian. Finalmente, otra propuesta de análisis comparativo que nos acercaría a una perspectiva histórica continental, sería la comparación de las representaciones sobre tipos regionales americanos que son asociados a prácticas ganaderas, como lo son los gauchos de las pampas del Cono Sur, los rancheros en México y los *cowboys* de los Estados Unidos.

Bibliografía

Fuentes primarias

André, Édouard. «América Equinoccial» En: Wiener, Charles et. al. *América pintoresca. Descripción de viajes al nuevo continente por los más modernos exploradores*. Barcelona: Montaner y Simón, 1884.

Brisson, Jorge. *Casanare*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1896.

Pérez Triana, Santiago. *De Bogotá al Atlántico por la vía de los ríos Meta, Vichada y Orinoco*, 2da edición. Madrid: Revista de Archivos, 1905.

Restrepo, Emiliano. *Una excursión al Territorio de San Martín en diciembre de 1869*. Bogotá: Banco de la República, 1955.

Fuentes secundarias

Albuquerque García, Luis. «El 'relato de viajes': Hitos y formas en la evolución del género». *Revista de Literatura* LXXIII, n.º 145 (Enero-Junio 2011): 15-34.

Almarcegui, Patricia. «Viaje y literatura: elaboración y problemática de un género». *Letras: Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires*, n.º 57-58 (Enero-Diciembre 2008): 25-29.

Arias Vanegas, Julio. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano: orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Universidad de Los Andes, 2005.

Bolívar Ramírez, Ingrid Johanna. «Los viajeros del siglo XIX y el "proceso de civilización": imágenes de indios, negros y gauchos». *Memoria y sociedad* 9, n.º 18, (Enero-Junio 2005): 18-32.

Certau, Michel de. *La invención de lo cotidiano*. Vol. I: Las artes del hacer. México: Universidad Iberoamericana, 1999.

Chartier, Roger. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1992

_____ «Poderes y límites de la representación. Marin, el discurso y la imagen». *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires: Manantial, 1996.

_____ *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza Editorial S.A., 1994.

D'Assunção Barros, José. «Histórias Cruzadas – considerações sobre uma nova modalidade baseada nos procedimentos relacionais». *Ano 90* 21, n.º 40 (Diciembre 2014): 277-310.

Darnton, Robert. «What Is the History of Books?». *Daedalus* 11, n.º 3 (Verano 1982): 65-83.

Escobar, Juan Camilo. *Lo imaginario. Entre las Ciencias Sociales y la Historia*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2000.

Fondo Cultural Cafetero. *Viajeros colombianos por Colombia*. Bogotá: El Fondo, 1977.

Gómez López, Augusto, ed. *Geografía física y política de la Confederación Granadina*. Vol. 3 Estado de Boyacá, T. 1 Territorio del Casanare. Bogotá: COAMA, 2003.

Hering Torres, Max y Amada Pérez Benavides. «Apuntes introductorios para una historia cultural desde Colombia». En: *Historia Cultural desde Colombia. Categorías y Debates*, editado por Max Hering Torres y Amada Pérez Benavides, 15-50. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia et al., 2012.

Loy, Jane M. «Horsemen of the Tropics: A comparative view of the llaneros in the history of Venezuela and Colombia». *Boletín americanista*, n.º 31 (1981): 159-171.

Martínez, Frédéric. «¿Cómo representar a Colombia? De las exposiciones universales a la Exposición del Centenario, 1851-1910». En: *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro. Memorias del Simposio Internacional y IV Cátedra Anual de Historia «Ernesto Restrepo Tirado»*, compilado por Gonzalo Sánchez Gómez y María Emma Wills Obregón, 315-333. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2000.

Múnera, Alfonso. *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Bogotá: Editorial Planeta, 2005.

Nieto, Mauricio; Paola Castañeda y Diana Ojeda. «‘El influjo del clima sobre los seres organizados’ y la retórica ilustrada en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada». *Historia Crítica*, n.º 30 (Julio-Diciembre 2005): 91-114.

Ortiz, María Mercedes. «Limpiar las sabanas de serpientes, tigres e indios: la frontera llanera en *La Vorágine* de José Eustasio Rivera». *Palimpsesto, Revista De La Facultad De Ciencias Humanas De La Universidad Nacional De Colombia* 5 (2005): 168-178.

Páramo, Carlos. «"Cosas de la Voragine": Una guía para viajeros "Hacia el vortice de la nada"». *Palimpsesto, Revista De La Facultad De Ciencias Humanas De La Universidad Nacional De Colombia* 7, fasc. 1 (2009): 13-25.

Páramo, Carlos; Roberto Franco y Carlos Betancourt, *La Vorágine. Catálogo de la exposición. Biblioteca Nacional de Colombia*. <http://www.bibliotecanacional.gov.co/content/la-vor%C3%A1gine-0>

Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, 2da. edición. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Pérez Benavides, Amada. *Nosotros y los otros. Las representaciones de la nación y sus habitantes. Colombia, 1880-1910*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2015.

Pérez, Hector Publio. «La historia regional y local de los Llanos Colombo-Venezolanos a partir de los simposios. Nuevas perspectivas analíticas». *CONHISREMI, Revista Universitaria de Investigación y Diálogo Académico* 5, n.º 2 (2009).

Rausch, Jane. *La frontera de los Llanos en la historia de Colombia (1830-1930)*. Bogotá: Banco de la República-Áncora Editores, 1999.

Restrepo Forero, Olga. «Un imaginario de la nación: lectura de las láminas y descripciones de la comisión corográfica». *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 26, (1999): 30-58.

Rojas, Cristina. *Civilización y violencia. En búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá: Editorial Norma, 2001.

Rojas Cocoma, Carlos. «Experiencia y visualidad: las imágenes del Orinoco en el pensamiento ilustrado, 1741-1831». Tesis doctoral, Universidad de los Andes, 2014.

Said, Edward. *Orientalismo*, 3a. edición. Barcelona: Debolsillo, 2004.

Sánchez, Efraín. *Gobierno y geografía. Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada*. Bogotá: Banco de la República-Áncora Editores, 1998.

Santos Rovira, José María y Pablo Encinas Arquero. «Breve aproximación al concepto de literatura de viajes como género literario». *Tonos. Revista electrónica de estudios filológicos*, n.º. 17 (Julio 2009).

Serje, Margarita. *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Ediciones Uniandes-CESO, 2005.

Surun, Isabelle. «Les figures de l'explorateur dans la presse du XIXe siècle». *Les Temps des médias*, n.º 8 (2007): 57-74.

Taussig, Michael. *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje: un estudio sobre el terror y la curación*. Bogotá: Editorial Norma, 2002.

Torres, Camila. «La imagen de Bogotá construida por los viajeros extranjeros que recorrieron el país a lo largo del siglo XIX». Tesis magistral, Pontificia Universidad Javeriana, 2009.

Yujnosvky, Inés. «La conquista visual del país de los araucanos (1879-1881)». *Takwá*, n.º 14 (Otoño 2008): 105-16.